

COLECCION UNIVERSAL

N.ºs 585 a 587

M. DE CERVANTES

Comedias y Entremeses

TOMO IV

La Gran Sultana. - El laberinto de amor.



Precio: 1,50 pesetas

MADRID, 1922

EXCLUIDO DE PRESTAMO





M. de Cervantes

COMEDIAS Y ENTREMESSES

TOMO IV

MCMXXII

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA

M. DE CERVANTES
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5314120591

Comedias y Entremeses

TOMO IV

La Gran Sultana. - El laberinto de amor.

Excluído
de
préstamo



MADRID, 1922

X-53-385139-3

Talleres "Calpe", Larra, 6 y 8.-MADRID

COMEDIA FAMOSA
INTITULADA
LA GRAN SULTANA
DOÑA CATALINA DE OVIEDO

Los que hablan en ella son los siguientes:

SALEC, *turco renegado.*

ROBERTO, *renegado.*

Un ALÁRABE (1).

El GRAN TURCO.

Un PAJE vestido a lo turquesco, y otros tres GARZONES.

MAMÍ y RUSTÁN, *eunucos.*

DOÑA CATALINA DE OVIEDO, *Gran Sultana.*

Su PADRE.

MADRIGAL, *cautivo.*

ANDREA, *espía.*

Dos JUDÍOS.

Un EMBAJADOR de Persia.

Dos MOROS.

El GRAN CADÍ.

(1) Árabe

Cuatro BAJAES ancianos.

CLARA, llamada ZAIDA.

ZELINDA, que es LAMBERTO.

Un CAUTIVO anciano.

Dos MÚSICOS.

JORNADA PRIMERA

Sale SALEC, turco, y ROBERTO, vestido a lo griego, y, detrás de ellos, un ALÁRABE vestido de un alquicel; trae en una lanza muchas estopas, y en una varilla de membrillo, en la punta, un papel como billete, y una velilla de cera encendida en la mano; este tal ALÁRABE se pone al lado del teatro, sin hablar palabra, y luego dice

ROBERTO:

R O B E R T O

La pompa y majestad deste tirano,
sin duda alguna, sube y se engrandece
sobre las fuerzas del poder humano.
Mas ¿qué fantasma es ésta que se ofrece
coronada de estopas media lanza?
Alárabe en el traje me parece.

SALEC

Tienen aquí los pobres esta usanza
cuando alguno a pedir justicia viene:
que sólo el interés es quien la alcanza.
De una caña y de estopas se previene,
y cuando el Turco pasa enciende fuego,
a cuyo resplandor él se detiene;

pide justicia a voces, dale luego
 lugar la guarda, (y) el pobre, como jara,
 arremete turbado y sin sosiego,
 y en la punta y remate de una vara
 al Gran Señor su memorial presenta,
 que para aquel efecto el paso para.
 Luego, a un bello garzón, que tiene cuenta
 con estos memoriales, se le entrega,
 que, en relación, después dellos da cuenta;
 pero jamás el término se llega
 del buen despacho destes miserables:
 que el interés le turba y se le niega.

ROBERTO

Cosas he visto aquí que, de admirables,
 pueden al más gallardo entendimiento
 suspender.

SALEC

Verás otras más notables.
 Ya está a pie el Gran Señor; puedes atento
 verle a tu gusto, que el cristiano puede
 mirarle rostro a rostro a su contento.
 A ningún moro o turco se concede
 que levante los ojos a miralle,
 y en esto a toda majestad excede.

Entra a este instante el GRAN TURCO con mucho acompañamiento; delante de sí lleva un PAJE vestido a lo turquesco, con una flecha en la mano, levantada en alto, y detrás del TURCO van otros dos GARZONES con dos bolsas de terciopelo verde, donde ponen los paneles que el TURCO les da.

ROBERTO

Por cierto, él es mancebo de buen talle,
y que, de gravedad y bizarría,
la fama, con razón, puede loalle.

SALEC

Hoy hace la zalá (1) en Santa Sofía,
ese templo que ves, que en la grandeza
excede a cuantos tiene la Turquía.

ROBERTO

A encender y a gritar el moro empieza;
el Turco se detiene mesurado,
señal de piedad como de alteza.
El moro llega; un memorial le ha dado;
el Gran Señor le toma y se le entrega
a un bel garzón que casi trae al lado.

*En tanto que esto dice ROBERTO y el TURCO pasa, tiene
SALEC doblado el cuerpo e inclinada la cabeza, sin mi-
ralle al rostro.*

SALEC

Esta audiencia al que es pobre no se niega.
¿Podré alzar la cabeza?

ROBERTO

Alza y mira,
que ya el Señor a la mezquita llega,
cuya grandeza desde aquí me admira.

*Entrase el GRAN SEÑOR, y queda en el teatro SALEC
y ROBERTO.*

(1) Oración.

SALEC

¿Qué te parece, Roberto,
de la pompa y majestad
que aquí se te ha descubierto?

ROBERTO

Que no creo a la verdad,
y pongo duda en lo cierto.

SALEC

De a pie y de a caballo, van
seis mil soldados.

ROBERTO

Sí irán.

SALEC

No hay dudar que seis mil son.

ROBERTO

Juntamente, admiración
y gusto y asombro dan.

SALEC

Cuando sale a la zalá
sale con este decoro;
y es el día del xumá,
que así al viernes llama el moro.

ROBERTO

¡Bien acompañado va!
Pero, pues nos da lugar

el tiempo, quiero acabar
de contarte lo que ayer
comencé a darte a entender.

SALEC

Vuelve, amigo, a comenzar.

ROBERTO

Aquel mancebo que dije
vengo a buscar: que le quiero
más que al alma por quien vivo,
más que a los ojos que tengo.
Desde su pequeña edad
fui su ayo y su maestro,
y del templo de la fama
le enseñé el camino estrecho;
encaminéle los pasos
por el angosto sendero
de la virtud; tuve a ray[a]
sus juveniles deseos;
pero no fueron bastantes
mis bien mirados consejos,
mis prevenciones cristianas,
del bien y mal mil ejemplos,
para que, en mitad del curso
de su más florido tiempo,
amor no le saltease,
monfí (1) de los años tiernos.
Enamoróse de Clara,
la hija de aquel Lamberto

(1) Moro o morisco malhechor.

que tú en Praga conociste,
teutónico caballero.

Sus padres y su hermosura
nombre de Clara la dieron;
pero quizá sus desdichas
en escuridad la han puesto.

Demandóla por esposa,
y no salió con su intento;
no porque no fuese igual
y acertado el casamiento,
sino porque las desgracias
traen su corriente de lejos
y no hay diligencia humana
que prevenga su remedio.

Finalmente, él la sacó:
que voluntades que han puesto
la mira en cumplir su gusto,
pierden respetos y miedos.
Solos y a pie, en una noche
de las frías del invierno,
iban los pobres amantes,
sin saber a dónde, huyendo;
y, al tiempo que ya yo había
echado a Lamberto menos,
que éste [es] el nombre del triste
que he dicho que a buscar vengo,
con aliento desmayado,
de un frío sudor cubierto
el rostro, y todo turbado,
ante mis ojos le veo.
Arrojóseme a los pies,

la color como de un muerto,
y, con voz interrumpida
de sollozos, dijo: «Muero,
padre y señor, que estos nombres
a tus obras se los debo.
A Clara llevan cautiva
los turcos de Rocaferro.
Yo, cobarde; yo, mezquino
y un traidor, que no lo niego,
hela dejado en sus manos
por tener los pies ligeros.
Esta noche la llevaba
no sé a dónde, aunque sé cierto
que, si fortuna quisiera,
fuéramos los dos al Cielo.»
A la nueva triste y nueva,
en un confuso silencio
quedé, sin osar decirle:
«Hijo mío, ¿cómo es esto?»
De aquesta perplejidad
me sacó el marcial estruendo
del rebato a que tocaron
las campanas en el pueblo.
Púseme luego a caballo,
salió conmigo Lamberto
en otro, y salió una tropa
de caballos herreruelos (1).
Con la escuridad, perdimos
el rastro de los que hicieron

(1) Caballos armados.

el robo de Clara, y otros
 que con el día se vieron.
 Temerosos de celada,
 no nos apartamos lejos
 del lugar, al cual volvimos
 cansados y sin Lamberto.

SALEC

Pues ¿cómo? ¿Quedóse aposta?

ROBERTO

Aposta, a lo que sospecho,
 porque nunca ha parecido
 desde entonces, vivo o muerto.
 Su padre ofreció por Clara
 gran cantidad de dinero;
 pero no le fué posible
 cobrarla por ningún precio.
 Díjose por cosa cierta
 que el turco que fué su dueño
 la presentó al Gran Señor
 por ser hermosa en extremo.
 Por saber si esto es verdad
 y por saber de Lamberto
 he venido como has visto
 aquí, en hábito de griego.
 Sé hablar la lengua de modo
 que pasar por griego entiendo.

SALEC

Puesto que nunca la sepas,
 no tienes de qué haber miedo:

aquí todo es confusión
y todos nos entendemos
con una lengua mezclada
que ignoramos y sabemos.
De mí no te escaparás,
pues, cuando te vi, al momento
te conocí.

ROBERTO

¡Gran memorial!

SALEC

Siempre la tuve en extremo.

ROBERTO

Pues ¿cómo te has olvidado
de quién eres?

SALEC

No hablemos
en eso agora; otro día
de mis cosas trataremos:
que, si va a decir verdad,
yo ninguna cosa creo.

ROBERTO

Fino ateísta te muestras.

SALEC

Yo no sé lo que me muestras;
sólo sé que he de mostrarte,
con obras al descubierto,
que soy tu amigo, a la traza
como lo fuí en algún tiempo,

y para saber de Clara,
 un eunuco del gobierno
 del serrallo del Gran Turco
 podrá hacerme satisfecho,
 que es mi amigo. Y entretanto
 puedes mirar por Lamberto:
 quizá, como tuvo el alma,
 también tendrá p:eso el cuerpo.

Entranse.

Salen MAMÍ y RUSTÁN, eunucos.

MAMÍ

Ten, Rustán, la lengua muda,
 y conmigo no autorices
 tu fe, de verdad desnuda,
 pues mientes en cuanto dices,
 y eres cristiano, sin duda:
 que el tener así encerrada
 tanto tiempo y tan guardada
 a la cautiva española
 es señal bastante y sola
 que tu intención es dañada.
 Has quitado al Gran Señor
 de gozar la hermosura
 que tiene el mundo mayor,
 siendo mal darle madura
 fruta que verde es mejor.
 Seis años ha que la celas
 y la encubres con cautelas
 que ya no pueden durar,

y agora por desvelar
esta verdad te desvelas.
¡Pero espera, perro, aguarda,
y verás de qué manera
la fe al Gran Señor se guarda!

RUSTÁN

¡Mamí amigo, espera, espera!

MAMÍ

Llega el castigo, aunque tarda;
y el que sabe una traición
y se está sin descubrilla
algún tiempo, da ocasión
de pensar si en consentilla
tuvo parte la intención.
La tuya he sabido hoy,
y así, al Gran Señor me voy
a contarle tu maldad.

Entrase MAMÍ.

RUSTÁN

No hay negalle esta verdad;
por empalado me doy.

Sale DOÑA CATALINA DE OVIEDO, Gran Sultana, vestida a la turquesca.

SULTANA

Rustán, ¿qué hay?

RUSTÁN

Mi señora,
de nuestra temprana muerte

es ya llegada la hora:
 que así el alma me lo advierte,
 pues en mi costancia llora;
 que, aunque parezco mujer,
 nunca suelo yo verter
 lágrimas que den señal
 de grande bien o gran mal,
 como suele acontecer.
 Mamí, señora, ha notado,
 con astucia y con maldad,
 el tiempo que te he guardado,
 y ha juzgado mi lealtad
 por traición y por pecado.
 Al Gran Señor va derecho
 a contar por malo el hecho
 que yo he tenido por bueno,
 de malicia y rabia lleno
 el siempre maligno pecho.

SULTANA

¿Qué hemos de hacer?

RUSTÁN

Esperar

la muerte con entereza,
 que se puede imaginar;
 aunque sé que a tu belleza
 sultán ha de respetar.
 No te matará sultán;
 quien muera será Rustán,
 como deste caso autor.

SULTANA

¿Es cruel el Gran Señor?

RUSTÁN

Nombre de blando le dan;
pero, en efecto, es tirano.

SULTANA

Con todo, confío en Dios,
que su poderosa mano
ha de librar a los dos
de este temor, que no es vano;
y si estuvieren cerrados
los cielos por mis pecados,
por no oír mi petición,
dispondré mi corazón
a casos más desastrados.
No triunfará el inhumano
del alma; del cuerpo, sí,
caduco, frágil y vano.

RUSTÁN

Este suceso temí
de mi proceder cristiano.
Mas no estoy arrepentido;
antes estoy prevenido
de paciencia y sufrimiento
para cualquiera tormento.

SULTANA

Con mi intención has venido.
Dispuesta estoy a tener

por regalo cualquier pena
que me pueda suceder.

RUSTÁN

Nunca a muerte se condena
tan gallardo parecer.
Hallarás en tu hermosura
no pena, sino ventura;
yo, por el contrario extremo,
hallaré, como lo temo,
en el fuego sepultura.

SULTANA

Bien podrá ofrecerme el mundo
cuantos tesoros encierra
la tierra y el mar profundo;
podrá bien hacerme guerra
el contrario sin segundo
con una y otra legión
de su infernal escuadrón;
pero no podrán, Dios mío,
como yo de vos confío,
mudar mi buena intención.
En mi tierna edad perdí,
Dios mío, la libertad,
que aun apenas conocí;
trujóme aquí la beldad,
Señor, que pusiste en mí;
si ella ha de ser instrumento
de perderme, yo consiento,
petición cristiana y cuerda,
que mi belleza se pierda

por milagro en un momento;
 esta rosada color
 que tengo, según se muestra
 en mi espejo adulator,
 marchítala con tu diestra;
 vuélveme fea, Señor:
 que no es bien que lleve palma
 de la hermosura del alma
 la del cuerpo.

RUSTÁN

Dices bien.
 Mas no es bien que aquí se estén
 nuestros sentidos en calma
 sin que demos traza o medio
 de buscar a nuestra culpa
 o ya disculpa, o remedio.

SULTANA

Del remedio a la disculpa
 hay grandes montes en medio.
 Vámonos a apercibir,
 amigo, para morir
 cristianos.

RUSTÁN

Remedio es ése
 del más subido interese
 que al Cielo puedes pedir.

Entranse.

Salen MAMÍ, el eunuco, y el GRAN TURCO.

MAMÍ

Morato Arráez; Gran Señor,
te la presentó, y es ella
la primera y la mejor
que del título de bella
puede llevarse el honor.
De tus ojos escondido
este gran tesoro ha sido
por industria de Rustán
seis años, y a siete van,
según la cuenta he tenido.

TURCO

¿Y del modo que has contado
es hermosa?

MAMÍ

Es tan hermosa
como en el jardín cerrado
la entreabierta y fresca rosa
a quien el sol no ha tocado;
o como el alba serena,
de aljófara y perlas llena,
al salir del claro Oriente;
o como sol al poniente,
con los reflejos que ordena.
Robó la Naturaleza
lo mejor de cada cosa
para formar esta pieza,

y así, la sacó hermosa
 sobre la humana belleza.
 Quitó al cielo dos estrellas,
 que puso en las luces bellas
 de sus bellísimos ojos,
 con que de amor los despojos
 se aumentan, pues vive en ellas.
 El todo y sus partes son
 correspondientes de modo,
 que me muestra la razón
 que en las partes y en el todo
 asiste la perfección.
 Y con esto se conforma
 el color, que hace la forma
 hermosa en un grado inmenso.

TURCO

Este loco, a lo que pienso,
 de alguna diosa me informa.

MAMÍ

A su belleza, que es tanta
 que pasa al imaginar,
 su discreción se adelanta.

TURCO

Tú me la harás adorar
 por cosa divina y santa.

MAMÍ

Tal jamás la ha visto el sol,
 ni otra fundió en su crisol
 el cielo que la compuso;

y, sobre todo, le puso
 el desenfado español.
 Digo, señor, que es divina
 la beldad desta cautiva,
 en el mundo peregrina.

TURCO

De verla el deseo se avivá.
 ¿Y llámase?

MAMÍ

Catalina,
 y es de Oviedo el sobrenombre.

TURCO

¿Cómo no ha mudado el nombre,
 siendo ya turca?

MAMÍ

No sé;
 como no ha mudado fe
 no apetece otro renombre.

TURCO

¿Luego es cristiana?

MAMÍ

Yo hallo
 por mi cuenta que lo es.

TURCO

¿Cristiana, y en mi serrallo?

MAMÍ

Más deben de estar de tres;
 mas ¿quién podrá averiguallo?

Si otra cosa yo supiera,
 como aquesta, la dijera,
 sin encubrir un momento
 dicho o hecho o pensamiento
 que contra ti se ofreciera.

TURCO

Descuido es vuestro y maldad.

MAMÍ

Yo sé decir que te adoro
 y sirvo con la lealtad
 y con el justo decoro
 que debo a tu majestad.

TURCO

Al serrallo iré esta tarde
 a ver si hiela o si arde
 la belleza única y sola
 de tu alabada española.

MAMÍ

Mahoma, señor, te guarde.

Entranse estos dos.

Salen MADRIGAL, cautivo, y ANDREA, en hábito de griego.

MADRIGAL

¡Vive Roque, canalla barretina,
 que no habéis de gozar de la cazuela,
 llena de boronía y caldo prieto!

ANDREA

¿Con quién las has, cristiano?

MADRIGAL

No con naide.

¿No escucháis la bolina y la algazara
que suena dentro de esta casa?

Dice dentro un JUDÍO:

JUDÍO

(¡Ah) perro!

¡El Dío te maldiga y te confundal
¡Jamás la libertad amada alcances!

ANDREA

Di: ¿por qué te maldicen estos tristes?

MADRIGAL

Entré sin que me viesen en su casa,
y en una gran cazuela que tenían
de un guisado que llaman boronía,
les eché de tocino un gran pedazo.

ANDREA

¿Pues quién te lo dió a ti?

MADRIGAL

Ciertos jenizaros
mataron en el monte el otro día
un puerco jabalí, que le vendieron
a los cristianos de Mamud Arráez,
de los cuales compré de la papada

lo que está en la cazuela sepultado
 para dar sepultura a estos malditos,
 con quien tengo rencor y mal talante,
 a quien el diablo pape, engulla y sorba.

Pónese un JUDÍO a la ventana.

JUDÍO

¡Mueras de hambre, bárbaro insolente;
 el cotidiano pan te niegue el Dño;
 andes de puerta en puerta mendigando;
 échente de la tierra como a gafo,
 agraz de nuestros ojos, espantajo,
 de nuestra sinagoga asombro y miedo,
 de nuestras criaturas enemigo
 el mayor que tenemos en el mundo!

MADRIGAL

¡Agáchate, judío!

JUDÍO

¡Ay sinventura,
 que entrambas sienes me ha quebradol ¡Ay tristel

ANDREA

Sí que no le tiraste.

MADRIGAL

¡Ni por piensol

ANDREA

¿Pues de qué se lamenta el hideputa?

Dice dentro otro JUDÍO:

JUDÍO

Quítate, Zabulón, de la ventana,
 que ese perro español es un demonio,
 y te hará pedazos la cabeza
 con sólo que te escupa y que te acierte.
 ¡Guayas, y qué comida que tenemos!
 ¡Guayas, y qué cazuela que se pierdel

MADRIGAL

¿Los pla[n]tos de Ramá volvéis al mundo,
 canalla miserable? ¿Otra vez vuelves,
 perro?

JUDÍO

¿Qué, aun no te has ido? ¿Por ventura
 quieres atosigarnos el aliento?

MADRIGAL

¡Recógeme este prisco!

Dicen dentro:

¿No aprovecha
 decirte, Zabulón, que no te asomes?
 Déjale ya en mal hora; éntrate, hijo.

ANDREA

¡Oh gente aniquilada! ¡Oh infame, oh sucia
 raza, y a qué miseria os ha traído
 vuestro vano esperar, vuestra locura
 y vuestra incomparable pertinacia,
 a quien llamáis firmeza y fe inmutable,
 contra toda verdad y buen discursol
 Ya parece que callan; ya en silencio

pasan su burla y hambre los mezquinos.
Español, ¿conocéisme?

MADRIGAL

Juraría
[q]ue en mi vida os he visto.

ANDREA

Soy Andrea,
la espía.

MADRIGAL

¿Vos Andrea?

ANDREA

Sí, sin duda.

MADRIGAL

¿El que llevó a Castillo y Palomares,
mis camaradas?

ANDREA

Y el que llevó a Me(lé)ndez,
a Arguijo y Santisteban, todos juntos,
y en Nápoles los dejó a sus anchuras,
de la agradable libertad gozando.

MADRIGAL

¿Cómo me conociste?

ANDREA

La memoria
tenéis dada a adobar, a lo que entiendo,
o reducida a voluntad no buena.
¿No os acordáis que os vi y hablé la noche

que recogí a los cinco, y vos quisiste:
 quedaros por no más de vuestro gusto,
 poniendo por excusa que os tenía
 amor rendida el alma, y que una alárabe,
 con nuevo cautiverio y nuevas leyes,
 os la tenía encadenada y presa?

MADRIGAL

Verdad; y aun todavía tengo el yugo
 al cuello, todavía estoy cautivo,
 todavía la fuerza poderosa
 de amor tiene sujeto a mi albedrío.

ANDREA

¿Luego en balde será tratar yo agora
 de que os vengáis conmigo?

MADRIGAL

En balde, cierto.

ANDREA

¡Desdichado de vos!

MADRIGAL

Quizá dichoso.

ANDREA

¿Cómo puede ser eso?

MADRIGAL

Son las leyes
 del gusto poderosas sobremodo.

ANDREA

Una resolución gallarda puede romperlas.

MADRIGAL

Yo lo creo; mas no es tiempo de ponerme a los brazos con sus fuerzas.

ANDREA

¿No sois vos español?

MADRIGAL

¿Por qué? ¿Por esto?

Pues, por las once mil de malla (1) juro,
y por el alto, dulce, omnipotente
deseo que se encierra bajo el hopo (2)
de cuatro acomodados porcionistas,
que he de romper por montes de diamantes
y por dificultades indecibles,
y he de llevar mi libertad en peso
sobre los propios hombros de mi gusto,
y entrar triunfando en Nápoles la bella
con dos o tres galeras levantadas
por mi industria y valor, y, Dios delante,
y dando a la Anunciada los dos bucos (3),
quedaré con el uno rico y próspero,
y no ponerme ahora a andar por trena (4),
cargado de temor y de miseria.

(1) Oncemil, en germanía significa cota. Hay juego de vocablos con las once mil vírgenes.

(2) Cabezón de sayo.

(3) Buques.

(4) Cárcel.

ANDREA

¡Español sois, sin dudal

MADRIGAL

Y soilo, y soilo,
lo he sido y lo seré mientras que viva,
y aun después de ser muerto ochenta siglos.

ANDREA

¿Habrá quien quiera libertad huyendo?

MADRIGAL .

Cuatro bravos soldados os esperan,
y son gente de pluma y bien nacidos.

ANDREA

¿Son los que dijo Arguijo?

MADRIGAL

Aquellos mismos.

ANDREA

Yo los tengo escondidos y a recaudo.

MADRIGAL

¿Qué turba es ésta? ¿Qué ruido es éste?

ANDREA

Es el embajador de los persianos,
que viene a tratar paces con el Turco.
Haceos a aquesta parte mientras pasa.

*Entra un EMBAJADOR, vestido como los que andan aquí,
y acompañañanle JENÍZAROS; va como turco.*

MADRIGAL

¡Bizarro va y gallardo por extremo!

ANDREA

Los más de los persianos son gallardos,
y muy grandes de cuerpo, y grandes hombres
de a caballo.

MADRIGAL

Y son, según se dice,
los caballos el nervio de sus fuerzas.
¡Plega a Dios que las paces no se hagan!
¿Queréis venir, Andrea?

ANDREA

Guía a donde
fuere más de tu gusto.

MADRIGAL

Al baño guío
del Uchalí.

ANDREA

Al de Morato guía,
que he de juntarme allí con otra espía.

*Entranse.**Entran el GRAN TURCO, RUSTÁN y MAMÍ.*

TURCO

Flaca disculpa me das
de la traición que me has hecho,
mayor que se vió jamás.

RUSTÁN

Si bien estás en el hecho,
señor, no me culparás.

Cuando vino a mi poder,
 no vino de parecer
 que pudiese darte gusto,
 y fué el reservarla justo
 a más tomo y mejor ser;
 muchos años, Gran Señor,
 profundas melancolías
 la tuvieron sin color.

TURCO

¿Quién la curó?

RUSTÁN

Sedequías
 el judío, tu doctor.

TURCO

Testigos muertos presentas
 en tu causa; a fe que intentas
 escaparte por buen modo.

RUSTÁN

Yo digo verdad en todo.

TURCO

Razón será que no mientas.

RUSTÁN

No ha tres días que el sereno
 cielo de su rostro hermoso
 mostró de hermosura lleno;
 no ha tres días que un ansioso
 dolor salió de su seno.

En efecto, no ha tres días
que de sus melancolías
está libre esta española,
que es en la belleza sola.

TURCO

Tú mientes o desvarías.

RUSTÁN

Ni miento ni desvarío.
Puedes hacer la experiencia
cuando gustes, señor mío.
Haz que venga a tu presencia;
verás su donaire y brío,
verás andar en el suelo,
con pies humanos, al cielo,
cifrado en su gentileza.

TURCO

De un temor, otro se empieza;
de un recelo, otro recelo.
Mucho temo, mucho espero,
mucho puede la alabanza
en lengua de lisonjero;
mas la lisonja no alcanza
parte aquí. Rustán, yo quiero
ver esa cautiva luego;
¡vé por ella, y por el dios ciego,
que me tiene asombrado,
que a no ser cual la has pintado
que te he de entregar al fuego!

Entrase RUSTÁN.

MAMÍ

Si no está en más la ventura
de Rustán que en ser hermosa
la cautiva, y de hermosura
rara, su suerte es dichosa;
libre está de desventura;
desde ahora muy bien puedes
hacerle, señor, mercedes,
porque verás de aquí a poco
aquí todo el cielo.

TURCO

Loco, •
a toda hipérbole excedes.
Deja, que es justo, a los ojos
algo que puedan hallar
en tan divinos despojos.

MAMÍ

¿Qué vista podrá mirar
de Apolo los rayos rojos
que no quede deslumbrada?

TURCO

Tanta alabanza me enfada.

MAMÍ

Remítome a la experiencia
que has de hacer con la presencia
desta, en mi lengua, agraviada.

Entran RUSTÁN y la SULTANA.

RUSTÁN

Háblale mansa y suave,
que importa, señora mía,
por que con todos no acabe.

SULTANA

Daré de la lengua mía
al santo cielo la llave;
arrojaréme a sus pies;
diré que su esclava es
la que tiene a gran ventura
besárselos.

RUSTÁN

Es cordura
que en ese artificio des.

SULTANA

Las rodillas en la tierra
y mis ojos en tus ojos,
te doy, señor, los despojos
que mi humilde ser encierra;
y si es soberbia el mirarte,
ya los abajo e inclino,
por ir por aquel camino
que suele más agradarte.

TURCO

¡Gente indiscreta, ignorante,
locos sin duda de atar,
a quien no se puede hallar,
en ser simples, semejante;

robadores de la fama
 debida a tan gran sujeto;
 mentirosos, en efecto,
 que es la traición que os infama!
 ¡Por cierto que bien se emplea
 cualquier castigo en vosotros!

MAMÍ

¡Desdichados de nosotros
 si le ha parecido feal

TURCO

¡Cuán a lo humano hablasteis
 de una hermosura divina,
 y esta beldad peregrina
 cuán vulgarmente pintastes!
 ¿No fuera mejor ponella
 al par de Alá en sus asientos,
 hollando los elementos
 y una y otra clara estrella,
 dando leyes desde allá,
 que con reverencia y celo
 guardaremos los del suelo,
 como Mahoma las da?

MAMÍ

¿No te dije que era rosa
 en el huerto a medio abrir?
 ¿Qué más pudiera decir
 la lengua más ingeniosa?
 ¿No te la pinté discreta
 cual nunca se vió jamás?

¿Pudiera decirte más
un mentiroso poeta?

RUSTÁN

Cielo te la hice yo,
con pies humanos, señor.

TURCO

A hacerla su Hacedor,
acertaras.

RUSTÁN

Eso no:
que esos grandes atributos
cuadran solamente a Dios.

TURCO

En su alabanza los dos
anduvistes resolutos
y cortos en demasía,
por lo cual, sin replicar,
os he de hacer empalar
antes que pase este día.
Mayor pena merecías,
traidor Rustán, por ser cierto
que me has tenido encubierto
tan gran tesoro tres días.
Tres días has detenido
el curso de mi ventura;
tres días en mal segura
vida, y penosa, he vivido;
tres días me has defraudado

del mayor bien que se encierra
 en el cerco de la tierra
 y en cuanto ve el sol dorado.
 Morirás, sin duda alguna,
 hoy, en este mismo día:
 que a do comienza la mía
 ha de acabar tu fortuna.

SULTANA

Si ha hallado esta cautiva
 alguna gracia ante ti,
 vivan Rustán y Mamí.

TURCO

Rustán muera; Mamí viva.
 Pero maldigo la lengua
 que tal cosa pronunció;
 vos pedís; no otorgo yo.
 Recompensaré esta mengua
 con haceros juramento,
 por mi valor todo junto,
 de no discrepar un punto
 de hacer vuestro mandamiento.
 No sólo viva Rustán;
 pero, si vos lo queréis,
 los cautivos soltaréis
 que en las mazmorras están;
 porque a vuestra voluntad
 tan sujeta está la mía
 como está a la luz del día
 sujeta la escuridad.

SULTANA

No tengo capacidad
para tanto bien, señor.

TURCO

Sabe igualar el amor
el vos y la majestad.
De los reinos que poseo,
que casi infinitos son,
toda su jurisdicción
rendida a la tuya veo;
ya mis grandes señoríos,
que Grande Señor me han hecho,
por justicia y por derecho
son ya tuyos más que míos;
y en pensar no te demandes:
esto soy, aquello fui;
que, pues me mandas a mí,
no es mucho que al mundo mandes.
Que seas turca o seas cristiana,
a mí no me importa cosa;
esta belleza es mi esposa,
y es de hoy más la Gran Sultana.

SULTANA

Cristiana soy, y de suerte,
que de la fe que profeso
no me ha de mudar exceso
de promesas ni aun de muerte.
Y mira que no es cordura
que entre los tuyos se hable

de un caso que, por notable,
 se ha de juzgar por locura.
 ¿Dónde, señor, se habrá visto
 que asistan dos en un lecho
 que el uno tenga en el pecho
 a Mahoma, el otro a Cristo?
 Mal tus deseos se miden
 con tu supremo valor,
 pues no junta bien amor
 dos que las leyes dividen.
 Allá te avén con tu alteza,
 con tus ritos y tu secta,
 que no es bien que se entremeta
 con mi ley y mi bajeza.

TURCO

En estos discursos entro,
 pues amor me da licencia;
 yo soy tu circunferencia,
 y tú, señora, mi centro;
 de mí a ti han de ser iguales
 las cosas que se trataren,
 sin que en otro punto paren
 que las haga desiguales.
 La majestad y el amor
 nunca bien se convinieron,
 y en la igualdad le pusieron
 los que hablaron del mejor.
 Des.e modo se adereza
 lo que tú ves después:
 que humillándome a tus pies

te levanto a mi cabeza.
Iguales estamos ya.

SULTANA

Levanta, señor, levanta,
que tanta humildad espanta.

MAMÍ

Rindióse; vencido está.

SULTANA

Una merced te suplico,
y me la has de conceder.

TURCO

A cuanto quieras querer
obedezco y no replico.
Suelta, condena, rescata,
absuelve, quita, haz mercedes,
que esto y más, señora, puedes:
que amor tu imperio dilata.
Pídeme los imposibles
que te ofreciere el deseo,
que, en fe de ser tuyo, creo
que los he de hacer posibles.
No vengas a contentarte
con pocas cosas, mi amor;
que haré, siendo pecador,
milagros por agradarte.

SULTANA

Sólo te pido tres días,
Gran Señor, para pensar...

TURCO

Tres días me han de acabar.

SULTANA

En no sé qué dudas mías,
 que escrupulosa me han hecho;
 y, estos cumplidos, vendrás,
 y claramente verás
 lo que tienes en mi pecho.

TURCO

Soy contento. Queda en paz,
 guerra de mi pensamiento,
 de mis placeres aumento,
 de mis angustias solaz.
 Vosotros, atribulados
 y alegres en un instante,
 llevaréis de aquí adelante
 vuestros gajes seis doblados.
 Entra, Rustán; da las nuevas
 a esas cautivas todas
 de mis esperadas bodas.

MAMÍ

¡Gentil recado les llevas!

TURCO

Y como a cosa divina,
 y esto también les dirás,
 sirvan y adoren de hoy más
 a mi hermosa Catalina.

*Entranse el TURCO, MAMÍ y RUSTÁN, y queda en el
 teatro sola la SULTANA.*

SULTANA

¡A ti me vuelvo, gran Señor, que alzaste
a costa de tu sangre y de tu vida
la mísera de Adán primer caída,
y a donde él nos perdió tú nos cobraste;
a ti, Pastor bendito, que buscaste
de las cien ovejuelas la perdida,
y, hallándola del lobo perseguida,
sobre tus hombros santos te la echaste;
a ti me vuelvo en mi afición amarga,
y a ti toca, Señor, el darme ayuda:
que soy cordera de tu aprisco ausente,
y temo que, a carrera corta o larga,
cuando a mi daño tu favor no acuda,
me ha de alcanzar esta infernal serpiente!

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

*Traen dos MOROS atado a MADRIGAL las manos atrás,
y sale con ellos el GRAN CADÍ, que es el juez obispo de
los turcos.*

MORO PRIMERO

Como te habemos contado,
por aviso que tuvimos
en fragante le cogimos
cometiendo el gran pecado.
La alárabe queda presa,
y, como se ve con culpa
que carece de disculpa,
toda su maldad confiesa.

CADÍ

Dad con ellos en la mar,
de pies y manos atados,
y de peso acomodados
que no los dejen nadar;
pero si moro se vuelve,
casaldos, y libres queden.

MADRIGAL

Hermanos, atarme pueden.

CADÍ

¿En qué el perro se resuelve:
en casarse, o en morir?

MADRIGAL

Todo es muerte, y todo es pena;
ninguna cosa hallo buena
en casarme ni en vivir.
Como la ley no dejara
en la cual pienso salvarme,
la vida, con el casarme,
aunque es muerte, dilatara;
pero casarme y ser moro
son dos muertes, de tal suerte,
que atado corro a la muerte
y suelto mi léy adoro.
Mas yo sé que desta vez
no he de morir, señor bueno.

CADÍ

¿Cómo, si yo te condeno,
y soy supremo juez?
De las sentencias que doy
no hay apelación alguna.

MADRIGAL

Con todo, de mi fortuna,
aunque mala, alegre estoy.
La piedra tendré ya puesta
al cuello, y has de pensar

que no me pienso anegar;
 y desto haré buena puesta.
 Y por que no estés suspenso,
 haz salir estos dos fuera;
 diréte de la manera
 que ha de ser, según yo pienso.

CADÍ

Idos, y dejalde atado,
 que quiero ver de la suerte
 cómo escapa de la muerte
 a quien está condenado.

Vanse los dos MOROS.

MADRIGAL

Sé de bien tendrás memoria,
 porque no es posible menos,
 de aquel sabio cuyo nombre
 fué Apolonio Tianeó (1),
 el cual, según que lo sabes,
 o fuese favor del Cielo,
 o fuese ciencia adquirida
 con el trabajo y el tiempo,
 supo entender de las aves
 el canto tan por extremo,
 que en oyéndolas decía:
 «Esto dicen.» Y esto es cierto.
 Ora cantase el canario,
 ora trinase el jilguero,

(1) Famoso pitagórico cuya vida refirió en forma novelesca Filóstrato.

ora gimiese la tórtola,
ora graznasen los cuervos,
desde el pardal malicioso
hasta el águila de imperio,
de sus cantos entendía
los escondidos secretos.
Este fué, según es fama,
abuelo de mis abuelos,
a quien dejó de su gracia
por únicos herederos.
Uno la supo de todos
los que en aquel tiempo fueron,
y no la hereda más de uno
de sus más cercanos deudos.
De deudo a deudo ha venido,
con el volar de los tiempos,
a encerrarse esta ventura
en mi desdichado pecho.
A esta mañana, que iba
al pecado, porque vengo
a tener cercada el alma
de esperanzas y de miedos,
oí en casa de un judío
a un ruiñeñor pequeñuelo,
que, con divina armonía,
aquesto estaba diciendo:
«¿Adónde vas, miserable?
Tuerce el paso y hurta el cuerpo
a la ocasión que te llama
y lleva a tu fin postrero.
Cogeránte en el garlito,

ya cumplido tu deseo;
morirás, sin duda alguna,
si te falta este remedio.
Dile al juez de tu causa
que han decretado los Cielos
que muera de aquí a seis días
y baje al estigio reino;
pero que si hiciere emienda
de tres grandes desafueros
que a dos moros y una viuda
no ha muchos años que ha hecho,
y si hiciere la zalá
lavando el cuerpo primero
con tal agua—y dijo el agua,
que yo decirte no quiero—,
tendrá salud en el alma,
tendrá salud en el cuerpo
y será del Gran Señor
favorecido en extremo.»
Con esta gracia admirable,
otra más subida tengo:
que hago hablar a las bestias
dentro de muy poco tiempo.
Y aquel valiente elefante
del Gran Señor, yo me ofrezco
de hacerle hablar en diez años
distintamente turquesco;
y cuando desto faltare,
que me empalen, que en el fuego
me abrasen, que desmenucen
brizna a brizna estos mis miembros.

CADÍ

El agua me has de decir,
que importa.

MADRIGAL

Su tiempo espero,
porque ha de ser distilada
de ciertas yerbas y yezgos (1).
Tú no la conocerás;
yo sí, y al cielo sereno
se han de coger en tres noches.

Desátale.

CADÍ

En tu libertad te vuelvo.
Pero una cosa me tiene
confuso, amigo, y perplejo:
que no sé cuál viuda sea,
ni cuáles moros sean éstos
a quien he de hacer la enmienda:
que veo que son sin-cuento
los moros de mí ofendidos,
y viudas pasan de ciento.

MADRIGAL

Iré a oír al ruiseñor
otra vez, y yo sé cierto
que él me dirá en su cántico
quién son los que no sabemos.

(1) Especie de saúco que mitiga dolores de las articulaciones.

CADÍ

A estos moros les diré
 la causa por que te suelto,
 que será que al elefante
 has de hacer hablar turquesco.
 Pero dime: ¿acaso sabes
 hablar turco?

MADRIGAL

¡Ni por piensol

CADÍ

¿Pues cómo de lo que ignoras
 quieres mostrarte maestro?

MADRIGAL

Aprenderé cada día
 lo que mostrarle pretendo,
 pues habrá tiempo en diez años
 de aprender el turco y griego.

CADÍ

Dices verdad. Mira, amigo,
 que mi vida te encomiendo;
 que será desto la paga
 tu libertad, por lo menos.

MADRIGAL

¡Penitencia, gran cadí,
 penitencia y buen deseo
 de no hacer de aquí adelante
 tantos tuertos a derechos!

CADÍ

No se te olviden las yerbas,
 que es la importancia del hecho
 memorable que me has dicho
 y sin duda alguna creo
 que ya sé qué fué en el mundo
 Apolonio Tianeó,
 que entendía de las aves
 el canto, y también entiendo
 que hay arte que hace hablar
 a los mudos.

MADRIGAL

¡Bueno es eso!
 Al elefante os aguardo,
 y las yerbas os espero.

Entranse.

Parece el GRAN TURCO detrás de unas cortinas de tafetán verde; salen cuatro BAJAES ancianos; siéntanse sobre alfombras y almohadas; entra el EMBAJADOR de Persia, y al entrar le echan encima una ropa de brocado; llévanle dos turcos de brazo, habiéndole mirado primero si trae armas encubiertas; llévanle a sentar en una almohada de terciopelo; descúbrese la cortina; parece el GRAN TURCO; mientras esto se hace puede sonar chirrimías. Sentados todos, dice el EMBAJADOR:

EMBAJADOR

Prospera Alá tu poderoso Estado,
 señor universal casi del suelo;

sea por luengos siglos dilatado,
 por suerte amiga y por querer del Cielo.
 La embajada de aquel que me ha enviado,
 con preámbulos cortos, como suelo,
 diré, si es que me das de hablar licencia;
 que sin ella enmudezco en tu presencia.

BAJÁ PRIMERO

Di con la brevedad que has prometido;
 que si es con la que sueles, será parte
 a darte el Gran Señor atento oído,
 puesto que le forzamos a escucharte.
 Por muchas persuasiones ha venido
 a darte audiencia y a respuesta darte;
 que pocas veces oye al enemigo.
 Di, pues; que ya eres largo.

EMBAJADOR

Pues ya digo.

Dice el soldán, señor, que, si tú gustas
 de paz, que él te la pide, y que se haga
 con leyes tan honestas y tan justas,
 que el tiempo o el rencor no las deshaga;
 si a la suya, que es buena, tu alma ajustas,
 dar el cielo a los dos será la paga.

BAJÁ SEGUNDO

No aconsejes; propón, di tu emb[aj]jada.

EMBAJADOR

Toda en pedir la paz está cifrada.

BAJÁ PRIMERO

Ese cabezarroja, ese maldito,
 que de las ceremonias de Mahoma,
 con depravado y bárbaro apetito,
 unas cosas despide y otras toma,
 bien debe de pensar que el infinito
 poder, que al mundo espanta, estrecha y doma,
 del Gran Señor, el Cielo tal le tenga,
 que hacer paces infames le convenga.
 Su mendiguez sabemos y sus mañas,
 por quien con él de nuevo me enemisto,
 viendo que el grande rey de las Españas
 muchos persianos en su corte ha visto.
 Estas son de tu dueño las hazañas:
 pedir favor a quien adora en Cristo;
 y como ve que el ayudarle niega,
 por paz cobarde en ruego humilde ruega.

EMBAJADOR

Aquella majestad que tiene al mundo
 admirado y suspenso; el verdadero
 retrato de Filipo, aquel Segundo
 que sólo pudo darse a sí tercero;
 aquel cuyo valor alto y profundo
 no es posible alabarle como quiero;
 aquel, en fin, que el Sol, en su camino,
 mirando va sus reinos de contino;
 llevado en vuelo de la buena fama
 su nombre y su virtud a los oídos
 del soldán, mi señor, así le inflama
 el deseo de verle los sentidos,

que a mí me insiste, solicita y llama,
y manda que por pa.os no entendidos,
por mares y por reinos diferentes,
vaya a ver al gran rey.

BAJÁ PRIMERO

¿Esto consentes?

Echadle fuera. Adulador, camina;
embajador cristiano. Echadle fuera;
que, de los que profesan su dotrina,
algún buen fruto por jamás se espera.
El cuerpo dobla; la cabeza inclina.
Echadle, digo.

BAJÁ SEGUNDO

¿No es mejor que muera?

BAJÁ PRIMERO

Goce de embajador la preeminencia,
que es la que no ejecuta esa sentencia.

Echanle a empujones al EMBAJADOR.

No es mucho, Gran Señor, que me desmande
a alzar la voz, de cólera encendido:
que no ha sido pequeña, sino grande
la desvergüenza deste fementido.
Vea tu majestad ahora, y mande
la respuesta que más fuere servido
que se le dé a este can.

TURCO

Comunicadme
y, cual el caso pide, aconsejadme.

Mirad bien si la paz es conveniente
y honrosa.

BAJÁ SEGUNDO

A lo que yo descubro y veo,
que sosegar las armas del Oriente,
no te puede pedir más el deseo,
con tanto que el persiano no alce frente
contra ti. Triste historia es la que leo:
que a nosotros la Persia así nos daña,
que es lo mismo que Flandes para España.
Conviene hacer la paz, por las razones
que en este pergamino van escritas.

TURCO

Presto a la paz ociosa te dispones;
presto el regalo blando solicitas.
Tú, Brain valeroso, ¿no te opones
a Mustafá? ¿Por dicha, solicitas
también la paz?

BAJÁ PRIMERO

La guerra facilito,
y daré las razones por escrito.

TURCO

Veréla, y veré lo que contiene,
y de mi parecer os daré parte.

BAJÁ PRIMERO

A la que el mundo entre los dedos tiene,
te entregue dél la rica y mayor parte.

BAJA SEGUNDO

Mahoma así la paz dichosa ordene,
 que se oiga el son del belicoso Marte,
 no en Persia, sino en Roma, y tus galeras
 corran del mar de España las riberas.

Entranse.

Sale la SULTANA y RUSTÁN.

RUSTÁN

Como de su alhaja, puede
 gozar de ti a su contento.

SULTANA

La viva fe de mi intento
 a toda su fuerza excede:
 resuelta estoy de morir
 primero que darle gusto.

RUSTÁN

Contra intento que es tan justo
 no tengo que te decir;
 pero mira que una fuerza
 tal puedé mucho, señora,
 y mira bien que a ser mora
 no te induce ni te fuerza.

SULTANA

¿No es grandísimo pecado
 el juntarme a un infiel?

RUSTÁN

Si pudieras huir dél,

te lo hubiera aconsejado;
 mas cuando la fuerza va
 contra razón y derecho,
 no está el pecado en el hecho,
 si en la voluntad no está:
 condénanos la intención
 o nos salva en cuanto hacemos.

SULTANA

Eso es andar por extremos.

RUSTÁN

Sí; mas puestos en razón:
 que el alma no es bien peligre
 cuando por fuerza de brazos
 echan a su cuerpo lazos
 que rendirán a una tigre.
 Desta verdad se recibe
 la que no habrá quien la tuerza:
 que peca el que hace la fuerza,
 pero no quien la recibe

SULTANA

Mártir seré si consiento;
 antes morir que pecar.

RUSTÁN

Ser mártir se ha de causar
 por más alto fundamento,
 que es por el perder la vida
 por confesión de la fe.

SULTANA

Esa ocasión tomaré.

RUSTÁN

¿Quién a ella te convida?
 Sultán te quiere cristiana,
 y a fuerza, si no de grado,
 sin darle muerte al ganado
 podrá gozar de la lana.
 Muchos santos desearon
 ser mártires, y pusieron
 los medios que convinieron
 para serlo, y no bastaron:
 que al ser mártir se requiere
 virtud sobresingular,
 y es merced particular
 que Dios hace a quien él quiere.

SULTANA

Al Cielo le pediré,
 ya que no merezco tanto,
 que a mi propósito santo
 de su firmeza le dé;
 haré lo que fuere en mí,
 y en silencio, en mis recelos,
 daré voces a los cielos.

RUSTÁN

Calla, que viene Mamí.

Entra MAMÍ.

MAMÍ

El Gran Señor viene a verte.

SULTANA

¡Vista para mí mortal!

MAMÍ

Hablas, señora, muy mal.

SULTANA

Siempre hablaré desta suerte;
y no quieras tú mostrarte
prudente en aconsejarme.

MAMÍ

Sé que vendrás a mandarme,
y no es bien descontentarte.

Entra el GRAN TURCO.

TURCO

¡Catalina!

SULTANA

Ese es mi nombre.

TURCO

Catalina la Otomana
te llamarán.

SULTANA

Soy cristiana,
y no admito el sobrenombre,
porque es el mío de Oviedo,
hidalgo, ilustre y cristiano.

TURCO

No es humilde el otomano.

SULTANA

Esa verdad te concedo:
que en altivo y arrogante
ninguno igualarte puede.

TURCO

Pues el tuyo al mío excede
y en todo le va adelante,
pues que desprecias por él
al mayor que el suelo tiene.

SULTANA

Sé yo que en él se contiene
lo que es de estimar en él,
que es el darme a conocer
por cristiana si me nombran.

TURCO

Tus libertades me asombran,
que son más que de mujer;
pero bien puedes tenellas
con quien solamente puede
aquello que le concede
el valor que vive en ellas.
Dél conozco que te estimas
en todo aquello que vales,
y con arrogancias tales
me alegras y me lastimas.
Muéstrate más soberana,
haz que te tenga respeto

el mundo, porque, en efeto,
 has de ser la Gran Sultana.
 Y doite la preeminencia
 desde luego: ya lo eres.

SULTANA

¿Dar a una tu esclava quieres
 de tu esposa la excelencia?
 Míralo bien, porque temo
 que has de arrepentirte presto.

TURCO

Ya lo he mirado, y en esto
 no hago ningún extremo,
 si ya no fuese el de hacer
 que con la sangre otomana
 mezcle la tuya cristiana
 para darle mayor ser.
 Si el fruto que de ti espero
 llega a colmo, verá el mundo
 que no ha de tener segundo
 el que me dieres primero.
 No habrá descubierto el sol,
 en cuanto ciñe y rodea,
 no quien pase, que igual sea
 a un otomano español.
 Mira a lo que te dispones,
 que ya mi alma adivina
 que has de parir, Catalina,
 hermosísimos leones.

SULTANA

Antes tomara engendrar
águilas.

TURCO

A tu fortuna
no hay dificultad alguna
que la pueda contrastar.
En la cumbre de la rueda
está, y, aunque variable,
contigo ha de ser estable,
estando en tu gloria queda.
Daréte la posesión
de mi alma aquesta tarde,
y la de mi cuerpo, que arde
en llamas de tu afición;
qué afición, de amor interno,
que, con poderoso brío,
de mi alma y mi albedrío
tiene el mando y el gobierno.

SULTANA

He de ser cristiana.

TURCO

Selo;
que a tu cuerpo, por agora,
es el que mi alma adora
como si fuese su cielo.
¿Tengo yo a cargo tu alma,
o soy Dios para inclinalla

o ya de hecho llevalla
 donde alcance eterna palma?
 Vive tú a tu parecer,
 como no vivas sin mí.

RUSTÁN

¿Qué te parece, Mamí?

MAMÍ

¡Mucho puede una mujer!

SULTANA

No me has de quitar, señor,
 que con cristianos no trate.

MAMÍ

Este es grande disparate,
 y el concederle, mayor.

TURCO

Tal te veo y tal me veo,
 que con grave imperio y firme
 puedes, sultana, pedirme
 cuanto te pida el deseo.
 De mi voluntad te he dado
 entera jurisdicción;
 tus deseos míos son:
 mira si estoy obligado
 a cumplillos.

MAMÍ

Caso grave,
 y entre turcos jamás visto,

andar por aquí tu Cristo,
Rustán.

RUSTÁN

El mismo lo sabe.
El suele, Mamí, sacar
de mucho mal mucho bien.

TURCO

Tus aranceles me den
el modo que he de guardar
para no salir un punto
de tu gusto; que el sabelle
y el entendelle y habelle
estará en mi alma junto.
Saca de aquesta humildad,
bellísima Catalina,
que se guía y se encamina
a rendir tu voluntad.
No quiero gustos por fuerza
de gran poder conquistados:
que nunca son bien logrados
los que se toman por fuerza.
Como a mi esclava, en un punto
pudiera gozarte agora;
mas quiero hacerte señora,
por subir el bien de punto;
y aunque del cercado ajeno
es la fruta más sabrosa
que del propio, ¡extraña cosal,
por la que es tan mía peno.
Entre las manos la tengo,

y entre la boca y las manos
 desaparece. ¡Oh miedos vanos,
 y a cuántas bajezas vengo!
 Puedo cumplir mi des[e]jo,
 y estoy en comedimientos.

RUSTÁN

Humilla tus pensamientos,
 porque muy airado veo
 al Gran Señor; no fabriques
 tu tristeza en su pesar,
 y a quien ya puedes mandar
 no será bien que supliques.

SULTANA

Dió el temor con mi buen celo
 en tierra. ¡Oh pequeña edad!
 ¡Con cuánta facilidad
 te rinde cualquier recelo!
 Gran Señor, veisme aquí; postro
 las rodillas ante ti;
 tu esclava soy.

TURCO

¿Cómo así?

Alza, señora, ese rostro,
 y en esos sus soles dos,
 que tanto le hermosean,
 harás que mis ojos vean
 el grande poder de Dios
 o de la Naturaleza,
 a quien Alá dió poder

para que pudiese hacer
milagros en su belleza.

SULTANA

Advierte que soy cristiana,
y que lo he de ser contino.

MAMÍ

¡Caso extraño y peregrino:
cristiana una Gran Sultana!

TURCO

Puedes dar leyes al mundo
y guardar la que quisieres.
No eres mía, tuya eres,
y a tu valor sin segundo
se le debe adoración,
no sólo humano respeto;
y así, de guardar prometo
las sombras de tu intención.
Mamí, tráeme, ¡así tú vivas!,
a que den en mi presencia
a sultana la obediencia
del serrallo las cautivas.

Entrase MAMÍ.

Reveréncienla no sólo
los que obediencia me dan,
sino las gentes que están
desde este al contrario polo.

SULTANA

¡Mira, señor, que ya pasan
tus deseos de lo justo!

TURCO

Las cosas que me dan gusto
no se miden ni se tasan;
todas llegan al extremo
mayor que pueden llegar,
y para las alcanzar
siempre espero, nunca temo.

Vuelve MAMÍ, y con él CLARA, llamada ZAIDA, y ZELINDA, que es LAMBERTO, el que busca ROBERTO.

MAMÍ

Todas vienen.

TURCO

Estas dos
den la obediencia por todas.

ZAIDA

Hagan dichosa tus bodas
las bendiciones de Dios;
fecundo tu seno sea,
y, con parto sazonado,
del Gran Señor el Estado
con mayorazgo se vea;
logres la intención que tienes,
que ya de Rustán la sé,
y en varios modos te dé
el mundo mil parabienes.

ZELINDA

Hermosísima española,
corona de su nación,

única en la discreción
 y en buenos intentos sola:
 traiga a colmo tu deseo
 el Cielo, que le conoce,
 y en estas bodas se goce
 el dulce y santo Himeneo;
 por tu parece se rija
 el imperio que posees;
 ninguna cosa desees
 que el no alcanzalla te aflija;
 de ensalzarte es cosa llana
 que Mahoma el cargo toma.

TURCO

No le nombréis a Mahoma,
 que la sultana es cristiana.
 Doña Catalina es
 su nombre, y el sobrenombre,
 de Oviedo, para mí, nombre
 de riquísimo interés;
 porque, a tenerle de mora,
 nunca a mi poder llegara
 ni del tesoro gozara
 que en su hermosura mora.
 Ya como a cosa divina,
 sin que lo encubra el silencio,
 el gran nombre reverencio
 de mi hermosa Catalina.
 Para celebrar las bodas,
 que han de dar asombro al suelo,
 deme de su gloria el Cielo

y acudan mis gentes todas;
 concédame el mar profundo,
 de sus senos temerosos,
 los pescados más sabrosos;
 sus riquezas me dé el mundo;
 denme la tierra y el viento
 aves y caza, de modo
 que esté en cada una el todo
 del más gustoso alimento.

SULTANA

Mira, señor, que me agravia
 el bien que de mí pregonas.

TURCO

Denme para tus coronas
 perlas el Sur, oro Arabia,
 púrpura Tiro y olores
 la Sabea, y, finalmente,
 denme para ornar tu frente
 abril y mayo sus flores;
 y si os parece que el modo
 de pedir ha dado indicio
 de tener poco juicio,
 venid y veréislo todo.

Entranse todos, si no es ZAIDA y ZELINDA.

ZELINDA

¡Oh Claral! ¡Cuán turbias van
 nuestras cosas! ¿Qué haremos?

Que ya están en los extremos
del más sin remedio afán.
¿Yo varón, y en el serrallo
del Gran Turco? No imagino
traza, remedio o camino
a este mal.

ZAIDA

Ni yo le hallo.
¡Grande fué tu atrevimiento!

ZELINDA

Llegó do llegó el amor,
que no repara en temor
cuando mira a su contento.
Entre una y otra muerte,
por entre puntas de espadas
contra mí desenvainadas,
entrara, mi bien, a verte.
Ya te he visto y te he gozado,
y a este bien no llega el mal
que suceda, aunque mortal.

ZAIDA

Hablas como enamorado:
todo eres brío, eres todo
valor y todo esperanza;
pero nuestro mal no alcanza
remedio por ningún modo:
que desta triste morada,
por nuestro mal conocida,

es la muerte la salida
 y desventura la entrada.
 De aquí no hay pensar huir
 a más seguro lugar:
 que sólo se ha de escapar
 con las alas del morir
 Ningún cohecho es bastante
 que a las guardas enterezca,
 ni remedio que se ofrezca
 que el morir no esté delante.
 ¿Yo preñada, y tú varón,
 y en este serrallo? Mira
 a dónde pone la mira
 nuestra cierta perdición.

ZELINDA

¡Altol Pues se ha de acabar
 en muerte nuestra fortuna,
 no esperar salida alguna
 es lo que se ha de esperar;
 pero estad, Clara, advertida
 que hemos de morir de suerte
 que nos granjee la muerte
 nueva y perdurable vida.
 Quiero decir que muramos
 cristianos en todo caso.

ZAIDA

De la vida no hago caso
 como a tal muerte corramos.

Entranse.

Sale MADRIGAL, el maestro del elefante, con una trompetilla de hoja de lata, y sale con él ANDREA, la espía.

ANDREA

¡Bien te dije, Madrigal,
que la alárabe algún día
a la muerte te traería!

MADRIGAL

Más bien me hizo que mal.

ANDREA

Maestro de un elefante
te hizo.

MADRIGAL

¿Ya es barro, Andrea?
Podrá ser que no se vea
jamás caso semejante.

ANDREA

Al cabo, ¿no has de morir
cuando caigan en el caso
de la burla?

MADRIGAL

No hace al caso.
Déjame agora vivir,
que, en término de diez años,
o morirá el elefante,
o yo, o el Turco, bastante
causa a reparar mi[s] daño[s].
¿No fuera peor dejarme
arrojar en un costal,

por lo menos en la mar,
 donde pudiera ahogarme,
 sin que pudiera valerme
 de ser grande nadador?
 ¿No estoy agora mejor?
 ¿No podéis vos socorrerme
 agora con más provecho
 vuestro y mío?

ANDREA

Así es verdad.

MADRIGAL

Andrea, considerad
 que este hecho es un gran hecho,
 y aun salir con él entiendo
 cuando menos os penséis.

ANDREA

Gracias, Madrigal, tenéis
 que al diablo las encomiendo.
 ¿El elefante ha de hablar?

MADRIGAL

No quedará por maestro;
 y él es animal tan diestro,
 que me hace imaginar
 que tiene algún no sé qué
 de discurso racional.

ANDREA

Vos sí sois el animal
 sin razón, como se ve,

pues en disparates dais
en que no da quien la tiene.

MADRIGAL

Darlo a entender me conviene
así al cadí.

ANDREA

Bien andáis;
pero no os cortéis conmigo
las uñas, que no es razón.

MADRIGAL

Es mi propia condición
burlarme del más amigo.

ANDREA

¿Esa trompeta es de plata?

MADRIGAL

De plata la pedí yo;
mas dijo quien me la dió
que bastaba ser de lata.
Al elefante con ella
he de hablar en el oído.

ANDREA

¡Trabajo y tiempo perdido!

MADRIGAL

¡Traza ilustre y burla bella!
Cien asperos cada día
me dan por acostamiento.

ANDREA

¿Dos escudos? ¡Gentil cuentol
¡Buena va la burlerial!

MADRIGAL

El cadí es éste. A más ver,
que me conviene hablalle.

ANDREA

¿Querrás de nuevo engañalle?

MADRIGAL

Podrá ser que pueda ser.

Vase ANDREA y entra el CADÍ.

CADÍ

Español, ¿has comenzado
a enseñar al elefante?

MADRIGAL

Sí; y está muy adelante:
cuatro liciones le he dado.

CADÍ

¿En qué lengua?

MADRIGAL

En vizcaína,
que es lengua que se averigua
que lleva el lauro de antigua
a la etiopia y abisina.

CADÍ

Paréceme lengua extraña.
¿Dónde se usa?

MADRIGAL

En Vizcaya.

CADÍ

¿Y es Vizcaya...?

MADRIGAL

Allá en la raya
de Navarra, junto a España.

CADÍ

Esta lengua de valor
por su antigüedad es sola;
enséñale la española,
que la entendemos mejor.

MADRIGAL

De aquellas que son más graves,
le diré las que supiere,
y él tome la que quisiere.

CADÍ

¿Y cuáles son las que sabes?

MADRIGAL

La jerigonza de ciegos,
la bergamasca de Italia,
la gascona de la Galia
y la antigua de los giegos;

con letras como de estampa
 una materia le haré,
 a donde a entender le dé
 la famosa de la hampa;
 y si de aquestas le pesa
 porque son algo escabrosas,
 mostraréle las melosas
 valenciana y portuguesa.

CADÍ

A gran peligro se arrisca
 tu vida si el elefante
 no sale grande estudiante
 en la turquesca o morisca,
 o en la española a lo menos.

MADRIGAL

En todas saldrá perito,
 si le place al infinito
 sustentador de los buenos
 y aun de los malos, pues hace
 que a todos alumbre el sol.

CADÍ

Hazme un placer, español.

MADRIGAL

Por cierto que a mí me place.
 Declara tu voluntad,
 que luego será cumplida.

CADÍ

Será el mayor que en mi vida
 pueda hacerme tu amistad.
 Dime: ¿qué iban hablando,
 con acento bronco y triste,
 aquellos cuervos que hoy viste
 ir por el aire volando?
 Que por entonces no pude
 preguntártelo.

MADRIGAL

Sabrás

—y de aquesto que me oirás
 no es bien que tu ingenio dude—,
 sabrás, digo, que trataban
 que al campo de Alcudia irían,
 lugar donde hartar podían
 la gran hambre que llevaban:
 que nunca falta res muerta
 en aquellos campos anchos,
 donde podrían sus panchos
 de su hartura hallar la puerta.

CADÍ

Y esos campos, ¿dónde están?

MADRIGAL

En España.

CADÍ

¡Gran viaje!

MADRIGAL

Son los cuerpos de volaje
 tan ligeros, que se van
 dos mil leguas en un tris:
 que vuelan con tal instancia,
 que hoy amanecen en Francia,
 y anohecen en París.

CADÍ

Dime: ¿qué estaba diciendo
 aquel colorín ayer?

MADRIGAL

Nunca le pude entender;
 es húngaro: no le entiendo.

CADÍ

Y aquella calandria bella,
 ¿supiste lo que decía?

MADRIGAL

Una cierta niñería
 que no te importa sabella.

CADÍ

Yo sé que me lo dirás.

MADRIGAL

Ella dijo, en conclusión,
 que andabas tras un garzón,
 y aun otras cosillas más.

CADÍ

Pues ¡válgala Lucifer!,
¿a qué se mete conmigo?

MADRIGAL

Si hay algo de lo que digo,
verás que la sé entender.

CADÍ

No va muy descaminada;
pero no ha llegado el juego
a que me abrase en tal fuego.
No digas a nadie nada,
que el crédito quedaría
granjeado a buenas noches.

MADRIGAL

Para hablar en tus reproches,
es muda la lengua mía.
Bien puedes a sueño suelto
dormir en mi confianza,
pues de hablar en tu alabanza
para siempre estoy resuelto.
Puesto que los tordos sean
de tu ruindad pregoneros,
y la digan los jilgueros
que en los pimpollos gorjean;
ora los asnos roznando
digan tus males protervos,
ora graznando los cuervos,
o los canarios cantando:
que pues yo soy aquel solo
que los entiende, seré

aquel que los callaré
desde el uno al otro polo.

CADÍ

¿No habrá pájaro que cante
alguna virtud de mí?

MADRIGAL

Respetarante, ¡oh cadí!,
si puedo, de aquí adelante:
que apenas veré en sus labios
dar indicios de tus menguas,
cuando les corte las lenguas,
en pena de tus agravios.

*Entra RUSTÁN, el eunuco, y tras él un CAUTIVO anciano,
que se pone a escuchar lo que hablan.*

CADÍ

Buen Rustán, ¿adónde vais?

RUSTÁN

A buscar un tarasí (1)
español.

MADRIGAL

¿No es sastre?

RUSTÁN

Sí.

MADRIGAL

Sin duda que me buscáis,
pues soy sastre y español,

(1) Sastre, en turco.

y de tan grande tijera,
que no la tiene en su esfera
el gran tarasí del sol.
¿Qué hemos de cortar?

RUSTÁN

Vestidos

ricos para la sultana,
que se viste a la cristiana.

CADÍ

¿Dónde tenéis los sentidos?
Rustán, ¿qué es lo que decís?
¿Ya hay sultana, y que se viste
a la cristiana?

RUSTÁN

No es chiste;
verdades son las que oís.
Doña Catalina ha nombre,
con sobrenombre de Oviedo.

CADÍ

Vos diréis algún enredo
con que me enoje y asombre.

RUSTÁN

Con una hermosa cautiva
se ha casado el Gran Señor,
y consiéntele su amor
que en su ley cristiana viva,
y que se vista y se trate
como cristiana, a su gusto.

CRISTIANO

¡Cielo piadoso y justol

CADÍ

¿Hay tan grande disparate?
Moriré si no voy luego
a reñirle.

Vase el CADÍ.

RUSTÁN

En vano irás,
pues del amor [le] hallarás
del todo encendido en fuego.
Venid conmigo, y mirad
que seáis buen sastre.

MADRIGAL

Señor,

yo sé que no le hay mejor
en toda esta gran ciudad,
cautivo ni renegado;
y, para prueba de aquesto,
séaos, señor, manifiesto
que yo soy aquel nombrado
maestro del elefante;
y quien ha de hacer hablar
a una bestia, en el cortar
de vestir será elegante.

RUSTÁN

Digo que tenéis razón;
pero si otra no me dais,

desde aquí conmigo estáis
 en contraria posesión.
 Mas, con todo, os llevaré.
 Venid.

CRISTIANO

Señor, a esta parte,
 si quieres, quiero hablarte.

RUSTÁN

Decid, que os escucharé.

CRISTIANO

Para mí es averiguada
 cosa, por más de un indicio,
 que éste sabe del oficio
 de sastre muy poco o nada.
 Yo soy sastre de la corte,
 y de España, por lo menos,
 y en ella de los más buenos,
 de mejor medida y corte;
 soy, en fin, de damas sastre,
 y he venido al cautiverio
 quizá no sin gran misterio
 y sin quizá por desastre.
 Llevadme; veréis quizá
 maravillas.

RUSTÁN

Está bien.
 Venid vos, y vos también;
 quizá alguno acertará.

MADRIGAL

Amigo, ¿sois sastre?

CRISTIANO

Sí.

MADRIGAL

Pues yo a Judas me encomiendo
si sé coser un remiendo.

CRISTIANO

¡Ved qué gentil tarasíl
Aunque pienso, con mi maña,
antes que a fuerza de brazos,
de sacar de aquí retazos
que puedan llevarme a España.

Entranse todos.

*Entra la SULTANA con un rosario en la mano, y el
GRAN TURCO tras ella escuchándola.*

SULTANA

¡Virgen, que el sol más bella;
Madre de Dios, que es toda tu alabanza;
del mar del mundo estrella,
por quien el alma alcanza
a ver de sus borrascas la bonanza!
En mi aflicción te invoco;
advierte, ¡oh gran Señora!, que me anego,
pues ya en las sirtes toco
del desvalido y ciego
temor, a quien el alma ansiosa entrego.
La voluntad, que es mía

y la puedo guardar, esa os ofrezco,
 santísima María;
 mirad que desfallezco;
 dadme, Señora, el bien que no merezco.
 ¡Oh Gran Señor! ¿Aquí vienes?

TURCO

Reza, reza, Catalina,
 que sin la ayuda divina
 duran poco humanos bienes;
 y llama, que no me espanta,
 antes me parece bien,
 a tu Lela Marién,
 que entre nosotros es santa.

SULTANA

No hay generación alguna
 que no te bendiga, ¡oh Esposa
 de tu Hijol, ¡oh tan hermosa,
 que es fea ante ti la lunar!

TURCO

Bien la pu[e]des alabar,
 que nosotros la alabamos,
 y de ser Virgen la damos
 la palma en primer lugar.

Entran RUSTÁN, MADRIGAL y *el viejo* CAUTIVO, y MAMÍ.

RUSTÁN

Estos son los tarasíes.

MADRIGAL

Yo, señor, soy el que sabe

cuanto en el oficio cabe;
los demás son baladíes.

SULTANA

Vestiréisme a la española.

MADRIGAL

Eso haré de muy buen grado,
como se le dé recado
bastante a la chirinola.

SULTANA

¿Qué es chirinola?

MADRIGAL

Un vestido
trazado por tal compás,
que tan lindo por jamás
ninguna reina ha vestido:
trecientas varas de tela
de oro y plata entran en él.

SULTANA

¿Pues quién podrá andar con él
que no se agobie y se mueva?

MADRIGAL

Ha de ser, señora mía,
la falda postiza.

CRISTIANO

¡Bueno!
Este está de seso ajeno,

o se burla, o desvaría.
 Amigo, muy mal te burlas,
 y sabe, si no lo sabes,
 que con personas tan graves
 nunca salen bien las burlas.
 Yo os haré al modo de España
 un vestido tal, que os cuadre.

SULTANA

Este, sin duda, es mi padre,
 si no es que la voz me engaña.
 Tomadme vos la medida,
 buen hombre.

CRISTIANO

¡Fuera acertado
 que se la hubieran tomado
 ya los Cielos a tu vida!

SULTANA

Sin duda, es él. ¿Qué haré?
 ¡Puesta estoy en confusión!

TURCO

Libertad por galardón
 y gran riqueza os daré.
 Vestídmela a la española
 con vestidos tan hermosos
 que admiren por lo(s) costosos,
 como ella admira por sola;
 gastad las perlas de Oriente
 y los diamantes indianos,

que hoy os colmaré las manos
y el deseo fácilmente.

Véase mi Catalina
con el adorno que quiere,
puesto que en el que trujere
la tendré yo por divina.
Es ídolo de mis ojos,
y, en el propio o extranjero
adorno, adorarla quiero
y entregarle mis despojos.

CRISTIANO

Venid acá, buena alhaja;
tomaros he la medida,
que fuera más bien medíc'a
a ser de vuestra mortaja.

MADRIGAL

¡Por la cintura comienzal
¡Así es sastre como yo!

TURCO

Cristiano amigo, eso no,
que algo toca en desvergüenza;
tanteadla desde fuera,
y no lleguéis a tocalla.

CRISTIANO

¿Adónde, señor, se halla
sastre que desa manera
haga su oficio? ¿No ves
que en el corte erraría

si no llevase por guía
la medida?

TURCO

Ello así es;
mas, a poder excusarse,
tendríalo por mejor.

CRISTIANO

De mis abrazos, señor,
no hay para qué recelarte,
que como de padre puede
recebirlos la sultana.

SULTANA

Ya mi sospecha está llana;
ya el miedo que tengo excede
a todos los de hasta aquí.

TURCO

Llegad, y haced vuestro oficio.

SULTANA

No des, ¡oh buen padre!, indicio
de ser sino tarasí.

Estándole tomando la medida, dice el padre:

CRISTIANO

¡Pluguiera a Dios que estos lazos
que tus aseos preparan
fueran los que te llevaran
a la fuesa entre mis brazos!
¡Pluguiera a Dios que en tu tierra
en humildad y bajeza

se cambiara la grandeza
 que esta majestad encierra,
 y que estos ricos adornos
 en burieles (1) se trocaren,
 y en España se gozaran
 detrás de redes y tornoş!

SULTANA

¡No más, padre, que no puedo
 sufrir la reprehensión;
 que me falta el corazón
 y me desmayo de miedo!

Desmáyase la SULTANA.

TURCO

¿Qué es esto? ¿Qué desconcierto
 es éste? ¿Qué desespero?
 Di, encantador, embustero:
 ¿hasla hechizado?, ¿hasla muerto?
 Basilisco, di: ¿qué has hecho?
 Espíritu malo, habla.

CRISTIANO

Ella volverá a su habla.
 Haz que la aflojen el pecho,
 báñenle con agua el rostro,
 y verás cómo en sí vuelve.

TURCO

¡La vida se le resuelve!
 ¡Empalad luego a ese monstruo!

(1) Paño tosco de color bermejo.

¡Empalad aquél también!
¡Quitádmelos de delante!

MADRIGAL

¡Primero que el elefante
vengo a morir!

MAMÍ

¡Perro, ven!

CRISTIANO

Yo soy el padre, sin duda,
de la sultana, que vive.

MAMÍ

De mentiras se apercibe
el que la verdad no ayuda.
Venid, venid, embusteros,
españoles y arrogantes.

MADRIGAL

¡Oh flor de los elefantes!,
hoy hago estanco en el veros.

Llevan MAMÍ y RUSTÁN por fuerza al padre de la SULTANA y a MADRIGAL; queda en el teatro el GRAN TURCO y la SULTANA, desmayada.

TURCO

¡Sobre mis hombros vendrás,
cielo deste pobre Atlante,
en males sin semejante,
si vos en vos no volvéis!

Llévala.

JORNADA TERCERA

Salen RUSTÁN y MAMÍ.

MAMÍ

A no volver tan presto
del grave parasismo,
la sultana quedara
sin padre, y sin maestro el elefante.
Volvió, y a voces dijo:
«¿Qué es de mi padre? ¡Ay triste!
¿Adónde está mi padre?»,
buscándole por todo con la vista.
Sin esperar respuestas
de preguntas tardías,
el Gran Señor mandóme
que acudiese a quitar del palo o fuego
a los dos tarasies,
certísimo adivino
que el más anciano era
de su querida prenda el padre amado.
Corrí, llegué, y hallélos
a tiempo que ya estaba
aguzando el verdugo
las puntas de los palos del suplicio.

El español maestro,
 apenas se vió libre,
 cuando, dando dos brincos,
 dijo: «¡Gracias a Dios y a mi discípulo!»;
 creyendo, a lo que creo,
 que le daban la vida
 porque él el habla diese
 que tiene prometida al elefante.
 Al padre anciano truje
 ante la Gran Sultana,
 que con abrazos tiernos
 le recibió, besándole mil veces.
 Allí se dieron cuenta,
 aunque en razones cortas,
 de mil sucesos varios
 al padre y a la hija acontecidos.
 Finalmente, mandóme
 el Gran Señor que hiciese
 cómo en la Judería
 se alojase su suegro.
 Ordena que le sirvan
 a la cristiana usanza,
 con pompa y aparato
 que dé fe de su amor y su grandeza.

RUSTÁN

¡Extraño caso es éste!
 Amala tiernamente;
 su voluntad se rige
 por la de la cristiana.
 Al Gran Cadí no quiso

escucnar, sospechoso
 que con reprehensiones
 pesadas sus intentos afearía.
 Quiere de aquí a dos días
 con ella y sus cautivas
 holgarse en el serrallo
 con bailes y con danzas cristianiscas.
 Músicos he buscado,
 cautivos y españoles,
 que alegres solemnicen
 la fiesta en el serrallo, jamás vista.
 ¿Haré que vayan limpios
 y vestidos de nuevo?

MAMÍ

Sí; pero como esclavos.

RUSTÁN

A dar lugar el tiempo, mejor fuera
 que fueran como libres,
 con plumas y con galas,
 representando al vivo
 los saraos que en España se acostumbran.

MAMÍ

No te metas en eso,
 pues ves que no es posible.

RUSTÁN

Ya la sultana tiene
 un vestido español.

MAMÍ

¿Y quién le hizo?

[RUSTÁN]

Un judío le trujo
de Argel, a do llegaron
dos galeras de corso,
colmas de barcas, fuertes de despojos,
y allí compró el judío
el vestido que he dicho.

MAMÍ

Será indecencia grande
vestirse una sultana ropa ajena.

RUSTÁN

Tiene tanto deseo
de verse sin el traje
turquesco, que imagino
que de jerga y sayal se vestiría,
como el vestido fuese
cortado a lo cristiano.

MAMÍ

A mí, mas que se vista
de hojas de palmitos o lampazos.

RUSTÁN

Mamí, vete en buen hora,
porque he de hacer mil cosas.

MAMÍ

Y yo dos mil y tantas
en el servicio del señor Oviedo.

Entranse.

Salen la SULTANA y su PADRE, vestido de negro.

PADRE

Hija, por más que me arguyas,
no puedo darme a entender
sino que has venido a ser
lo que eres por culpas tuyas,
quiero decir, por tu gusto:
que, a tenerle más cristiano,
no gozara este tirano
de gusto que es tan injusto.
¿Qué señales de cordeles
descubren tus pies y brazos?
¿Qué ataduras o qué lazos
fueron para ti crueles?
De tu propia voluntad
te has rendido, convencida
desta licenciosa vida,
desta pompa y majestad.

SULTANA

Si yo de consentimiento
pacífico he convenido
con el deste descreído,
ministro de mi tormento,
todo el Cielo me destruya,
y, atenta a mi perdición,
se me vuelva en maldición,
padre, la bendición tuya.
Mil veces determiné
antes morir que agradalle;
mil veces, para enojalle,

sus halagos desprecié;
 pero todo mi desprecio,
 mis desdenes y arrogancia
 fueron medio y circunstancia
 para tenerme en más precio.
 Con mi celo le encendía,
 con mi desdén le llamaba,
 con mi altivez le acercaba
 a mí cuando más huía.
 Finalmente, por quedarme
 con el nombre de cristiana,
 antes que por ser sultana,
 medrosa vine a entregarme.

PADRE

Has de advertir en tu mal,
 y sé que lo advertirás,
 que, por lo menos, estás,
 hija, en pecado mortal.
 Mira el estado que tienes
 y mira cómo te vales,
 porque está lleno de males,
 aunque parece de bienes.

SULTANA

Pues sabrás aconsejarme,
 dime, mas es disparate:
 ¿será justo que me mate,
 ya que no quieren matarme?
 Tengo de morir a fuerza
 de mí misma; si no quiere

él que viva, me requiere
matarme por gusto o fuerza.

PADRE

Es la desesperación
pecado tan malo y feo,
que ninguno, según creo,
le hace comparación.
El matarse es cobardía
y es poner tasa a la mano
liberal del soberano
bien que nos sustenta y cría.
Esta gran verdad se ha visto
donde no puede dudarse:
que más pecó en ahorcarse
Judas que en vender a Cristo.

SULTANA

Mártir soy en el deseo,
y, aunque por agora duerma
la carne frágil y enferma
en este maldito empleo,
espero en la luz que guía
al cielo al más pecador,
que ha de dar su resplandor
en mi tiniebla algún día,
y desta cautividad,
adonde reino ofendida,
me llevará arrepentida
a la eterna libertad.

PADRE

Esperar y no temer
 es lo que he de aconsejar,
 pues no se puede abreviar
 de Dios el sumo poder.
 En su confianza atino,
 y no en mal discurso pinto
 deste ciego laberinto
 a la salida el camino;
 pero si fuera por muerte,
 no la huyas, está firme.

SULTANA

Mis propósitos confirme
 el Cielo en mi triste suerte,
 para que, poniendo el pecho
 al rigor jamás pensado,
 él quede de mí pagado
 y vos, padre, satisfecho.
 Y voime, porque esta tarde
 tengo mucho en que entender,
 que el Gran Señor quiere hacer
 de mis donaires alarde.
 Si os queréis hallar allí,
 padre, en vuestra mano está.

PADRE

¿Cómo hallarse allí podrá
 quien está perdido aquí?
 Guardarás de honestidad
 el decoro en tus placeres,

y haz aquello que supieres
alegre y con brevedad;
da indicios de bien criada
y bien nacida.

SULTANA

Sí haré,
puesto que sé que no sé
de gracias algo, ni aun nada.

PADRE

¡Téngate Dios de su manol
¡Vé con él, prenda querida,
mal contenta y bien servida;
yo, triste y alegre en vanol

*Entranse, y la SULTANA se ha de vestir a lo cristiano,
lo más bizarramente que pudiere.*

*Salen los dos MÚSICOS, y MADRIGAL con ellos, como
cautivos, con sus almillas coloradas, calzones de lienzo
blanco, borcegues negros, todo nuevo, con vueltas sin
lechuguillas; MADRIGAL traiga unas sonajas, y los
demás, sus guitarras; señálanse los MÚSICOS primero y
segundo.*

MÚSICO PRIMERO

Otro es esto que estar al pie del palo,
esperando la burla que os tenía
algo de mal talante.

MADRIGAL

¡Por San Cristo,
que estaba algo mohinol Media entena

habían preparado y puesto a punto
para ser asador de mis redaños.

MÚSICO PRIMERO

¿Quién os metió a ser sastre?

MADRIGAL

El que nos mete
ahora a todos tres a ser poetas,
músicos y danzantes y bailistas:
el diablo, a lo que creo, y no otro alguno.

MÚSICO PRIMERO

A no volver en sí la Gran Sultana
tan presto, ¡cuál quedábades, bodegal

MADRIGAL

Como conejo asado, y no en parrillas.
¡Mirad este tirano!

MÚSICO SEGUNDO

Hablad pasito,
¡mala Pascua os dé Dios! ¿No se os acuerda
de aquel refrán que dicen comúnmente
que las paredes oyen?

MADRIGAL

Hablo paso,
y digo...

MÚSICO PRIMERO

¿Qué decís? No digáis nada.

MADRIGAL

Digo que el Gran Señor tiene sus ímpetus,
como otro cualquier rey de su tamaño.

y temo que a cualquiera zancadilla
que demos en la danza ha de pringarnos.

MÚSICO SEGUNDO

¿Y sabéis vos danzar?

MADRIGAL

Como una mula;
pero tengo un romance correntío,
que le pienso cantar a la loquesca,
que trata *ad longum* todo el gran suceso
de la grande sultana Catalina.

MÚSICO PRIMERO

¿Cómo lo sabéis vos?

MADRIGAL

Su mismo padre
me lo ha contado todo *ad pedem litere*.

MÚSICO SEGUNDO

¿Qué cantaremos más?

MADRIGAL

Mil zarabandas,
mil zambapalos lindos, mil chaconas,
y mil *vésame dello*, y mil folías.

MÚSICO PRIMERO

¿Quién las ha de bailar?

MADRIGAL

La Gran Sultana.

MÚSICO SEGUNDO

Imposible es que sepa baile alguno,

porque de edad pequeña, según dicen,
perdió la libertad.

MADRIGAL

¡Mirad, Capachol
No hay mujer española que no salga
del vientre de su madre bailadora.

MÚSICO PRIMERO

Esa es razón que no la contradigo;
pero dudo en que baile la sultana,
por guardar el decoro a su persona.

MÚSICO SEGUNDO

También danzan las reinas en saraos.

MADRIGAL

Verdad; y a solas mil desenvolturas,
guardando honestidad, hacen las damas.

MÚSICO PRIMERO

Si nos hubieran dado algún espacio
para poder juntarnos y acordarnos,
trazáramos quizá una danza alegre,
cantada a la manera que se usa
en las comedias que yo vi en España;
y aun Alonso Martínez (1), que Dios haya,
fué el primer inventor de aquestos bailes,
que entretienen y alegran juntamente

(1) Actor de la compañía de Jerónimo Velázquez en 1590.

más que entretiene un entremés [de] hambriento,
ladrón o apaleado.

MÚSICO SEGUNDO

Verdad llana.

MADRIGAL

Desta vez nos empalan; desta vamos
a ser manjar de atunes y de tencas.

MÚSICO PRIMERO

Madrigal, ésa es mucha cobardía;
mentiroso adivino siempre seas.

Entra RUSTÁN.

RUSTÁN

Amigos, ¿estáis todos?

MADRIGAL

Todos juntos,
como nos ves, con nuestros instrumentos;
pero todos con miedo tal, que temo
que habemos de oler mal desde aquí a poco.

RUSTÁN

Limpios y bien vestidos vais de nuevo;
no temáis, y venid, que ya os espera
el Gran Señor.

MADRIGAL

[Yo] juro a mi pecado
que voy. ¡Dios sea en mi áimal

MÚSICO SEGUNDO

No temas,

que nos haces temer sin cosa alguna,
y ayuda a los osados la fortuna.

Entranse.

Sale MAMÍ a poner un estrado, con otros dos o tres GARZONES; tienden una alfombra turca, con cinco o seis almohadas de terciopelo de color.

MAMÍ

Tira más desa parte, Muza, tira;
entra por los cojines tú, Arnaut;
y tú, Bairán, ten cuenta que las flores
se esparzan por do el Gran Señor pisare,
y enciende los pebetes. ¡Ea, acabemos!

Hácese todo esto sin responder los GARZONES, y en estando puesto el estrado entran el GRAN TURCO, RUSTÁN y los MÚSICOS y MADRIGAL.

TURCO

¿Sois español[es], por ventura?

MADRIGAL

Somos.

TURCO

¿De Aragón, o andaluces?

MADRIGAL

Castellanos.

TURCO

¿Soldados, u oficiales?

MADRIGAL

Oficiales.

TURCO

¿Qué oficio tenéis vos?

MADRIGAL

¿Yo? Pregonero.

TURCO

Y éste, ¿qué oficio tiene?

MADRIGAL

Guitarrista;

quiero decir, que tañe una guitarra
peor ochenta veces que su madre.

TURCO

¿Qué habilidad esotro tiene?

MADRIGAL

Grande:

costales cose, y sabe cortar guantes.

TURCO

¡Por cierto, los oficios son de estimal

MADRIGAL

¿Quisieras tú, señor, que el uno fuera
herrero, y maestro de hacha fuera el otro,
y el otro polvorista, o, por lo menos,
maestro de fundar artillería?

TURCO

A serlo, os estimara y regalara
sobre cuantos cautivos tengo.

MADRIGAL

Bueno;

en humo se nos fuera la esperanza
de tener libertad.

TURCO

Cuando Alá gusta,
hace cautivo aquel, y aqueste libre:
no hay al querer de Alá quien se le oponga.
Mirad si viene Catalina.

RUSTÁN

Viene,
y a donde pone la hermosa planta
un clavel o azucena se levanta.

*Entra la SULTANA, vestida á lo cristiano, como ya he
dicho, lo más ricamente que pudiere; trae al cuello una
cruz pequeña de ébano; salen con ella ZAIDA y ZELINDA,
que son CLARA y LAMBERTO, y los tres GARZONES que
pusieron el estrado.*

TURCO

Bien vengas, humana diosa,
con verdad, y no opinión;
más que los cielos hermosa,
centro do mi corazón
se alegra, vive y reposa;
a mis ojos más lozana
que de abril fresca mañana
cuando, en brazos de la aurora,
pule, esmalta, borda y dora
el campo y al mundo ufana.
No es menester mudar traje

para que os rinda, contento,
todo el orbe vasallaje.

SULTANA

Tantas alabanzas siento
que me han de servir de ultraje,
pues siempre la adulación
nunca dice la razón
como en el alma se siente,
y así, cuando alaba, miente.

MADRIGAL

A un mentís, un bofetón.

MÚSICO SEGUNDO

Madrigal amigo, advierte
dónde estamos; no granjees
con tu lengua nuestra muerte.

TURCO

Puede el valor que posees
sobre el cielo engrandecerte.
Ven, señora, y toma asiento,
que hoy mi alma tiene intento,
dulce fin de mis enojos,
de hacerse toda ojos
por mirarte a su contento.

Siéntese el TURCO y la SULTANA en las almohadas; quedan en pie RUSTÁN y MAMÍ y los MÚSICOS.

MAMÍ

A la puerta está el cadí.

TURCO

Abrele, y entre, Mamí,
 pues no hay negarle la entrada.
 Esta visita me enfada,
 y más por hacerse aquí.
 Vendráme a reprehender,
 a reñir y a exagerar
 que tengo en mi proceder,
 como altivez en mandar,
 llaneza en obedecer.
 Inútil reprehensor
 ha de ser, porque el amor,
 cuyas hazañas alabo,
 teniéndome por su esclavo
 no me deja ser señor.

Entra el CADÍ.

CADÍ

¿Qué es lo que veo? ¡Ay de mí!
 ¡Cielo, que esto consintáis!

TURCO

¡Por vida del Gran Cadí,
 que no me reprehendáis
 y que os sentéis junto a mí!
 Porque las reprehensiones
 piden lugar y ocasiones
 diferentes que éstas son.

CADÍ

Enmudezca mi razón

el silencio que me pones.
Callo y siéntome.

TURCO

Así haced.

Vosotros, como he pedido,
a darme gusto atended;
que yo sabré, agradecido,
hacer a todos merced.

MADRIGAL

Antes de llegar al trance
del baile nunca aprendido,
oye, señor, un romance.

MÚSICO PRIMERO

¡Plega a Dios que este perdido
no nos pierda en este lance!

MADRIGAL

Y has de saber que es la historia
de la vida de tu gloria;
y cantaréle muy presto,
porque soy único en esto
y lo sé bien de memoria.
«En un bajel de diez bancos,
de Málaga, y en invierno,
se embarcó para ir a Orán
un tal Fulano de Oviedo,
hidalgo, pero no rico:
maldición del siglo nuestro,
que parece que el ser pobre

al ser hidalgo es anejo.
Su mujer y una hija suya,
niña, y hermosa en extremo,
por convenirles a sí,
también con él se partieron.
El mar les aseguraba
el tiempo, por ser de enero,
sazón en que los corsarios
se recogen en sus puertos;
pero como las desgracias
navegan con todos vientos,
una les vino tan mala,
que la libertad perdieron.
Morato Arráez, que no duerme
por desvelar nuestro sueño,
en aquella travesía
alcanzó al bajel ligero;
hizo escala en Tetuán,
y a la niña vendió luego
a un famoso y rico moro
cuyo nombre es Alí Izquierdo.
La madre murió de pena;
al padre a Argel le trujeron,
adonde sus muchos años
le excusaron de ir al remo.
Cuatro años eran pasados
cuando Morato, volviendo
a Tetuán, vió a la niña
más hermosa que el sol mismo.
Compróla de su patrón,
cuatrodoblándole el precio

que había dado por ella
a Alí, comprador primero,
el cual le dijo a Morato:
«De buena gana la vendo,
pues no la puedo hacer mora
por dádivas ni por ruegos.
Diez años tiene apenas;
mas tal discreción en ellos,
que no les hacen ventaja
los maduros de los viejos.
Es gloria de su nación
y de fortaleza ejemplo;
tanto más, cuanto es más sola
y de humilde y frágil sexo.»
Con la compra el gran co sario
sobremanera contento,
se vino a Constantinopla,
creo el año de seiscientos;
presentóla al Gran Señor,
mozo entonces, el cual luego
del serrallo a los eunucos
hizo el extremado entrego.
En Zoraida el Catalina,
su dulce nombre, quisieron
trocarle; mas nunca quiso,
ni el sobrenombre de Oviedo.
Vióla al fin el Gran Señor
después de varios sucesos,
y, cual si mirara al sol,
quedó sin vida y suspenso;
ofrecióle el mayorazgo

de sus extendidos reinos,
y dióle el alma en señal.»

TURCO

¡Qué gran verdad dice en esto!

MADRIGAL

«Consíentele ser cristiana.»

CADÍ

¡Extraño consentimiento!

TURCO

Calla, amigo; no me turbes,
que estoy mis dichas oyendo.

MADRIGAL

«Cómo no la halló su padre,
contar aquí no pretendo:
que serán cuentos muy largos,
si he de abreviar este cuento;
basta que vino a buscalla
por discursos y rodeos
dignos de más larga historia
y de otra sazón y tiempo.
Hoy Catalina es sultana,
hoy reina, hoy vive, y hoy vemos
que del león otomano
pisa el indomable cuello;
hoy le rinde y avasalla,
y, con no vistos extremos,
hace bien a los cristianos.
Y esto sé deste suceso.»

MÚSICO SEGUNDO

¡Oh repentino poeta!
 El rubio señor de Delo,
 de su agua de Aganipe
 te dé a beber un caldero.

MÚSICO PRIMERO

Paladéente las musas
 con jamón y vino añejo
 de Rute y Ciudadreal.

MADRIGAL

Con San Martín me contento.

CADÍ

¡El diablo es este cristiano!
 Yo le conozco, y sé cierto
 que sabe más que Mahoma.

TURCO

Hacerles mercedes pienso.

MADRIGAL

Tú, señora, a nuestra usanza
 ven, que has de ser de una danza
 la primera y la postrera.

SULTANA

El gusto desa manera
 del Gran Señor no se alcanza;
 que, como la libertad
 perdí tan niña, no sé
 bailes de curiosidad.

MADRIGALr

Yo, señora, os guiaré.

SULTANA

En buen hora comenzad.

Levántase la SULTANA a bailar, y ensáyase este baile bien. Cantan los MÚSICOS:

[MÚSICOS]

«A vos, hermosa española,
tan rendida el alma tengo,
que no miro por mi gusto
por mirar al gusto vuestro;
por vos ufano y gozoso
a tales extremos vengo,
que precio ser vuestro esclavo
más que mandar mil imperios;
por vos, con discurso claro,
puesto que puedo, no quiero
admitir reprehensiones
ni escuchar graves consejos;
por vos, contra mi Profeta,
que me manda en sus preceptos
que aborrezca a los cristianos,
por vos no los aborrezco;
con vos, niña de mis ojos,
todas mis venturas veo,
y sé que, sin duda alguna,
por vos vivo y por vos muero.»

Muda el baile.

*«Escuchaba la niña los dulces requiebros,
y está de su alma su gusto lejos.*

Como tiene intento
de guardar su ley,
requiebros del rey
no le dan contento.
Vuelve el pensamiento
a parte mejor,
sin que torpe amor
le turbe el sosiego.

Y está de su alma su gusto lejos.

Su donaire y brío
extremos contienen
que del Turco tienen
preso el albedrío.
Arde con su frío,
su valor le asombra,
y adora su sombra,
puesto que ve cierto

que está de su alma su gusto lejos.»

TURCO

Paso, bien mío, no más,
porque me llevas el alma
tras cada paso que das.
Déte el donaire la palma,
la ligereza y compás.
Alma mía, sosegad,
y si os cansáis, descansad;
y en este dichoso día

la liberal mano mía
a todos da libertad.

Hincanse delante del TURCO, en diciendo esto, todos de rodillas: los CAUTIVOS, y ZAIDA y ZELINDA, los GARZONES y la SULTANA.

SULTANA

¡Mil veces los pies te besol!

ZELINDA

¡Este ha sido para mí
felicísimo sucesol!

TURCO

Catalina, ¿estás en ti?

SULTANA

No, señor, yo lo confieso:
que con la grande alegría
de la suma cortesía
que has con nosotros usado.
tengo el sentido turbado.

TURCO

Levanta, señora mía,
que a ti no te comprehende
la merced que quise hacer,
y si la queréis saber,
a los esclavos se extiende,
y no a ti, que eres señora
de mi alma, a quien adora
como si fuese su Alá.

ZELINDA

¡Cerróseme el cielo ya!
 ¡Llegó de mi fin la hora!
 No sé, Clara, qué temores
 de nuevo me pronostican
 el fin de nuestros amores,
 y que ha de ser significan
 nuevo ejemplo de amadores.
 Creí que la libertad
 que la liberalidad
 del Gran Señor prometía,
 a nosotros se extendía;
 mas no ha salido verdad.

ZAIDA

Calla, y mira que no des
 indicio de la sospecha
 que me contarás después.

CADÍ

¿De la merced tan bien hecha
 no han de gozar estos tres?

TURCO

Los dos sí; pero éste no,
 que es aquel que se ofreció
 de mostrar al elefante
 a hablar turquesco elegante.

MADRIGAL

¡Cuerpo de quien me parió!
 ¿Ahí llegamos ahora?

TURCO

Enséñele, y llegará
de su libertad la hora.

MADRIGAL

Hora menguada será,
si Andrea no la mejora.
Pondré pies en polvorosa;
tomaré de Villadiego
las calzas.

CADÍ

Es tan hermosa
Catalina, que no niego
ser su suerte venturosa.
Pero, entre estos regocijos,
atiende, hijo, a hacer hijos,
y en más de una tierra siembra.

TURCO

Catalina es bella hembra.

CADÍ

Y tus deseos prolijos.

TURCO

¿Cómo prolijos, si están
a solo un objeto atentos?

CADÍ

Los sucesos lo dirán.

TURCO

Con todo, tus documentos

por mí en obra se pondrán.
Escucha aparte, Mamí.

MADRIGAL

Y escuche, señor cadí,
cosas que le importan mucho.

CADÍ

Ya, Madrigal, os escucho.

MADRIGAL

Pues ya hablo, y digo así:
Que me vengan luego a ver
treinta escudos, que han de ser
para comprar al instante
un papagayo elegante
que un indio trae a vender.
De las Indias del Poniente,
el pájaro sin segundo
viene a enseñar suficiente
a la ignorante del mundo
sabia y rica y pobre gente.
Lo que dice te diré,
pues ya sabes que lo sé
por ciencia divina y alta.

CADÍ

Vé por ellos, que sin falta
en mi casa los daré.

TURCO

Mamí, mira que sea luego,
porque he de volver al punto.

Venid, yesca de mi fuego,
 divino y propio trasunto
 de la madre del dios ciego.
 Venid vosotros, gozad
 de la alegre libertad
 que he concedido a los dos.

MÚSICO SEGUNDO

¡Concédate el alto Dios
 siglos de felicidad!

MADRIGAL

Dicípulo, ¿dónde hallaste
 una paga tan perdida
 del gran bien que en mí cobraste?
 Que si me diste la vida,
 la libertad me quitaste.
 Desto infiero, juzgo y siento
 que no hay bien sin su descuento
 ni mal que algún bien no espere,
 si no es el mal del que muere
 y va al eterno tormento.

Vanse todos, si no es MAMÍ y RUSTÁN, que quedan.

MAMÍ

¿Qué piensas que me quería
 el Gran Sultán?

RUSTÁN

No sé cierto;
 pero saberlo querría.

MAMÍ

El tiene, y en ello acierto,

voluble la fantasía.
 Quiere renovar su fuego
 y volver al dulce fuego
 de sus pasados placeres;
 quiere ver a sus mujeres,
 y no tarde, sino luego.
 Cuadróle mucho el consejo
 del Gran Cadí, que le dijo,
 como astuto, sabio y viejo:
 «Hijo, hasta hacer un hijo,
 que sembréis os aconsejo
 en una y en otra tierra:
 que si esta no, aquella encierra
 alegre fertilidad.»

RUSTÁN

Fundado en esa verdad,
 Amurates poco yerra.
 Poco agravia a la sultana,
 pues por tener heredero
 cualquier agravio se allana.

MADRIGAL

Y aun es mejor, considero,
 no haberle en una cristiana
 de cuantas cautivas tiene.
 ¿Quién es ésta que aquí viene?

RUSTÁN

Dos son.

MAMÍ

Estas dos serán

las que principio darán
al alarde.

RUSTÁN

Así conviene,
que son en extremo bellas.

*Entran CLARA y LAMBERTO, y, como se ha dicho, son
ZAIDA y ZELINDA*

ZELINDA

No puedo de mis querellas
darte cuenta, que aun aquí
se están Rustán y Mamí.

ZAIDA

Pon silencio, amigo, en ellas.

MAMÍ

Cada cual de vosotras pida al Cielo
que la suerte le sea favorable
en que sultán la mire y le contente.

ZELINDA

¿Pues cómo? ¿El Gran Señor vuelve a su usanza?

RUSTÁN

Y en este punto se ha de hacer alarde
de todas sus cautivas.

ZAIDA

¿Cómo es esto?

¿Tan presto se le fué de la memoria

la singular belleza que adoraba?
El suyo no es amor, sino apetito.

RUSTÁN

Busca donde hacer un heredero,
y sea en quien se fuere; ésta es la causa
de mostrarse inconstante en sus amores.

MAMÍ

¿Dónde pondré a Zelinda que la mire?
Que tiene parecer de ser fecunda.
¿Será bien al principio?

ZELINDA

¡Ni por piensol
Remate sean de la hermosa lista
Za da y Zelinda.

MAMÍ

Sean en buen hora,
pues que dello gustáis.

RUSTÁN

Mira, Zelinda,
da rostro al Gran Señor, muéstrale el vivo
varonil resplandor de tus dos soles;
quizá te escogerá, y serás dichosa
dándole el mayorazgo que desea.
Aquí será el remate de la cuenta.
Quedaos en tanto que a las otras pongo
en numerosa lista.

ZAIDA

Yo obedezco.

ZELINDA

Y yo que aquí nos pongas te agradezco.

Vanse MAMÍ y RUSTÁN.

¡Ahora sí que es llegada
la infelicísima hora,
antes de venir, menguada!
¿Qué habemos de hacer, señora,
yo varón y tú preñada?
Que si Amurates repara
en esa tu hermosa cara,
escogeráte, sin duda;
y no hay prevención que acuda
a desventura tan clara.
Y si, por desdicha, fuese
tan desdichada mi suerte
que el Gran Señor me escogiese...

ZAIDA

Veréme en el de mi muerte
si en ese paso te viese.

ZELINDA

¿No será bien afearnos
los rostros?

ZAIDA

Será obligarnos
a dar razón del mal hecho,
y será tan sin provecho,
que ella sea en condenarnos.

ZELINDA

Mira qué prisa se dan
 el renegado Mamí
 y el mal cristiano Rustán.
 Ya las cautivas aquí
 llegan; ya todas están;
 yo seguro, si las cuentas,
 que hallarás más de docientas.

ZAIDA

Y todas, a lo que creo,
 con diferente deseo
 del nuestro, pero contentas.
 ¡Oh qué de paso que pasa
 por todas el Gran Señor!
 A más de la mitad pasa.

ZELINDA

Clara, un helado temor
 el corazón me traspasa.
 ¡Plegue a Dios que, antes que llegue,
 el cielo a la tierra pegue
 sus pies!

ZAIDA

Quizá escogerá
 primero que llegue acá.

ZELINDA

Y si llegare, ¡que cieguel

Entran el GRAN TURCO, MAMÍ y RUSTÁN.

TURCO

De cuantas quedan atrás
no me contenta ninguna.
Mamí, no me muestres más.

MAMÍ

Pues entre estas dos hay una
en quien te satisfarás.

RUSTÁN

Alzad, que aquí la vergüenza
no conviene que os convenza;
alzad el rostro las dos.

TURCO

¡Catalina, como vos,
no hay ninguna que me venzal
Mas, pues lo quiere el cadí,
y ello me conviene tanto,
ésta me traeréis, Mamí.

Echale un pañizuelo el TURCO a ZELINDA, y vase.

RUSTÁN

¿Tú solenizas con llanto
la dicha de estotra?

ZAIDA

Sí;

porque quisiera yo ser
la que alcanzara tener
tal dicha.

MAMÍ

Zelinda, vamos.

el dolor que [en] mi alma mora:
 Zelinda, aquella mi amiga
 que estaba conmigo ahora,
 al Gran Señor la han llevado.

SULTANA

¿Pues eso te da cuidado?
 ¿No va a mejorar ventura?

ZAIDA

Llévanla a la sepultura,
 que es varón, y desdichado.
 Ambos a dos nos quisimos
 desde nuestros años tiernos,
 y ambos somos transilvanos,
 de una patria y barrio mismo.
 Cautivé yo por desgracia
 que ahora no te la cuento,
 por que el tiempo no se gaste
 sin pensar en mi remedio;
 él supo con nueva cierta
 el fin de mi cautiverio,
 que fué traerme al serrallo,
 sepulcro de mis deseos,
 y los suyos de tal suerte
 le apretaron y rindieron,
 que se dejó cautivar
 con un discurso discreto.
 Vistióse como mujer,
 cuya hermosura al momento
 hizo venderla al Gran Turco

sin conocerla su dueño.
 Con este designio extraño
 salió con su intento Alberto (1),
 que éste es el nombre del triste
 por quien muero y por quien peno.
 Conocióme y conocíle,
 y destes conocimientos
 he quedado yo preñada,
 que lo estoy, y estoy muriendo.
 Mira, hermosa Catalina,
 que con este nombre entiendo
 que te alegras: ¿qué he de hacer
 en mal de tales extremos?
 Ya estará en poder del Turco
 el desdichado mancebo,
 enamorado atrevido,
 más constante que no cuerdo;
 ya me parece que escucho
 que vuelve Mamí diciendo:
 «Zaida, ya de tus amores
 se sabe todo el suceso.
 ¡Disponte a morir, traidora,
 que para ti queda el fuego
 encendido, y puesto el gancho
 para enganchar a Lambertol»

SULTANA

Ven conmigo, Zaida hermosa,
 y ten ánimo, que espero

(1) Se trata de Lamberto.

en la gran bondad de Dios
salir bien de aqueste estrecho.

Entranse las dos.

Sale el GRAN TURCO, y trae asido del cuello a LAMBERTO, con una daga desenvainada; sale con el CADÍ y MAMÍ.

TURCO

¡A mí el ser verdugo toca
de tan infame maldad!

LAMBERTO

Tiempla la celeridad
que así tu grandeza apoca;
déjame hablar, y dame
después la muerte que gustes.

TURCO

No podrás con tus embustes
que tu sangre no derrame.

CADÍ

Justo es escuchar al reo;
Amurates, óyele.

TURCO

Diga, que yo escucharé.

MAMÍ

Que se disculpe deseo.

LAMBERTO

Siendo niña, a un varón sabio
oí decir las excelencias

y mejoras que tenía
 el hombre más que la hembra;
 desde allí me aficioné
 a ser varón, de manera
 que le pedí esta merced
 al Cielo con asistencia.
 Cristiana me la negó,
 y mora no me la niega
 Mahoma, a quien hoy gimiendo,
 con lágrimas y ternezas,
 con fervorosos deseos,
 con votos y con promesas,
 con ruegos y con suspiros
 que a una roca enternecieran,
 desde el serrallo hasta aquí,
 en silencio y con inmensa
 eficacia, le he pedido
 me hiciese merced tan nueva.
 Acudió a mis ruegos tiernos,
 enternecido, el Profeta,
 y en un instante volviómelo
 en fuerte varón de hembra;
 y si por tales milagros
 se merece alguna pena,
 vuelva el Profeta por mí
 y por mi inocencia vuelva.

TURCO

¿Puede ser esto, cadí?

CADÍ

Y sin milagro, que es más.

TURCO

Ni tal vi ni tal oí.

CADÍ

El cómo es esto sabrás
cuando quisieres de mí,
y la razón te dijera
ahora si no viniera
la sultana, que allí veo.

TURCO

Y enojada, a lo que creo.

LAMBERTO

¡Mi desesperar esperal

Entra la SULTANA y ZAIDA.

SULTANA

¡Cuán fácilmente y cuán presto
has hecho con esta prueba
tu tibio amor manifiesto!
¡Cuán presto el gusto te lleva
tras el que es más descompuesto!
Si es que estás arrepentido
de haberme, señor, subido
desde mi humilde bajeza
a la cumbre de tu alteza,
déjame, ponme en olvido.
Bien, cuitada, yo temía
que estas dos habían de ser
azares de mi alegría;

bien temí que había de ver
 este punto y este día.
 Pero, en medio de mi daño,
 doy gracias al desengaño,
 y, por que yo no perezca,
 no ha dejado que más crezca
 tu sabroso y dulce engaño.
 Echalas de ti, señor,
 y del serrallo al momento:
 que bien merece mi amor
 que me des este contento
 y asegures mi temor.
 Todos mis placeres fundo
 en pensar no harás segundo
 yerro en semejante cosa.

TURCO

Más precio verte celosa
 que mandar a todo el mundo,
 si es que son los celos hijos
 del amor, según es fama,
 y, cuando no son prolijos,
 aumentan de amor la llama,
 la gloria y los regocijos.

SULTANA

Si por dejar herederos
 este y otro desafueros
 haces, bien podré afirmar
 que yo te los he de dar,
 y que han de ser los primeros,
 pues tres faltas tengo ya

de la ordinaria dolencia
que a las mujeres les da.

TURCO

¡Oh archivo de la prudencia
y la hermosura está!
Con la nueva que me has dado,
te prometo, a fe de moro
bien nacido y bien criado,
de guardarte aquel decoro
que tú, mi bien, me has guardado;
que los Cielos, en razón
de no dar más ocasión
a los celos que has tenido,
a Zelinda han convertido,
como hemos visto, en varón.
El lo dice, y es verdad,
y es milagro, y es ventura,
y es señal de su bondad.

SULTANA

Y es un caso que asegura
sin temor nuestra amistad.
Y pues tal milagro pasa,
con Zaida a Zelinda casa,
y con lágrimas te ruego
los echés de casa luego:
no estén un punto en tu casa,
que no quiero ver visiones.

ZAIDA

En duro estrecho me pones,
que no quisiera casarme.

SULTANA

Podrá ser vengáis a darme
por esto mil bendiciones.
Hazles alguna merced,
que no los he de ver más.

TURCO

Vos, señora, se la haced.

RUSTÁN

¿Ha visto el mundo jamás
tal suceso?

TURCO

Disponed,
señora, a vuestro albedrío
de los dos.

SULTANA

Bajá de Chío,
Zelinda o Zelindo es ya.

TURCO

¿Cómo tan poco le da
tu gran poder, si es el mío?
Bajá de Rodas le hago,
y con esto satisfago
a su valor sin segundo.

LAMBERTO

Déte sujeción el mundo,
y a ti el Cielo te dé el pago
de tus entrañas piadosas,

¡oh rosa puesta entre espinas
para gloria de las rosas!

TURCO

Tú me fuerzas, no que inclinas,
a hacer magníficas cosas;
y así, quiero, en alegrías
de las ciertas profecías
que de tus partos me has dado,
que tenga el cadí cuidado
de hacer de las noches días;
infinitas luminarias
por las ventanas se pongan,
y, con invenciones varias,
mis vasallos se dispongan
a fiestas extraordinarias;
renueven de los romanos
los santos y los profanos
grandes y admirables juegos,
y también los de los griegos,
y otros, si hay más soberanos.

CADÍ

Haráse como deseas,
y desta grande esperanza
en la posesión te veas;
y tú, con honesta (esta) usanza,
cual Raquel, fecunda seas.

SULTANA

Vosotros luego en camino
os poned, que determino

no veros más, por no ver
ocasión que haya de-ser
causa de otro desatino.

LAMBERTO

En dándome la patent[e],
me veré, señora mía,
de tu alegre vista ausente,
y tu ingenio y cortesía
tendré continuo presente.

ZAIDA

Y yo, hermosa Catalina,
por sin par y por divina
tendré vuestra discreción.

TURCO

Justas alabanzas son
de su bondad peregrina.
Ven, cristiana de mis ojos,
que te quiero dar de nuevo
de mi alma los despojos.

SULTANA

Dese modo, yo me llevo
la palma destes enojos;
porque las paces que hacen
amantes desavenidos
alegran y satisfacen
sobremodo a los sentidos,
que enojados se deshacen.

Entranse todos.

Salen MADRIGAL y ANDREA.

MADRIGAL

Veislos aquí, Andrea, y dichosísimo
seré si me ponéis en salvamento;
porque no hay que esperar a los diez años
de aquella elephantil cátedra mía;
más vale que los ruegos de los buenos
el salto de la mata.

ANDREA

¿No está claro?

MADRIGAL

Los treinta de oro en oro son el precio
de un papagayo indiano único al mundo,
que no le falta sino hablar.

ANDREA

Si es mudo,
alabáisle muy bien.

MADRIGAL

¡Cadí ignorante!

ANDREA

¿Qué decís del cadí?

MADRIGAL

Por el camino
te diré maravillas. Ven, que muero
por verme ya en Madrid hacer corrillos
de gente que pregunte: «¿Cómo es esto?»
Diga, señor cautivo, por su vida:
¿es verdad que se llama la sultana
que hoy reina en la Turquía, Catalina,

y que es cristiana, y tiene don y todo,
 y que es de Oviedo el sobrenombre suyo?»
 ¡Oh! ¡Qué de cosas les diré! Y aun pienso,
 pues tengo ya el camino medio andado
 siendo poeta, hacerme comediante
 y componer la historia desta niña
 sin discrepar de la verdad un punto,
 representando el mismo personaje
 allá que hago aquí. ¿Ya es barro, Andrea,
 ver al mosqueterón tan boquiabierto
 que trague moscas, y aun avispas trague,
 sin echarlo de ver, sólo por verme?
 Mas él se vengará quizá poniéndome
 nombres que me amohinen y fastidien.
 ¡Adiós, Constantinopla famosísima!
 ¡Pera y Permas, adiós! ¡Adiós, escala,
 Chifuti, y aun Guedil! ¡Adiós, hermoso
 jardín de Visitax! ¡Adiós, gran templo
 que de Santa Sofía sois llamado,
 puesto que ya servís de gran mezquita!
 ¡Tarazanas, adiós, que os lleve el diablo,
 porque podéis al agua cada día
 echar una galera fabricada
 desde la quilla al tope de la gavia,
 sin que le falte cosa necesaria
 a la navegación!

ANDREA

Mira que es hora,

Madrigal.

MADRIGAL

Ya lo veo, y no me quedan

sino trecientas cosas a quien darles
el dulce adiós acostumbrado mío.

ANDREA

Vamos; que tanto adiós es desvarío.

Vanse.

*Salen SALEC, el renegado, y ROBERTO, los dos primeros
que comenzaron la comedia.*

SALEC

Ella, sin duda, [es], según las señas
que me ha dado Rustán, aquel eunuco
que dije ser mi amigo.

ROBERTO

No lo dudo;
que aquel volverse en hombre por milagro
fué industria de Lamberto, que es discreto.

SALEC

Vamos a la gran corte, que podría
ser que saliese ya con la patente
de gran bajá de Rodas, como dicen
que el Gran Señor le ha hecho.

ROBERTO

¡Dios lo haga!

¡Oh si los viese yo primero y antes
que cerrase la muerte estos mis ojos!

SALEC

Vamos, y el Cielo alegre tus enojos.

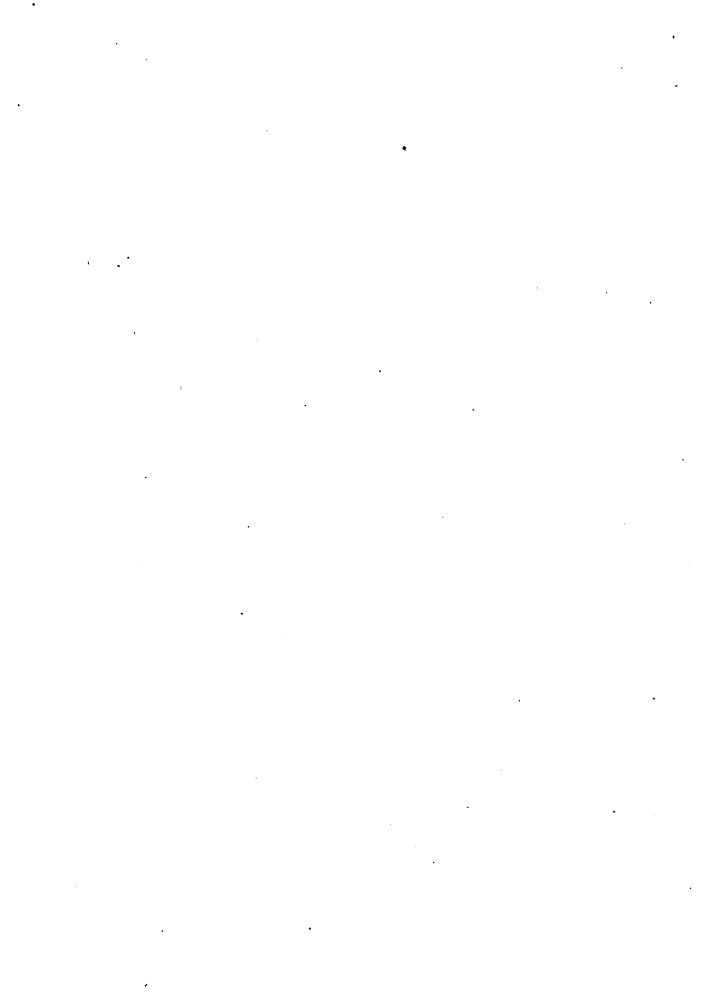
Entranse.

Suenan las chirimías; comienzan a poner luminarias; salen los GARZONES del TURCO por el tablado, corriendo con hachas y hachos encendidos, diciendo a voces: «¡Viva la Gran Sultana doña Catalina de Oviedo! ¡Felice parto tenga, tenga parto felice!» Salen luego RUSTÁN y MAMÍ, y dicen a los GARZONES:

RUSTÁN

Alzad la voz, muchachos; viva a voces
 la Gran Sultana doña Catalina,
 gran sultana y cristiana, gloria y honra
 de sus pequeños y cristianos años,
 honor de su nación y de su patria,
 a quien Dios de tal modo sus deseos
 encamine, por justos y por santos,
 que de su libertad y su memoria
 se haga nueva y verdadera historia.

*Tornan las chirimías y las voces de los GARZONES, y
 duse fin.*



COMEDIA FAMOSA
DEL
LABERINTO DE AMOR

Los que hablan en ella son los siguientes:

ANASTASIO, *duque.*

Dos CIUDADANOS.

CORNELIO, *criado de Anastasio.*

El DUQUE DE NOVARA.

Un PAJE.

Un EMBAJADOR *del de Rosena.*

Un EMBAJADOR *del de Dirlán.*

JULIA y PORCIA.

TÁCITO y ANDRONIO.

Un CARCELERO.

DAGOBERTO, *duque [de] Utrino.*

MANFREDO.

ROSAMIRA.

Un HUÉSPED.

Dos JUECES.

Un VERDUGO.

TRINO, *correo.*



JORNADA PRIMERA

Salen dos CIUDADANOS de Novara, y el duque ANASTASIO en hábito de labrador.

ANASTASIO

Señores, ¿es verdad lo que se suena?
¿Que apenas treinta millas de Novara
está Manfredo, duque de Rosena?

CIUDADANO PRIMERO

Si esa verdad queréis saber más clara,
aquí un embajador del duque viene,
que bien la nueva y su llegada aclara.
En Roso (1) y sus jardines se entretiene
hasta que nuestro duque le dé aviso
para venir al tiempo que conviene.

ANASTASIO

¿Y es Manfredo galán?

CIUDADANO SEGUNDO

Es un Narciso,
según que sus retratos dan la muestra,
y aun le va bien de discreción y aviso.

(1) Reggio, entre Parma y Módena, en Italia. También la llama Cervantes Reza, Rezo y Rejo.

ANASTASIO

¿Y Rosamira, la duquesa vuestra,
pone de voluntad el yugo al cuello?

CIUDADANO PRIMERO

Nunca al querer del padre fué siniestra;
cuanto más, que se ve que gana en ello,
siendo el duque quien es.

ANASTASIO

Así parece;
aunque, con todo, algunos dudan dello.

CIUDADANO SEGUNDO

Del duque es esta guarda que se ofrece,
y aquí el embajador vendrá, sin duda.

CIUDADANO PRIMERO

Mucho le honra el duque.

CIUDADANO SEGUNDO

El lo merece.

Entra el DUQUE FEDERICO DE NOVARA y el EMBAJADOR del de Rosena, con acompañamiento.

DUQUE

Diréis también que a recrearse acuda,
y que en Módena o Reza se entretenga
mientras del tiempo este rigor se muda,
para que en este espacio se prevenga
a su venida tal recibimiento,
que más de amor que de grandeza tenga;
añadiréis el singular contento

que con sus donas (1) recibió su esposa,
y más de su llegada a salvamento.

EMBAJADOR

Tu condición, señor, tan generosa,
me obliga a que me haga lenguas todo
para decir el bien que en ti reposa;
pero, aunque no las tenga, me acomodo
a decir por extenso al señor mío
de tus grandezas el no visto modo.

[DUQUE]

Dellas no; mas de vos muy más confío.

Entra DAGOBERTO, hijo del duque de Utrino.

DAGOBERTO

Si no supiera, ¡oh sabio Federicol,
gran duque de Novara generoso,
que sabes bien quién soy y que me aplico
contino al proceder más virtuoso,
juro por lo que puedo y certifico
que a este trance viniera temeroso;
mas tráeme mi bondad aquí sin miedo,
para decir lo que encubrir no puedo.
Tu honra puesta en deshonorado trance
está por quien guardarla más debiera,
haciendo della peligroso alcance
la fama, en esta parte verdadera.
Forzosa es la ocasión, forzoso el lance;
las riendas he soltado en la carrera;

(1) Plural femenino de don.

imposible es parar hasta que diga
 lo que una justa obligación me obliga.
 Tu hija Rosamira en lazo estrecho
 yace con quien pudiera declarallo,
 si a la grande importancia deste hecho
 tocara con la lengua publicallo.
 Impide una ocasión lo que el derecho
 pide, y así, es forzoso el ocultallo;
 basta que esto es verdad, y que me obligo
 a probar con las armas lo que digo.
 Digo que en deshonrado ayuntamiento
 se estrecha con un bajo caballero,
 sin tener a tus canas miramiento,
 ni a la ofensa de Dios, que es lo primero.
 Y a probar la verdad de lo que cuento,
 diez días en el campo armado espero;
 que ésta es la vía que el derecho halla:
 do no hay testigos, suple la batalla.

DUQUE

Confuso estoy; no sé qué responderte;
 considero quién eres, e imagino
 que sólo la verdad pudo traerte
 a cerrar de mis glorias el camino.
 ¿Quién dará medio a extremos de tal suerte?
 Es el que acusa (a) un príncipe de Utrino;
 la acusada, mi hija; él, sabio y justo;
 ella, cortada de la honra al justo.
 A que te crea tu valor me incita,
 puesto que la bondad de Rosamira
 tiene perpleja el alma, y solicita

que no confunda a la razón la ira.
 Mas si es que en parte la sospecha quita,
 o muestra la verdad o la mentira,
 la confesión del reo, oílla quiero,
 por ver si he de ser padre o juez severo.
 Traigan a Rosamira a mi presencia,
 que es bien que la verdad no se confunda:
 que el reo a quien le libra su inocencia,
 la avisa en gloria y en su honor redunda.

EMBAJADOR

Dame, señor, para partir licencia;
 que, aunque entiendas que el príncipe se funda
 en claro o en confuso testimonio,
 borrado ha de Manfredo el matrimonio.
 Calumnia tal, o falsa o verdadera,
 deshará más fundadas intenciones:
 que no es prenda la honra tan ligera
 que se deba traer en opiniones.
 Mira si mandas otra cosa.

DUQUE

Espera;
 quizá verás que sin razón te pones
 a llevar a Manfredo aquesta nueva,
 hasta que veas más fundada prueba.
 Tráiganme aquí a mi hija.

GUARDIÁN

Ya son idos
 por ella.

DAGOBERTO

¿Poca prueba te parece

la verdad que en mis hechos comedidos
y en mis palabras la razón ofrece?

DUQUE

Yo he visto engaños por verdad creídos.

DAGOBERTO

El que dellos se precia bien merece
que su verdad se tenga por mentira.

Entra ROSAMIRA.

GUARDIÁN

Ya viene mi señora Rosamira.

ROSAMIRA

¿Qué prisa es ésta, buen señor?

DUQUE

¿Qué prisa?

Dirála ahora el príncipe de Utrino.

DAGOBERTO

Diréla, y sabe Dios cuánto me pesa
el venirla a decir por tal camino.
Yo he dicho, ¡oh hermosísima duquesal,
lo que callarlo fuera desatino:
he dicho que, con torpe ayuntamiento;
un caballero está de ti contento;
copia de ti le haces en secreto.
Y esta prueba remítola a mi espada,
que ha de ser el testigo más perfecto
que se halle en la causa averiguada;
y esto será cuando deste aprieto

se admita tu disculpa mal fundada;
mas sabes que es tan cierta esta tu culpa,
que no te has de atrever a dar disculpa.

DUQUE

¿Qué dices, hija? ¿Cómo no respondes?
¿Empáchate el temor, o la vergüenza?
Sin duda quieres, pues el rostro escondes,
que tu contrario sin testigos venza.
¡Mal a quien eres, hija, correspondes!

DAGOBERTO

Con la verdad bien es que se convenza.

DUQUE

·Culpada estáis; indicio es manifiesto
tu lengua muda, tu inclinado gesto.
¿Quién fué el traidor que te engañó, cuitada?
¿O cuál [fué el que] la honra me ha llevado?
¿O qué estrella, en mi daño conjurada,
nos ha puesto a los dos en tal estado?
¿Dó está tu condición tan recatada?
¿Adónde tu juicio reposado?
¡Mal le tuviste con el vicio a raya!

PAJE

¡Señores, mi señora se desmayal

Desmáyase ROSAMIRA.

DUQUE

Llévenla como está luego a esta torre,
y en ella esté en prisión dura y molesta
hasta que alguna espada o pluma borre
la mancha que en la honra lleva puesta.

DAGOBERTO

Porque lengua probanza aquí se ahorre,
 está mi mano con mi espada presta
 a probar lo que [he] dicho en campo abierto.

DUQUE

Parece que admito ese concierto,
 puesto que (de) [al] parecer de mi consejo
 tengo de remitir todo este hecho.

DAGOBERTO

Pues yo en mi espada y mi verdad lo dejo,
 y en la sana intención de mi buen pecho.

EMBAJADOR

Confuso voy, atónito y perplejo,
 entre el sí y entre el no mal satisfecho.
 Adiós, señor, porque este extraño caso,
 junto con el dolor, acucia el paso.

Vase el EMBAJADOR.

DUQUE

¡Parte con Dios, y lleva mi deshonra
 a los oídos de mi yerno honrados,
 yerno con quien pensé aumentar la honra
 que tan por tierra han puesto ya mis hados!
 Mostrado me has, fortuna, que quien honra
 tus altares, en humo levantados,
 por premio le has de dar infamia y mengua,
 pues quita cien mil honras una lengua.

Entrase el DUQUE, y, *al entrarse* DAGOBERTO, *le detiene* ANASTASIO.

ANASTASIO

Oye, señor, si no es que tu grandeza
no se suele inclinar a dar oídos
al bajo parecer de mi rudeza
y a los que amenguan rústicos vestidos.

DAGOBERTO

La gravedad de confirmada alteza
no tiene aquesos puntos admitidos;
habla cuanto te fuere de contento,
que a todo te prometo estar atento.

ANASTASIO

Por esta acusación, que a Rosamira
has puesto tan en mengua de su fama,
este rústico pecho, ardiendo en ira,
a su defensa me convida y llama:
que, ora sea verdad, ora mentira
el relatado caso que la infama,
el ser ella mujer, y amor la causa,
debieran en tu lengua poner pausa.
No te azores, escúchame: o tú solo
sabías este caso, o ya a noticia
vino de más de alguno que notólo,
o por curiosidad o por malicia.
Si sólo lo sabías, mal mirólo
tu discreción, pues, no siendo justicia,
pretende castigar secretas culpas,
teniendo las de amor tantas disculpas.
Si a muchos era el caso manifiesto,
dejaras que otro alguno le dijera:

que no es decente a tu valor, ni honesto,
 tener para ofender lengua ligera.
 Si notas de mi arenga el presupuesto,
 verás que digo, o que decir quisiera,
 que espadas de los príncipes, cual eres,
 no ofenden, mas defienden las mujeres.
 Si amaras al buen duque de Novara,
 otro camino hallaras, según creo,
 por donde, sin que en nada se infamara
 su honra, tú cumplieras tu deseo.
 Mas tengo para mí, y es cosa clara,
 por mil señales que descubro y veo,
 que en ese pecho tuyo alberga y lidia,
 más que celo y honor, rabia y envidia.
 Perdóname que hablo desta suerte,
 si es que la verdad, señor, te enoja.

CIUDADANO PRIMERO

Apostad que le da el príncipe muerte.
 ¿No veis el labrador cómo se arroja?

DAGOBERTO

Quisiera de otro modo responderte;
 mas será bien que la razón recoja
 las riendas a la ira. Calla y vete,
 que más paciencia mi bondad promete.

Entrase DAGOBERTO.

CIUDADANO SEGUNDO

Por Dios, que habéis hablado largamente,
 y que, notando bien vuestro lenguaje,

es tanto del vestido diferente,
que uno muestra la lengua y otro el traje.

ANASTASIO

A veces un enojo hace elocuente
al de más torpe ingenio: que el coraje
levanta los espíritus caídos,
y aun hace a los cobardes atrevidos.
En fin, ¿éste es el príncipe de Utrino,
digo, el hijo heredero del Estado?

CIUDADANO PRIMERO

El es.

ANASTASIO

¿Pues cómo aquí a Novara vino?

CIUDADANO SEGUNDO

Dicen que del amor blando forzado.

ANASTASIO

¿Y a quién daba su alma?

CIUDADANO SEGUNDO

Yo imagino,
si no es que el vulgo en esto se ha engañado,
que Rosamira le tenía rendido;
pero ya lo contrario ha parecido.

ANASTASIO

Si eso dijo la fama, cosa es clara,
y no van mal fundados mis recelos,
visto que en su deshonor no repara,
que esta su acusación nace de celos.

¡Oh infernal calentura, que a la cara
sale, y aun a la bocal ¡Oh santos cielos!
¡Oh amor! ¡Oh confusión jamás oídal
¡Oh vida muerta! ¡Oh libertad rendidal

Entrase ANASTASIO.

CIUDADANO PRIMERO

So aquel sayal hay al, sin duda alguna;
o yo sé poco, o no sois vos villano.

CIUDADANO SEGUNDO

Mudan los trajes trances de fortuna,
y encubren lo que está más claro y llano.
No sé yo si debajo de la luna
se ha visto lo que hemos visto. ¡Oh mundo insano,
cómo tus glorias son precederas,
pues vendes burlas pregonando veras!

Entranse.

*Salen JULIA y PORCIA en hábito de pastorcillos,
con pellicos.*

JULIA

Porcia amiga...

PORCIA

¡Bueno es eso!
Rutilio me has de llamar,
si es que quires excusar
un desastrado suceso.
Yo no sé cómo te olvidas
de nuestros nombres trocados.

JULIA

Suspéndenme los cuidados
 de nuestras trocadas vidas;
 y no es bien que así te asombre
 ver mi memoria perdida:
 que quien de su ser se olvida
 no es mucho olvide su nombre,
 Rutilio amigo, ¡ay de mí!,
 que arrepentida me veo,
 muerta a manos de un deseo
 a quien yo la vida di.
 Mientras más, Rutil[i]o, voy
 considerando lo hecho,
 más temor nace en mi pecho,
 más arrepentida estoy.

PORCIA

Eso, amigo, es lo peor
 que yo veo en tus dolores:
 que adonde sobran temores,
 hay siempre falta de amor.
 Si el amor en ti se enfría,
 cuesta se te hará la palma,
 grave tormenta la calma,
 noche obscura el claro día.
 Ama más, y verás luego
 esparcirse los nublados,
 todos tus males trocados
 en dulce paz y sosiego.
 Pero, quieras o no quieras,

ya estás puesta en la batalla,
y tienes de atropellalla,
sea de burlas, sea de veras.
Ya en el ciego laberinto
te metió el amor cruel;
ya no puedes salir dél
por industria ni instinto.
El hilo de la razón
no hace al caso que prevengas;
todo el toque está en que tengas
un gallardo corazón,
no para entrar en peleas,
que en ellas no es bien te pongas,
sino con que te dispongas
a alcanzar lo que desees,
cuéstete lo que costare:
que si tu deseo alcanzas,
no hay cumplidas esperanzas
en quien el gusto repare.
Muestra ser varón en todo,
no te descuides acaso,
algo más alarga el paso,
y huella de aqueste modo;
a la voz da más aliento,
no salga tan delicada;
no estés encogida en nada,
espárcete en tu contento;
y si fuere menester
disparar un arcabuz,
¡juro a Dios y a ésta, que es cruz,
que lo tenéis de hacer!

JULIA

¡Jesús! ¿Quieres que me asombre,
Rutilio, en verte jurar?

PORCIA

¿Con qué podré yo mostrar
más fácilmente ser hombre?
Un voto de cuando en cuando
es gran cosa, por mi fe.

JULIA

Yo, amiga, jurar no sé.

PORCIA

Írate el tiempo enseñando.

JULIA

¿Sabes, Porcia, lo que temo?
¡Ay, que el nombre se me olvidal

PORCIA

¡Juro a Dios que estás perdidal

JULIA

Ya aqueso pasa de extremo.
No jures más; si no, a fe
que te deje y que me vaya.

PORCIA

Tanto melindre mal haya.

JULIA

¿Pues por qué?

PORCIA

Yo me lo sé.

JULIA

En cólera me deshago
en verte jurar por Dios.

PORCIA

Pues también soy como vos
medrosa, y a todo hago;
y no os llevo tantos años
que ellos puedan enseñarme
la experiencia de librarme
de no conocidos daños.
Avisad y tened brío,
y, pues ya estamos en esto,
echad del ánimo el resto,
que yo estaré con el mío.

JULIA

Porcia amiga, ello es así.
¡Ay, que el nombre se olvidó!

PORCIA

¡Mal haya quien me parió!
Di, Rutilio, ¡pesa a mí!

JULIA

No te enojés, que yo juro
de no olvidarme jamás.

PORCIA

Cuando jures, jura más,
y estarás muy más seguro.

JULIA

Témome destes pellicos
que nos han de descubrir.

PORCIA

Yo lo he querido decir:
que es malo que sean tan ricos.

JULIA

No va en esto, sino en ser
conocidos.

PORCIA

¿Pues en qué?

JULIA

¿No ves que yo los mandé
de aqueste modo hacer
para la farsa o comedia
que querían mis doncellas
hacer?

PORCIA

Haráse sin ellas;
mas quizá será tragedia.

JULIA

Y no los echaron menos
cuando nosotras faltamos.
Por esto en peligro estamos,
y no por ser ellos buenos.

PORCIA

Como a Módena lleguemos,
mudaremos este traje.

JULIA

Yo me vestiré de paje.

PORCIA

Entrambos nos vestiremos.

JULIA

Témome que está en Novara
mi hermano.

PORCIA

¡Pluguiese al Cielol

JULIA

Pues a fe que lo recelo;
mas, sin duda, es cosa clara
que él de Rosamira está
en extremo enamorado,
y sívela disfrazado.

PORCIA

Eso importa poco ya;
que, en llegando el de Rosena,
Celia se casa con él.
Podrá tu hermano fiel
morir, o dejar su pena.

JULIA

¡Qué corta es nuestra ventural
Tú, enamorada de quien

tiene a otra por su bien;
 yo, de quien mi mal procura,
 de quien se casa mañana.
 Y la fortuna molesta
 nos lleva a morir la fiesta
 de nuestra muerte temprana.
 ¡Qué de imposibles le oponen
 a nuestros buenos deseos!
 ¡Qué miedos, qué devaneos
 nuestra intención descomponen!
 ¡Ay Rutilio, y cuán en vano
 ha de ser nuestra venida!

PORCIA

Mientras esté con la vida,
 pienso que en ventura gano.
 Confía y no desesperes,
 que puesto en plática está
 que el diablo no acabará
 lo que no acaban mujeres.

[JULIA]

Escucha, que gente suena;
 cazadores son; escucha;
 gente viene, y gente mucha.

PORCIA

No te dé ninguna pena;
 saludarlos y pasar,
 sin ponernos en razones.

Entran dos CAZADORES.

CAZADOR PRIMERO

¿Tomó dos esmerejones?

CAZADOR SEGUNDO

Sí.

CAZADOR PRIMERO

No hay más que desear.
¿Y el duque, quédase atrás?

CAZADOR SEGUNDO

No; que veisle aquí a do viene.

CAZADOR PRIMERO

Mucho en Rezo se detiene.

CAZADOR SEGUNDO

Sabed que no puede más.
Y hoy vendrá su embajador,
y sabrá lo que ha de hacer.

PORCIA

Camilo, aquí es menester
ingenio, esfuerzo y valor;
que el de Rosena es aquel
que allí viene, según creo.

JULIA

¡Amor, ayuda al deseo,
pues que me pusiste en él!

Sale el DUQUE DE ROSENA, de caza.

MANFREDO

¿La garza no parece?

CAZADOR PRIMERO

Ayer se descubrió en esta laguna
que a la vista se ofrece.

MANFREDO

Pues un pastor me ha dicho que ninguna
se ha visto en estos llanos.

CAZADOR SEGUNDO

Pues de dos me dijeron dos villanos.

MANFREDO

Dese a Rezo la vuelta;
que aunque no es tarde, va creciendo el viento,
y aquella nube suelta
señala injuria de turbión violento.
¡Oh qué bellos zagales!
Mancebos, ¿sois de Rezo naturales?

JULIA

En Pavía nacimos.

MANFREDO

¿Pues dónde vais agora?

JULIA

Hacia Novara,
no más de porque oímos
que el duque Federico allí prepara

una fiesta que admira,
 porque casa a su hija Rosamira
 con un señor llamado
 Manfredo, que es gran duque de Rosena.

MANFREDO

Verdad os han contado.

PORCIA

Pues a la fama que será tan buena
 la fiesta y boda vamos,
 y a nuestro padre en cólera dejamos.

MANFREDO

¿Y adónde queda el ganado?

PORCIA

Imagino que perdido.

MANFREDO

¡Mucho atrevimiento ha sido!

JULIA

A más obliga un cuidado.

MANFREDO

¿Usanse aquestos pellicos
 ahora entre los pastores?

PORCIA

También muestran sus primores
 los villanos, si son ricos.

MANFREDO

¿Y lleváis bien qué gastar?

JULIA

Un tesoro de paciencia.

MANFREDO

¿Encargaréis la conciencia
si le acabáis de acabar?

PORCIA

Tal puede ser el suceso
que se acabe el sufrimiento.

MANFREDO

¡Por Dios, que me dais contento!

JULIA

Ya nos viéramos en eso.

MANFREDO

¿Cómo os llamáis?

JULIA

Yo, Camilo.

PORCIA

Y yo, Rutilio.

MANFREDO

En verdad
que parecen de ciudad
vuestros nombres y el estilo,
y que en ellos, y aun en él,
poco es, mentís villanía.

PORCIA

Como hay estudio en Pavía,
algo se nos pega dél.

JULIA

Díganos, señor: ¿qué millas desde aquí a Novara habrá?

MANFREDO

Treinta a lo más que creo está.

CAZADOR SEGUNDO

Y dos más; son angostillas.

MANFREDO

Connigo os iréis, si os place, que yo ese camino hago.

JULIA

Yo, por mí, me satisfago.

PORCIA

Pues a mí no me desplace. Pero advierta que los dos vamos poco a poco a pie.

MANFREDO

Bien está; que yo os daré en que vais.

PORCIA

Paguéoslo Dios; que bien parecéis honrado, noble, y rico, y principal.

CAZADOR PRIMERO

Y aun vosotros, de caudal mayor del que habéis mostrado;

si no, dígalo el lenguaje
y el uno y otro pellico.

CAZADOR SEGUNDO

Es en Pavía muy rico
casi todo el villanaje,
y éstos hijos deben ser
de algún rico ganadero.

MANFREDO

A Rezo volverme quiero;
bien os podéis recoger.

Entra UNO.

UNO

Tu embajador ha llegado.

MANFREDO

¿Mompesir?

UNO

Sí, mi señor.

MANFREDO

Esperadme, por mi amor,
que luego vuelvo.

PORCIA

Haz tu grado.

Entranse todos, si no es PORCIA y JULIA, que quedan.

JULIA

Rutilio, ¿qué te parece?

PORCIA

Camilo amigo, que estás
 en punto donde verás
 que es bueno el que se te ofrece.
 La fortuna te ha traído
 a poder del duque; advierte
 que un principio de tal suerte
 un buen fin tiene escondido.

JULIA

¿Parécete que le diga
 quién soy por un modo honesto?

PORCIA

No te descubras tan presto.

JULIA

¿Pues cómo quies que prosiga?

PORCIA

El tiempo vendrá a avisarte
 de aquello que has de hacer.

JULIA

Mi mal no puede tener
 en parte del tiempo parte.
 Si no estará el duque apenas
 tres días sin que se case,
 ¿cómo dejaré que pase
 el tiempo, como me ordenas?

PORCIA

Un caso tan grave y tal,
 con prisa mal se resuelve.

Silencio, que el duque vuelve;
el semblante trae mortal.

Vuelve a entrar el DUQUE, y el EMBAJADOR que entró primero, y los dos CAZADORES.

EMBAJADOR

Digo, señor, que el príncipe de Utrino,
Dagoberto, heredero del Estado,
en mi presencia y la del duque vino,
y allí propuso lo que te he contado.
No con la triste nueva perdió el tino
el padre; padre no, más recatado
juez, pues, como tal, mandó traella,
y el príncipe afirmó su culpa ante ella.
Rosamira la oyó, y en su defensa
mover no pudo o nunca quiso el labio;
por esto el duque que es culpada piensa,
pues no responde a tan notable agravio.
El caso ponderó, y al fin dispensa,
en todo procediendo como sabio,
que, mientras se ve el caso, la duquesa
en una torre esté encerrada y presa.
Dagoberto se ofrece con su espada
a probar en el campo lo que dice.
Yo, viendo a Rosamira así acusada,
tus bodas al instante las deshice.
Esto resulta, en fin, de mi embajada;
mira, señor, si bien o si mal hice:
que el duque, ya rendido a su fortuna,
no quiso responderte cosa alguna.

MANFREDO

¡Válame Dios, qué miserable caso!
 ¿Dónde fabricas, mundo, estos vaivenes?
 ¿Daslos con luenga prevención, o acaso?
 ¿O por qué antes de dallos no previenes?

CAZADOR PRIMERO

Señor, con largo y con ligero paso,
 cubierto de las plantas a las sienas
 de luto, un caballero veo que asoma
 por el verde recuesto desta loma.

MANFREDO

Y aun me parece que hacia aquí endereza
 la rienda, y del caballo ya se apea.
 ¡Qué bien con la color de mi tristeza
 viene el que trae aqueste por libreal
 ¿Quién podrá ser?

CAZADOR SEGUNDO

La espada se adereza.

EMBAJADÓR

Descolorido llega.

MANFREDO

Y mal criado.

Entra un EMBAJADOR *del DUQUE DE DORLÁN, vestido*
de luto.

DORLÁN

¡Gracias a Dios, Manfredo, que [te] he hallado!
 Quien viene a lo que yo, Manfredo, vengo,

no le conviene usar de más crianza:
 que sólo en las razones me prevengo
 que estarán en la lengua o en la lanza.
 La antigua ley de embajador mantengo;
 escúchame, y responde sin tardanza,
 que a ti el gran duque de Dorlán me envía,
 y a guerra a sangre y fuego desafia.
 Dice, y esto es verdad, que, habiendo dado
 a tu corte en la suya alojamiento
 y habiéndote en su casa agasajado,
 viniendo a efectuar tu casamiento,
 como el troyano huésped, olvidado
 del hospedaje, con lascivo intento
 su hija le robaste y su sobrina:
 traición no de tu fama y nombre digna.
 Por esto, si a su intento no te ajustas
 y a la ley no respondes de hidalguía,
 de poder a poder, o, si más gustas,
 de persona a persona, desafia.

PORCIA

Nuestras [s]andeces causan estas justas.
 ¿Haslo notado bien? Di, Julia mía.

JULIA

Calla, y entre estos árboles te esconde;
 veremos lo que el duque le responde.

DORLÁN

Y tanto a la venganza está dispuesto
 de aqueste agravio y malicioso hecho,

que deste paño de color funesto
 que se vista su gente toda ha hecho,
 en tanto, o ya sea tarde, o ya sea presto,
 que, a desprecio y pesar de tu despecho,
 castiga la insolencia deste ultraje,
 transgresor de la ley del hospedaje.
 Este es el fin de mi embajada; mira
 si quieres responderme alguna cosa.

MANFREDO

Reprima mi inocencia en mí la ira
 que alborota tu lengua licenciosa;
 yo no sé qué responda a esa mentira;
 sólo sé que fortuna mentirosa
 debe o quiere probar con su insolencia
 los quilates que tiene mi paciencia.
 Diréisle al duque que ante él mismo apelo
 de aquesta acusación vana que ha hecho,
 porque, por la Deidad que rige el Cielo,
 que jamás tal traición cupo en mi pecho.
 Leal pisé de su palacio el suelo,
 leal salí, guardando aquel derecho
 que al hospedaje amigo se debía
 y a la ley que profeso de hidalguía.
 Ni vi a su hija, ni jamás la he visto,
 ni la intención de mi camino era
 hacerme con mis huéspedes malquisto,
 aunque el lascivo gusto lo pidiera:
 que entonces con mayor fuerza resisto,
 cuando la torpe inclinación ligera
 con más regalo acude al pensamiento,

estando al ser quien soy contino atento.
 Ni acepto el desafío, ni desecho;
 sólo lo que pretendo es dilatallo
 hasta que el duque esté más satisfecho
 y la misma verdad venga a estorballo.
 Y cuando esto no fuese de provecho
 y el engaño prosiga en engañallo,
 para entonces acepto el desafío,
 ajustado a su gusto el gusto mío.
 Esto doy por respuesta, y no otra cosa;
 mirad si a Rezo queréis ir conmigo.

DORLÁN

Es el camino largo, y presurosa
 la gana de volver al suelo amigo.
 ¡Adiós quedad! [*Vase.*]

MANFREDO

Fortuna rigurosa,
 ¿qué es esto? ¿Quién soy yo, o qué pasos sigo
 tan malos, que se extrema así tu furia
 en hacerme una injuria y otra injuria?
 ¡Infamada mi esposa, y yo infamado,
 y por lo menos de traición! ¿Qué es esto?
 ¡En tan triste sazón me tiene puestol

EMBAJADOR

Señor, si en nada desto estás culpado,
 no es bien que te congoje nada desto:
 tu esposa aun no era tuya; estotra culpa,
 en tu pura verdad tiene disculpa.

MANFREDO

No me aconsejes ni me des consuelo,
y a Rosena mi gente luego vuelva;
que este rigor con que me trata el Cielo
quiere que en éste sólo me resuelva.

EMBAJADOR

Aunque con vengativo, airado celo,
su fuerza el hado contra ti resuelva,
yo no le he de dejar.

MANFREDO

Escucha un poco:
quizá dirás de veras que estoy loco.

PORCIA

¿Qué hemos de hacer, Camilo?

JULIA

¿No está claro?
Seguir del duque las pisadas todas.

PORCIA

¿Con qué ocasión?

JULIA

En eso no reparo.

PORCIA

No ves que se han deshecho ya las bodas?

JULIA

Ventura ha sido mía.

MANFREDO

No me aclaro
más por agora.

EMBAJADOR

En fin, ¿qué, te acomodas
a ir desa manera?

MANFREDO

Ten a punto
los vestidos que digo.

EMBAJADOR

Harélo al punto.

[MANFREDO]

Y no quede ninguno de los míos.
Y en esto no me hagas más instancia,
que la mudable rueda en desvaríos
tiene encerrada a veces la ganancia.
Y estos dos pastorcillos, que en sus bríos
muestran más sencillez que no arrogancia,
si dello gustan, quedarán conmigo.

PORCIA

¿Entendístele?

JULIA

¡Y cómo, oh cielo amigo!
Señor, si es que la ida de Novara,
según que hemos oído, se te impide,

volver queremos a la patria clara,
si otra cosa tu gusto no nos pide.

MANFREDO

Puesto que la fortuna y suerte avara
su querer con el mío jamás mide,
por esta vez entiendo que me ha(s) dado
en los dos lo que pide mi cuidado.
Quedaos conmigo, que a Novara iremos,
donde, puesto que fiestas no veamos,
quizá cosas más raras hallaremos,
con que el sentido y vista entretengamos.

PORCIA

Por tuyos desde aquí nos ofrecemos:
que bien se nos trasluce que ganamos
en servirte, señor, cuanto es posible.

MANFREDO

Haz lo que he dicho.

EMBAJADOR

¡Oh caso no creíble!

*Entranse todos, y sale ANASTASIO y CORNELIO, su
criado.*

ANASTASIO

Poco me alegra el campo ni las flores.

CORNELIO

Ni a mí tus sinsabores me contentan;
porque es cierto que afrentan los amores
que en tan bajos primores se sustentan,

y en mil partes nos cuentan mil autores
 cien mil varios dolores que atormentan
 al miserable amante no entendido,
 poco premiado y menos conocido.

ANASTASIO

Ya te he dicho, Cornelio, que te dejes
 de darme esos consejos excusados;
 y nunca a los amantes aconsejes
 cuando tienen por gloria sus cuidados:
 que es como quien predica a los herejes,
 en sus vanos errores obstinados.

CORNELIO

Muy bien te has comparado. Advierte y mira
 que ya no es Rosamira Rosamira:
 las trenzas de oro y la espaciosa frente,
 las cejas y sus arcos celestiales,
 el uno y otro sol resplandeciente,
 las hileras de perlas orientales,
 la bella aurora que del nuevo Oriente
 sale de las mejillas, los corales
 de los hermosos labios, todo es feo,
 si a quien lo tiene infama infame empleo.
 La buena fama es parte de belleza,
 y la virtud perfecta hermosura:
 que a do suele faltar, naturaleza
 suple con gran ventaja la cordura;
 y, entre personas de subida alteza,
 amor hermoso a secas es locura.
 En fin, quiero decir que no es hermosa,
 siéndolo, la mujer no virtuosa.

Rosamira, en prisión; la causa, infame;
 tú, disfrazado y muerto por librilla;
 ignoras la verdad; ¿y quies que llame
 justa la pretensión desta batalla?

ANASTASIO

Tú sangre harás, Cornelio, que derrame,
 pues procuras la mía así alteralla
 con tus razones vanas y estudiadas
 y entre libres discursos fabricadas.
 Vete; déjame y calla; si no, ¡juro...!

CORNELIO

Yo callaré; no jures, sino advierte
 que gente viene alrededor del muro,
 y temo, al fin, que habrán de acometerte.

ANASTASIO

Desto puedes estar muy bien seguro,
 que en la ciudad he estado desta suerte
 seis días hace hoy, y estaré ciento:
 que salió este disfraz a mi contento.

*Entran TÁCITO y ANDRONIO, estudiantes
 capigorristas (1).*

ANDRONIO

Deja los libros, Tácito;
 digo deja el tomar de coro agora,
 y a nuestro beneplácito,
 gozando el fresco de la fresca aurora,
 por aquí nos andemos.

(1) Con capas y gorras.

TÁCITO

¡Por Dios, que es buen encuentro el que tenemos!
Villano es el morlaco (1).

¿Quieres que le tentemos las corazas,
y veremos si es maco? (2).

ANDRONIO

Siempre en las burlas, Tácito, que trazas
salimos mal medrados.

Talle tienen los mozos de avisados.

TÁCITO

Por esta vez, probemos:
que si el pacho (3) consiente bernardinas (4),
el tiempo entretendremos.

ANDRONIO

¡Con qué facilidad te determinas
a hacer bellaquerías!

CORNELIO

Hacia nosotros vienen.

TÁCITO

No te rías.

Díganos, gentilhombre,
así la diosa de la verecundia
reciproque su nombre,
y el blanco pecho de tremante enjundia

-
- (1) El que afecta tontería e ignorancia.
(2) Bellaco, en lengua rufianesca.
(3) Equivale a pachorrudo.
(4) Palabras sin sentido, que hoy dicen «camelos».

soborne en confor'nino:
¿adónde va, si sabe, este camino?

ANASTASIO

Mancebo, soy de lejos,
y no sé responder a esa pregunta.

TÁCITO

Dígame: ¿son reflejos
los marcucios que asoman por la punta
de aquel monte, compadre?

CORNELIO

¡Bellaco sois, por vida de mi madre!
¿Bernardinas a horma?
Yo apostaré que el duque no le entiende.

ANASTASIO

Habláisme de tal suerte,
que no sé responderos.

TÁCITO

Pues atiende,
gamicivo (1), y está atento.

CORNELIO

¡Qué donaire y qué gracioso acentol

TÁCITO

Digo que ¿si mi paso
tiendo por los barrancos deste llano,
si podrá hacer al caso?

(1) Este vocablo es «bernardino».

ANASTASIO

Digo que no os entiendo, amigo hermano.

TÁCITO

Pues bien claro se aclara
que es clara, si no es turbia, el agua clara.
Quiero decir que el tronto,
por do su curso lleva al horizonte,
está a caballo, y pronto
a propagar la cima de aquel monte.

ANASTASIO

¡Ya, ya; ya estoy en ello!

TÁCITO

¿Pues qué quiero decir, gozmio, camello?

ANASTASIO

Que son bellacos grandes
los mancebitos de primer tonsura.

TÁCITO

Tontón, no te desmandes,
que llevarás del sueño la soltura.

CORNELIO

Mi señor estudiante,
mire no haga que le asiente el guante.

ANASTASIO

Confieso que al principio
yo no entendí la flor de los mancebos.

ANDRONIO

Arena, cal y ripio
trago, mi señorazo papahuevos.

CORNELIO

Su flor se ha descubierto.

TÁCITO

Pues zarpo deste y vcime a mejor puerto.

CORNELIO

No se vayan, que asoman
otros dos de su traza y compostura,
y este camino toman.
También son éstos de primer tonsura,
y, a lo que yo imagino,
de aquí no son, y vienen de camino.

Entran JULIA y PORCIA como estudiantes, de camino.

PORCIA

Querría que no errásemos
en lo que el duque nos mandó, Camilo,
y es que aquí le esperásemos.

JULIA

¿Entendístelo bien?

PORCIA

Bien entendílo.

ANDRONIO

Argumentando vienen.
Lleguémonos, si acaso se detienen,

y déjennos con ellos;
gustarán de la burla.

CORNELIO

Que nos place.

ANASTASIO

Yo no estoy para vellos:
que mal la alegre burla satisface
al alma que no alcanza
a ver, si no es burlada, su esperanza.

Entranse ANASTASIO y CORNELIO.

JULIA

En esta tierra asiste,
en disfrazado traje, aquel mi hermano
a quien tú adoras triste.
Si me encuentra y conoce...

PORCIA

Es temor vano:

que en tal traje nos vemos,
que a la misma verdad engañaremos.
A mí una vez me ha visto,
y ésa de noche.

JULIA

A mí, casi ninguna.

Mal al temor resisto;
estudiantes son éstos.

TÁCITO

La fortuna.

mi atrevimiento ayude;
si en trabajo me viere, Andronio, acude.

¿Son estudiantes, señores?

PORCIA

Sí, señor, y forasteros.

TÁCITO

¿Pacacios, o caballeros?

JULIA

No somos de los peores.

TÁCITO

¿Y qué han oído?

PORCIA

Desgracias.

JULIA

Y en ellas somos maestros.

ANDRONIO

Por mi vida, que son diestros
y que saben decir gracias.

Pues háganme este latín,
ansí Dios les dé salud:

«Yo soy falto de virtud,
tan bellaco como ruin.»

PORCIA

No venimos dese espacio.

ANDRONIO

No se deben de excusar,

si es que nos quieren mostrar
que son hombres de palacio.

JULIA

Ni aun de nada somos hombres.

ANDRONIO

Pues, ya que se excusan desto,
díganos, y luego, y presto,
de dónde son, y sus nombres,
qué estudian, la edad que tienen,
si es rico o pobre su padre,
la estatura de su madre,
dónde van y de a dó vienen.
¡Turbados están! ¡Aprieta
respondan, que tardan mucho!

PORCIA

Con gran paciencia te escucho,
mancebito de traviesa.
Váyase y déjenos ir,
y serále muy más sano.

ANDRONIO

¡Jesús, qué mal cortesano!
¿Tal se ha dejado decir?

JULIA

Es tarde, y hay que hacer,
y servimos, y tardamos.

TÁCITO

Ténganse, que aquí cobramos
la alcabala del saber;

porque cuando el sacrilegio
a Mahoma se entregó,
esta autoridad nos dió
nuestro famoso colegio.
¡Miren si voy arguyendo
con razones circunflejas!

PORCIA

Atruénasme las orejas,
mancebito, y no te entiendo.

TÁCITO

Andronio.

ANDRONIO

Ya estoy al cabo.

*Pónese ANDRONIO detrás de JULIA para hacerla caer;
pero no la ha de derribar.*

TÁCITO

Volviendo a nuestro comienzo,
el asado San Lorenzo,
cuyas virtudes alabo,
en sus *Cuntiloquios* dice...

JULIA

¡Esta es gran bellaquería,
y juro por vida mía...!

TÁCITO

Y dirán que yo lo hice.

JULIA

Pero aquí viene nuestro amo,
y mala ventura os mando.

TÁCITO

Signori, me recomando,
y a la corona me llamo.
Y a revederci altra volta,
dove finitemo el resto,
or non più, & visogna presto
fugire de qui si ascolta.

Entranse TÁCITO y ANDRONIO.

Entra MANFREDO como estudiante, de camino.

MANFREDO

Rutilio y Camilo, pues,
¿he, por ventura, tardado?

PORCIA

Más de un hora hemos estado
esperando, como ves;
y aun nos han dado mal rato
dos bonitos estudiantes
que tienen más de chocantes
que no de letras su trato.
Pero ¿en qué te has detenido
tanto tiempo?

MANFREDO

Fuí escuchando
dos que iban razonando
deste caso sucedido.

Y apostaré que estos dos
que vienen tratan también
de este hecho. Escucha bien
si acierto, así os guarde Dios.

JULIA

¿De qué sirve el escuchar,
pues podemos preguntallo?

Entran los dos CIUDADANOS que entraron al principio.

CIUDADANO PRIMERO

Por mil conjeturas hallo
que ella habrá de peligrar.

CIUDADANO SEGUNDO

En fin, que no se disculpa.

CIUDADANO PRIMERO

¡Esa es una cosa extrañal

CIUDADANO SEGUNDO

El pensamiento me engaña,
o ella no tiene culpa.

MANFREDO

Mis señores, ¿qué se suena
del caso de la duquesa?

CIUDADANO PRIMERO

Que se está todavía presa,
y el silencio la condena.

MANFREDO

¿Quién la acusa?

CIUDADANO SEGUNDO

Dagoberto.

MANFREDO

¿Da testigos?

CIUDADANO SEGUNDO

Ni aun indicio.

MANFREDO

Cierto que no es ése oficio
de caballero.

CIUDADANO PRIMERO

No, cierto.

MANFREDO

¿Y su padre?

CIUDADANO PRIMERO

¿Qué ha de hacer?

Sólo ha hecho pregonar
que a quien la acierte a librar
se la dará por mujer,
como sea caballero
el que se oponga a la empresa.

MANFREDO

¿Y qué, calla la duquesa?

CIUDADANO SEGUNDO

Como si fuese un madero.

MANFREDO

¿Y del duque que se suena
que había de ser su esposo?

CIUDADANO PRIMERO

Que, en sabiendo el caso astroso,
dió la vuelta hacia Rosena.
Y aun otras nuevas nos dan,
ni sé si es verdad o no:
que estando en Dorlán sacó
una hija al de Dorlán,
y también a una parienta,
del mismo duque sobrina,
y que el duque determina
vengarse de aquesta afrenta.
Y que se tiene por cierto
que la sacó el de Rosena.

CIUDADANO SEGUNDO

Hasta agora, así se suena;
ni sé si es cierto o incierto.

MANFREDO

Y si como eso es mentira,
como me doy a entender,
podrá ser que venga a ser
bien mismo de Rosamira:
que sé que el duque es muy bueno
y que traición ni ruindad,
si no es razón y bondad,
jamás albergó en su seno.

CIUDADANO PRIMERO

¿Sois acaso milanés?
Porque de sello dais muestra.

MANFREDO

Aunque la lengua lo muestra,
no soy, sino boloniés;
mas he estudiado en Pavía,
y algo la lengua he tomado.

CIUDADANO SEGUNDO

¿Y qué es lo que se ha estudiado?

MANFREDO

Humanidad.

CIUDADANO PRIMERO

Sí haría:
que todos los de su edad
eso es lo que estudian más.

MANFREDO

Sin estudiarla, jamás
se aprende esta facultad.

CIUDADANO PRIMERO

¿Y a qué venís a Novara?

MANFREDO

A ver la boda venía.

CIUDADANO SEGUNDO

No quiso en tanta alegría
ponernos la suerte avara;

y en lugar della, podréis
ver, si gustáis, la batalla.

MANFREDO

Si no hay quien salga a tomalla.

CIUDADANO PRIMERO

Poco tiempo os detendréis:
que no quedan más de seis
días para el plazo puesto.

MANFREDO

De quedarme estoy dispuesto.

CIUDADANO PRIMERO

Sin duda, lo acertaréis.
Y ¡adiós!

MANFREDO

Con él vais los dos.

CIUDADANO SEGUNDO

¿Luego aquí os queréis quedar?

MANFREDO

Sí; porque aquí he de aguardar
a un amigo.

CIUDADANO SEGUNDO

Pues, ¡adiós!

MANFREDO

Yo no sé en qué se confía
mi dudosa voluntad,

y, si no es curiosidad,
 ¿qué locura es ésta mía?
 Creo que darme deshonra,
 ingrato amor, te dispones,
 pues cuando está en opiniones
 la honra, no hay tener honra.

Entranse JULIA, PORCIA y MANFREDO.

Sale el DUQUE FEDERICO y el CARCELERO que tiene
 a la DUQUESA ROSAMIRA.

DUQUE

¿Cómo está la duquesa?

CARCELERO

Negro luto
 cubre su faz, y, sola en su aposento,
 al suelo da de lágrimas tributo,
 con doloroso, amargo sentimiento.

DUQUE

¡Oh bien hermoso y mal nacido fruto,
 marchito en la sazón de más contento,
 y cómo al mejor tiempo me has burlado,
 quedando en mis designios defraudado!
 ¿Y qué, no se disculpa?

CARCELERO

Ni por pienso.

DUQUE

¿De quién se queja?

CARCELERO

De su corta suerte.

[DUQUE]

En breve tiempo de su vida el censo
 dará a una infame, inevitable muerte.

CARCELERO

¿Sabes, señor, lo que imagino y pienso?

DUQUE

¿Qué piensas o imaginas?

CARCELERO

Que es muy fuerte
 de creer que el de Utrino verdad diga.

DUQUE

A que lo crea, su bondad me obliga,
 y el ver que Rosamira, en su disculpa,
 el labio no ha movido ni le mueve;
 y es muy cierta señal de tener culpa
 el que a volver por sí nunca se atreve.
 La culpa es grave; grave el que la culpa;
 el plazo a la batalla, corto y breve;
 defensor no se ofrece: indicio claro
 que a su desdicha no ha de hallar reparo.

CARCELERO

¿Si quisiere, por dicha, dar descargo
 con otro, pues no quiere en tu presencia,
 quizá turbada del infame cargo,
 dejarla he visitar?

DUQUE

Con mi licencia.

CARCELERO

Puesto que el bien guardalla está a mi cargo,
no está a mi cargo usar desta inclemencia:
que a fe, si su remedio se hallase,
que muy poco tus órdenes guardase.

JORNADA SEGUNDA

Entran CORNELIO y ANASTASIO.

CORNELIO

Volviendo a lo comenzado,
señor, ¿qué piensas hacer?

ANASTASIO

Lo que procuro es saber
si el príncipe se ha engañado,
o qué causa le ha movido
a acusar a Rosamira:
si fueron celos, o ira,
ser llamado, y no escogido;
y cuando desta querella
no sepa verdad jamás,
por gentileza no más,
me dispongo a defendella.

CORNELIO

Propongo que Dagoberto
es vencido en la batalla,

y que ella libre se halla
de la tormenta en el puerto:
¿Tendrás por cosa notoria
el poder asegurarte
que la razón vino a darte,
y no fuerza, la victoria?
Porque de Dios los secretos
son tan incomprendibles,
que a veces vemos visibles,
de bienes, malos efectos.

ANASTASIO

Ya entiendo tus argumentos,
y con ellos me das pena.
Haga el Cielo lo que ordena;
yo honraré mis pensamientos.

Entran JULIA y PORCIA.

CORNELIO

Los estudiantes son éstos
de quien los otros burlaron.

ANASTASIO

Sus burlas, ¿en qué pararon?

CORNELIO

Eran algo descompuestos.
Forastero me parece
en cierto modo su traje;
eso veré en su lenguaje,
si el hablarlos se me ofrece.

PORCIA

Camilo, no te descuides
 en mostrar en dicho y hecho
 que eres varón, a despecho
 de cuantos cuidados cuides.
 Deja melindres aparte,
 da a las ternezas de mano,
 y mira que está en tu mano
 el perderte o el ganarte.
 Mira que amor te ha traído,
 por un nunca visto enredo
 a ser paje de Manfredo,
 y paje favorecido:
 que es principio que asegura
 buen fin a tu pretensión.

JULIA

Tienes, Rutilio, razón;
 mas no tengo yo ventura,
 pues, cuando más me acomodo
 a hacer lo que me ordenas,
 embebecida en mis penas,
 se me olvida a veces todo.
 Mas, ¡ay de mí, desdichada,
 que éste es el duque mi hermano!

PORCIA

Vuelve el rostro a esotra mano,
 y vuélvete a la posada;
 que él no me conoce a mí,
 y conviéneme hablalle.

JULIA

¿Por dó he de ir?

PORCIA

Por esa calle.

JULIA

¿Vendrás presto?

PORCIA

Voy tras ti.

Vase JULIA.

Buen hombre, ¿sois desta tierra?

ANASTASIO

Ni soy della, ni buen hombre.

PORCIA

¿Pues cómo la vuestra ha nombre?

ANASTASIO

Como el cielo que la encierra.

CORNELIO

[*Aparte.*] Querrá decir Rosamira,
que es tierra y cielo a do vive.
Estas quimeras concibe
quien más por amor suspira.

ANASTASIO

Y vos, ¿sois deste lugar,
señor estudiante?

PORCIA

No.

ANASTASIO

¿Pues de dónde?

PORCIA

Aun no sé yo
de a dó me podré llamar:
que el cielo y tierra, hasta agora,
me tratan como extranjero,
y ni dél ni della espero
ver en mis cuitas mejora(s).

ANASTASIO

¿Vos con cuitas en edad
tan tierna? ¡A fe que me espantal

[PORCIA]

A los años se adelanta
tal vez la calamidad;
y más cuando son de aquellas
que trae el amor en sus alas,

CORNELIO

Sus razones no son malas,
aunque yo no sé entendellas;
mas, con todo, apostaré
que está el rapaz traspasado
del agudo arpón dorado,
como el señor su mercé.

ANASTASIO

¿Amáis, por ventura?

PORCIA

Sí;
mas no sé si por ventura,

aunque alguna me asegura
ver ahora lo que vi.

ANASTASIO

¿Pues qué veis?

PORCIA

No será honesto
hacer que me ponga en mengua
tan fácilmente mi lengua
como mis ojos me han puesto;
ni vuestro traje me mueve,
ni mi deseo, a mostrar
lo que en silencio ha de estar
hasta que otras cosas pruebe.

ANASTASIO

¿Tan mal os parece el traje?

PORCIA

No, por cierto; porque veo
que dese rústico aseo
es muy contrario el lenguaje,
y podrá ser que el sayal
encubra el al del refrán.

ANASTASIO

¿De dónde sois?

PORCIA

De Dorlán.

ANASTASIO

De ahí soy yo natural.

¿Cuánto ha que de allá venistes?

PORCIA

Poco más de doce días.

ANASTASIO

¿Qué hay de nuevo?

PORCIA

Niñerías,
aunque son un poco tristes.

ANASTASIO

¿Y qué son?

PORCIA

Que el de Rosena,
que el de Dorlán hospedó,
a Julia y Porcia robó,
como Paris hizo a Elena.

ANASTASIO

¿Tiénese eso por verdad?

PORCIA

Sí tiene; mas yo imagino
que no lleva más camino
que del cielo la maldad.

ANASTASIO

¿Pues qué dicen?

PORCIA

Yo entreoí
que la Porcia quería bien
a Anastasio.

ANASTASIO

¿Cómo? ¿A quién?

PORCIA

A Anastasio.

ANASTASIO

(*Aparte.*) ¿Cómo? ¿A mí?
¿A su primo hermano? ¡Bueno!

PORCIA

Quizá guiaba su intento
por vía de casamiento.

ANASTASIO

Deso está mi bien ajeno.
Mas ¿eso qué importa al hecho
de robaria?

PORCIA

No sé yo;
dícese que la sacó
el mismo amor de su pecho.
Mas deben de ser hablillas
del vulgo mal informado.

CORNELIO

A mí me han maravillado.

ANASTASIO

¿Pues de qué te maravillas?
Di: ¿no puede acontecer,
sin admiración que asombre,

que una mujer busque a un hombre,
como un hombre a una mujer?

CORNELIO

Sí puede; y es tan agible
lo que dices, que se ve
que, en las posibles, no sé
otra cosa más posible.

ANASTASIO

Como a su centro camina,
esté cerca o apartado,
lo leve o lo que es pesado,
y a procuralle se inclina,
tal la hembra y el varón
el uno al otro apetece,
y a veces más se parece
en ella esta inclinación;
y si la naturaleza
quitase a su calidad
el freno de honestidad,
que tiempla su ligereza,
correría a rineda suelta
por do más se le antojase,
sin que la razón bastase
a hacerla dar la vuelta;
y así, cuando el freno toma
entre los dientes del gusto,
ni la detiene lo justo
ni algún respeto la doma.

PORCIA

¡En poca deuda os están
las mujeres!

CORNELIO

Si así fuera,
ni yo este traje trujera
ni él vistiera aquel gabán.

ANASTASIO

No es tan poca: que si hago
la cuenta, no sé yo paga
que a la deuda satisfaga,
puesto que en ella me pago.

PORCIA

En fin, ¿amáis?

ANASTASIO

Alma tengo,
y no he de estar sin amor.

PORCIA

Hay amor bueno, y mejor.

ANASTASIO

Yo con el mejor me avengo.

PORCIA

¿Es labradora?

ANASTASIO

El tabarro
que me cubre así lo dice.

PORCIA

Pues todo lo contradice
 el talle y horro bizarro:
 que el tabarro es tosca caja
 que encierra el fino diamante.

CORNELIO

¡El diablo es el estudiantel
 ¡Qué bien su razón encajal
 Apostaré que mi amo,
 sin más ni más, le da cuenta
 de quién es y lo que intenta.
 Por aquesto le desamo:
 que presume de discreto,
 y no ve que es ignorancia,
 en las cosas de importancia,
 fiar de nadie el secreto.

ANASTASIO

Ahora bien: si vuestra estada
 no es de asiento en el lugar
 y queréis conmigo estar
 en una misma posada,
 en la que tengo os ofrezco
 el género de amistad
 que engrandece la igualdad.

PORCIA

Daisme lo que no merezco.
 Mas heme de despedir
 primero de un cierto amigo.

CORNELIO

Aquesto es lo que yo digo:
él se vendrá a descubrir.

ANASTASIO

A la insignia del Pavón
es mi estancia.

PORCIA

Andad con Dios,
que mañana soy con vos.
¡Oh venturosa ocasión!

Entranse ANASTASIO y CORNELIO.

Si al fuego natural no se le pone
materia que en la tierra le sustente,
volveráse a su esfera fácilmente,
que así Naturaleza lo dispone.
Y el amante que quiere que se abone
su fe con afirmar que no consiente
en su alma esperanza, poco siente
de amor, pues que a su ley justa se opone.
Cual sin el agua quedaría la tierra,
sin sol el cielo, el aire sin vacío,
el mar en tempestad, nunca en bonanza,
y sin su objeto, que es la paz, la guerra,
forzado sin su gusto el albedrío,
tal quedara amor sin esperanza.

Entranse PORCIA.

Salen TÁCITO y ANDRONIO.

ANDRONIO

Vamos hacia la prisión
de la duquesa, que importa.

TÁCITO

Reporta, Andronio, reporta
tu arrojada condición:
que siempre quieres saber
lo que no te importa un pelo.

ANDRONIO

Soy curioso.

TÁCITO

Yo recelo
que aqueso te ha de ofender.
Necio llamaré del todo,
no curioso, al que se mete
en lo que no le compete
ni toca por algún modo.
Hay algunos tan simplones,
que desde su muladar
se ponen a gobernar
mil reinos y mil naciones;
dan trazas, forman Estados
y Repúblicas sin tasa,
y no saben en su casa
gobernar a dos criados.
De aquellos mi Andronio es,
y esto lo sé con certeza,

que enmiendan a la cabeza,
 y apenas son ellos pies.
 Llaman con su ceguedad
 y mal fundada opinión,
 al recato, remisión;
 al castigo, crueldad.
 El gobierno no les cuadra
 más justo y más nivelado;
 siguen del vulgo engañado
 la siempre mudable escuadra.
 El que es buen vasallo, atiende
 a rogar por su señor,
 si es bueno, que sea mejor;
 y si es malo, que se emiende.
 De los viejos que enterramos,
 fué sentencia singular
 que el mundo hemos de dejar
 del modo que le hallamos.
 ¿Qué te importa a ti si hace
 bien o mal el duque en esto?

ANDRONIO

¿Hasme oído tratar desto?

TÁCITO

Y tanto, que me desplace.
 Que quemén a la duquesa,
 no se te dé a ti un ardite.

ANDRONIO

Desde hoy más guardaré el chite,
 y de lo hablado me pesa.

TÁCITO

A la espada me remito
de Dagoberto en la riña.

ANDRONIO

¿Si vence...?

TÁCITO

Pague la niña:
que a buen bocado, buen grito.
Quien de honestidad los muros
rompe, mil males se aplica.

ANDRONIO

Cuando la zorra predica
no están los pollos seguros.

Entranse TÁCITO y ANDRONIO.

Sale PORCIA como labrador y JULIA como estudiante.

JULIA

¿Por qué quieres intentar,
Rutilio, tan gran locura?

PORCIA

Porque en el mal es cordura
no temer, sino esperar;
y la negligencia estraga
los remedios del dolor,
y no quiero yo que amor
conmigo milagros haga.
El que padece tormenta,
si es que de piloto sabe,

si puede, gué la nave
 a donde menos la sienta.
 Yo en la mía un puerto veo
 a los ojos de mi fe,
 y allá me encaminaré
 con los soplos del deseo.
 Ya viste que era tu hermano
 el labrador que aquí vimos:
 que los dos le conocimos,
 aunque en el traje villano;
 y ha muchos días que sabes,
 y yo también, por mi mal,
 que tiene de su caudal
 el amor todas las llaves
 y que Rosamira es
 la que así le tiene aquí.

JULIA

Ya yo te he dicho que sí.

PORCIA

Pues dime: ¿ahora no ves
 que será muy acertada
 la traza que te he contado?

JULIA

Caminas tras tu cuidado;
 en fin, como enamorada.
 ¿Que podrás dejarme a solas?

PORCIA

¿A solas dices que estás
 quedando con quien podrás

contrastar de amor las olas?
 Ingenio tienes y brío,
 y coación tienes también
 para procurar tu bien,
 como yo procuro el mío.

JULIA

¿Y si te conoce, a dicha?

PORCIA

Engañada en eso estás:
 que él no me ha visto jamás.

JULIA

Puede mucho una desdicha.

[PORCIA]

Nuestro mucho encerramiento
 y libertad oprimida,
 como causó esta venida,
 cegará su entendimiento.

JULIA

Pues si el Cielo, mi enemigo,
 te hiciere conocer,
 nunca le des a entender
 que te veniste conmigo.
 Sigue a solas tu ventura,
 que yo seguiré la mía,
 y el blando amor que nos guía
 abone nuestra locura.
 Yo a Manfredo le diré

que a la patria te volviste.
Mas ¿qué gente es ésta? ¡Ay triste!

PORCIA

No sé; disimúlate.

Entran ANASTASIO, MANFREDO y los dos CIUDADANOS.

CIUDADANO PRIMERO

Es el caso inaudito, y la insolencia
del duque de Rosena demasiada,
mala en el hecho y mala en la apariencia.

ANASTASIO

Cuando del apetito es sojuzgada
la razón, no hay respeto que se mire
ni justa obligación que sea guardada.

CIUDADANO SEGUNDO

¿Quién lo vendrá a entender que no se admire?:
que, faltando a la ley del hospedaje,
con las prendas del huésped se retire.
Y más aquel que debe por linaje,
por ser por calidad, por gentileza,
hacer a todos bien, a nadie ultraje.

ANASTASIO

Debe de ser de vil naturaleza,
o a quien soberbia natural inclina
a tan infames hechos de bajeza.
Pues a fe que fabricas tu ruina,
Manfredo ingrato: que Dorián bien suele
amansar tu arrogancia repentina.

MANFREDO

A un pobre labrador, ¿por qué le duele tanto de Julia y Porcia el robo incierto? Quizá miente la fama.

PORCIA

¿Hablaréle?

JULIA

Háblale; pero no te ha descubierto.

ANASTASIO

¡Siempre son ciertas las desdichas mías!

MANFREDO

¿Desdichas tuyas? ¡Bueno estás, por cierto!

ANASTASIO

¿Qué escita vive en sus regiones fieras, qué garamanta en su abrasada arena, o en tierras, si las hay, de amubaceas, que apruebe que un gran duque de Rosena, siendo del de Dorlán huésped y amigo...

JULIA

Aquestos argumentos me dan pena.

ANASTASIO

... como astuto ladrón, como enemigo, haberle de sus prendas despojado, sin que diga lo mismo que yo digo: que fué Manfredo ingrato y mal mirado?

JULIA

Apostaré que el duque te conoce.

PORCIA

Desvíate en buen hora a esotro lado.

MANFREDO

Buen hombre, no es razón que se alboroce así vuestro sentido: que a Manfredo no le estima cual vos quien le conoce.

JULIA

Que han de refir los dos tengo gran miedo.

PORCIA

Pues, por Dios, que sí riñen.

JULIA

Calla, o vete.

PORCIA

Añade a lo que dices: si es que puedo.

ANASTASIO

Tampoco no sé yo a qué se entremete a defender un hecho un estudiante donde tan gran pecado se comete.

CIUDADANO SEGUNDO

Señores, no paséis más adelante: que si es verdad que el duque hizo tal hecho, aquel que lo defienda es ignorante.

ANASTASIO

¡Vive Dios, que se me arde en rabia el pecho!

MANFREDO

¡Por Dios, que está el villano muy donoso!

JULIA

Cuajóse la cuestión; ello está hecho.

ANASTASIO

¿Villano a mí? ¡Escolar sucio y astroso,
capigorrón, brodista (1), pordiosero!

MANFREDO

¡Oh villano otra vez, loco furioso!

PORCIA

Mal haré si no ayudo a quien bien quiero.

CIUDADANO PRIMERO

¿Qué es esto? ¿Con puñal a un desarmado?

ANASTASIO

Dejad que llegue a queste vil grosero.

CIUDADANO SEGUNDO

Cada cual de los dos sea bien mirado;
miren quién está en medio.

MANFREDO

¿Tanto brío
en un villano pecho está encerrado?

(1) Estudiante pobre que comía el «brodio» o caldo con berzas que daban en la portería de los conventos.

JULIA

¿Piedras a mi señor?

PORCIA

¿Piedras tú al mío?

JULIA

¡Oh! ¿También tú, villano?

PORCIA

¡Oh sucio paje!

JULIA

Rutilio, di: ¿no es este desvarío?
¿Bofetada en mi rostro? ¡Ya el coraje
ha llegado a su punto, y no es posible
que temor o respeto aquí le ataje!

CIUDADANO PRIMERO

Los dos criados con furor terrible
se han asido también.

CIUDADANO SEGUNDO

¡Ténganse, digo!

MANFREDO

¡Hasta que mate a éste, es imposible!

ANASTASIO

¡No estimo su puñal en solo un higo!

CIUDADANO SEGUNDO

¡Otra vez digo que se tengan, eal

JULIA

¡Deja estar los cabellos, enemigo!
¿Quieres, con esparcirlos, que se vea
quién somos?

PORCIA

Pues, hereje, ¿estásme dando,
y no te he yo de dar?

CIUDADANO PRIMERO

Otra pelea
es ésta más cruel que estoy mirando.

JULIA

¡Ay, que la boca toda me deshaces!

PORCIA

¡Suelta tú el labio!

JULIA

¡Ya le voy soltando!

PORCIA

¡Acaba de soltar!

CIUDADANO PRIMERO

¡Quitad, rapaces!

JULIA

¡Ay, que me muerde!

PORCIA

¿Echáisme zancadilla?

JULIA

¿Qué haces, enemigo?

PORCIA

Y tú, ¿qué haces?

CIUDADANO SEGUNDO

Envainad vos, señor, y esta rencilla
quédese así, pues no os importa nada.

MANFREDO

¡Dios sabe por qué gusto diferillal

PORCIA

Quitásteme el gabán, desvergonzada;
la mano, digo, que tal fuerza tiene;
pero esta mía me hará vengada.

CIUDADANO PRIMERO

¿Han visto con qué brío el mozo viene?
¿Y éste es vuestro criado?

ANASTASIO

No, por cierto.

MANFREDO

Rutilio, ¿cómo es esto?

PORCIA

No conviene
que mi designio aquí sea descubierto.

MANFREDO

¿Pues por qué peleabas con tu hermano?

PORCIA

De ignorancia nació mi desconcierto:
que, como vi este traje de villano,
tan parecido a aquellos de mi tierra,
dejarle de ayudar no fué en mi mano.
Y creo, si la vista no se yerra,
que éste es un mi pariente conocido,
que de todo mi gusto me destierra.

MANFREDO

El seso, al parecer, tienes perdido;
mas no le pierdas tanto que señales
pieza por donde yo sea conocido.

PORCIA

Seguro está, señor, que ni por males
ni bienes que a Rutilio el Cielo envíe
dará de ser quien eres las señales,
y en tal seguro el tuyo se confíe.

MANFREDO

¿De modo que a la patria quies volverte?

PORCIA

Antes que el tiempo cargue y más enfríe.

MANFREDO

¡Adiós!, que yo no quiero detenerte.

PORCIA

Mi hermano queda acá.

MANFREDO

Gusto infinito.

PORCIA

Plega a Dios que en servirte en todo acierte.

Vanse MANFREDO y los dos CIUDADANOS.

JULIA

Dime, Rutilio: ¿a dicha, queda escrito en el alma el rencor que hemos mostrado?

PORCIA

A la ocasión y al gusto lo remito.

JULIA

¿Iré de tu buen pecho confiado?

PORCIA

¿Pues quién lo duda?

JULIA

¡Adiós, pues, firme amigo!

Vase JULIA.

PORCIA

¡Adiós, mocito malaconsejado!
Ya me tienes, señor, aquí contigo;
a tu gusto me manda, que yo espero
que amor me ha de ayudar al bien que sigo.

ANASTASIO

Pues yo de todo bien ya desespero.
¡Oh amor, que con la vida me atropellas
la honra, pues sin ella vivo y muerol
Allí llega el ardor de sus centellas
donde pueda quitar el sentimiento
de las cosas que es muerte el no tenellas.

Julia, robada; el duque, en salvamento;
 yo, a quien el caso toça, descuidado
 con el cuidado que en el alma siento.
 De un estudiante vil mal afrentado;
 socorrido de un pobre pastorcillo,
 aunque en esto me doy por bien pagado.
 Padezco el mal; no sé a quién descubrillo;
 mas aunque lo supiése no osaría
 pues no es para sufrillo ni decillo.

PORCIA

Si acaso éste no fuera el primer día
 que de buena amistad te doy la mano,
 pudiérase fiar de la fe mía.
 Acomódome al traje de villano
 por servirte en el tuyo: señal clara
 que soy de proceder fácil y llano.
 Si en algunos escrúpulos repara
 tu voluntad, el tiempo tendrá cargo
 de mostrarte la mía abierta y clara.
 Yo de ser te fiel sólo me encargo,
 con pecho noble, sin torcido enredo,
 sin que dificultad me ponga embargo.

ANASTASIO

Sabrás...; basta, no más.

PORCIA

¿Qué, tienes miedo
 de descubrirte a mí? Pues yo te juro,
 por todo aquello que jurarte puedo,
 que puedes sin escrúpulo, al seguro,
 fiar de mí cualquier tu pensamiento.

ANASTASIO

Conviéneme creer que estoy seguro;
 porque, para sa[lir] con el intento
 que téngo, sólo entiendo que tú eres
 el más fácil y cómodo instrumento;
 y es menester, si gusto darme quieres,
 que, fingiendo ser moza labradora...
 ¿De qué te ríes?

PORCIA

Di lo que quisieres,
 que no me río, a fe.

ANASTASIO

Si es que no mora
 voluntad en tu pecho de servirme,
 dímelo, y callaré luego a la hora.

PORCIA

No digo de mujer; pero vestirme
 de diablo lo haré, pues que te agrada,
 con pronta voluntad y ánimo firme.

ANASTASIO

Serás de mí tan bien gratificado,
 que iguale a tu deseo el beneficio.

PORCIA

Quedo en sólo servirte bien pagado.
 Prosigue, pues.

ANASTASIO

Ha dado en sacrificio

un amigo su alma a la duquesa,
 que está acusada de un infame vicio.
 No se puede saber, como está presa,
 si tiené culpa o no, y él, sin sabello,
 duda el ser defensor de tal empresa.
 A mí me ha dado el cargo de entendedorlo,
 y, con este gabán disimulado,
 ha algunos días que he entendido en ello.

PORCIA

¿Y has alguna verdad averiguado?

ANASTASIO

Ninguna.

PORCIA

¿Pues qué ordenas?

ANASTASIO

Que te pongas
 en el traje que digo disfrazado,
 y a dar a Rosamira te dispongas
 un papel, y a sacarle de su pecho
 cuanto tuviere en él.

PORCIA

Como compongas
 bien el rústico traje, ten por hecho
 lo que pides.

ANASTASIO

La entrada está segura
 dejando al carcelero satisfecho.
 Has de llevar el rostro con mesura.

PORCIA

Para una labradora, poco importa;
basta que lleve el pecho con cordura.
La carta escribe y la partida acorta,
que yo de parecer mujer no dudo.

ANASTASIO

Habla sutil, y en pláticas sé corta.

PORCIA

¡Ah ciego amor, de piedad desnudo,
y en qué trance me pones!

ANASTASIO

¿Te arrepientes?

PORCIA

Nunca del buen intento yo me mudo.
Aunque tuviera el caso inconvenientes
mayores, con mi industria los venciera
y buscara los medios suficientes.

ANASTASIO

Si supieses la paga que te espera,
cual yo la sé, mancebo generoso,
a más tu voluntad se dispusiera:
que soy otra persona que este astroso
hábito muestra.

PORCIA

Y yo seré un criado
para ti el más fiel y cuidadoso
que se pueda hallar en lo criado.

Entranse.

Salen MANFREDO y JULIA.

MANFREDO

¡Brioso era el villano!

JULIA

Y atrevido además, según dió muestra.

MANFREDO

Y muy necio tu hermano.

JULIA

La juventud lo causa, poco diestra
en lazos de importancia.

MANFREDO

¿Volvióse?

JULIA

¡Y no le arriendo la ganancia!

MANFREDO

Torna, pues, ¡oh Camilo!,
y dime aquello que decías agora,
usando el mismo estilo:
que el modo de decirlo me enamora
y el caso me suspende.

JULIA

Pues dello gustas, buen señor, atiende.
Llegóse a mí un mancebo
de agradable presencia, bien tratado,
con un vestido nuevo,
que creo que por éste fué trazado;

llegóse, como digo,
y díjome: «Escuchadme, buen amigo».
Volví, miréle, y vile
lloviendo perlas de sus bellos ojos;
la mano entonces dile,
de lástima movido, y él, de hinojos,
temeroso tomóla,
y, bañándola en lágrimas, besóla.
Yo, del caso espantado,
le alcé, y le pregunté lo que quería;
él, casi desmayado,
me dijo que merced recibiría
si un poco le escuchase
en parte donde naide nos notase.
Llévele a mi aposento;
sentóse, sosegóse, y después dijo
con desmayado aliento,
con voz turbada y anhelar prolijo:
«Yo soy...», y calló luego,
y el rostro se le puso como un fuego.
Por estos movimientos
conocí que vergüenza le estorbaba
a decir sus intentos;
y como yo sabellos deseaba,
lleguéme a él, diciendo
razones que le fueron convenciendo.
En fin, dellas vencido,
tras de un suspiro doloroso, ardiente,
ya el rostro amortecido,
el codo y palma en la rodilla y frente,
dijo: «Yo soy aquella

a quien persigue su contraria estrella;
yo soy la sinventura
que, a la primera vista de unos ojos,
sin valor ni cordura,
rendí la libertad de los despojos
de la honra y la vida,
pues una y otra cuento por perdida;
yo soy Julia, la hija
del duque de Dorlán, cuyo deseo
ya no hay quien le corrija;
ni el Cielo ofrece, ni en la tierra veo
remedio al dolor mío,
y es bien que no le tenga un desvarío.»
Quedé en oyendo aquesto
bien como estatua mudo, y, sin hablalla,
quise escuchar el resto,
temiendo con mi plática estorballa;
y prosiguió diciendo
lo que me fué encantando y suspendiendo.
«Yo, dijo, vi a Manfredo,
aqueste dueño venturoso tuyo
—que ya no tengo miedo,
ni de contar, y más a ti, rehuyo
la mal tejida historia,
digna de infame y de inmortal memoria—.
Teníame mi padre
encerrada do el sol entraba apenas;
era muerta mi madre,
y eran mi compañía las almenas
de torres levantadas,
sobre vanos temores fabricadas.

Avivóme el deseo
 la privación de lo que no tenía
 —que crece, a lo que creo,
 la hambre que imagina carestía—;
 mas no era de manera
 que yo no respondiese a ser quien era.
 Hasta que mi desdicha
 hizo que este Manfredo huésped fuese
 de mi padre, que a dicha
 tuvo que la ocasión se le ofreciese
 de mostrar su grandeza
 sirviendo a un duque de tan grande alteza.
 En fin, yo, de curiosa,
 un agujero hice en una puerta,
 que a la vista medrosa,
 y aun al alma, mostró ventana abierta
 para ver a Manfredo.
 Vile, y quedé cual declarar no puedo.*
 Ni aun yo puedo contarte
 más por agora, porque gente viene.

MANFREDO

Vamos por esta parte,
 que está más fresca y menos gente tiene.
 Anda, que estoy suspenso,
 y vame dando el cuento gusto inmenso.

Entranse MANFREDO y JULIA.

*Sale PORCIA como labradora, con un canastico de flores
y fruta.*

P O R C I A

Amor, bien será que abajes
mi vida a tu proceder,
pues no me quieres comer,
aun hecha tantos potajes.
Primeramente pastor
me hiciste, y luego estudiante,
y, andando un poco adelante,
me volviste en labrador,
para labrar mis desdichas
con yerros de tus marañas:
que éstas son de tus hazañas
las más venturosas dichas.
Flores llevo, donde el fruto
que cogeré ha de ser tal,
que al corazón de mortal
le sirva [y] de triste luto.
Papel que vas encerrado
entre estas flores, advierte
que eres sierpe que a mi muerte
ha el amor determinado.
No pienses, yendo conmigo,
ver tu intención declarada:
que no he de poner la espada
en manos de mi enemigo.
Tú de mi alma lo eres,
y éstos del cuerpo lo son.

Entran TÁCITO y ANDRONIO.

¡Del diablo es esta visión!
¡Vade retrol ¿Qué me quieres?

TÁCITO

¡Oh qué buen rato se ofrece
con la pulida villanal

PORCIA

¡Por Dios, que vengo de ganar

ANDRONIO

Bonísima me parece.
¿Qué es lo que cogió del suelo?

TÁCITO

Algo que se le cayó.
O tú llega, o llego yo.

PORCIA

Algún mal caso recelo:
que éstos son grandes bellacos,
y me tienen de embestir.
¡Oh, quién pudiera huir
el encuentro destes cacos!

TÁCITO

Mi señora labradora,
vengáis con los años buenos,
de paz y abundancia llenos.

ANDRONIO

Vengáis muy mucho en buen hora.

TÁCITO

¿Qué trae aquí, por mi vida?
¡Oh, pese a quien me parió!

ANDRONIO

¿Dióte?

TÁCITO

Sí. ¡Y cómo que me dió!
La mano tengo aturdida.
¡Con otro me has de pagar
el garrote que me has dadol

PORCIA

¡Que me roban en pobladol
¿No hay quien me venga a ayudar?
¡Que me roban, ay de mí!
¡Ladrones, dejad la cestal

Sale el CARCELERO.

¿Qué soledad es aquesta?
¿Naide pasa por aquí?

CARCELERO

¿Qué es esto, desvergonzados?

TÁCITO

Ojo. El señor, ¿con qué viene?
Bien parece que no tiene
los amplíficos cuidados
ni la cuenta del negocio
de los dolientes distintos,
cuando destos laberintos
es la propria causa el ocio.

CARCELERO

¿Qué es lo que decís, malditos?

ANDRONIO

Que se vaya dilatando
en paz, con el cómo y cuándo;
tenga los ojos marchitos,
porque nos cumple acabar
con aquesta labradora.

CARCELERO

Y vos, ¿qué decís, señora?

PORCIA

Que me querían robar
aquesta fruta que llevo
a la señora duquesa.

CARCELERO

¿A la presa?

PORCIA

Sí, a la presa.

TÁCITO

Nego.

ANDRONIO

Probo.

Meten la mano en el canastillo, y comen de la fruta.

TÁCITO

Y yo las pruebo.

CARCELERO

¡Hideputa, sinvergüenzal
¡Andad, bellacos, de aquí!

TÁCITO

Nunca el comer puso en mí
género de desvergüenza.

ANDRONIO

Agradezca la villana
que ha tenido buen padrino;
mas si hacéis otro camino,
yo reharé mi sotana.

TÁCITO

¡Mal haya la suerte avaral

ANDRONIO

Vamos, amigo, a lición.

Entranse TÁCITO y ANDRONIO.

CARCELERO

Tan grandes bellacos son
como los hay en Ferrara.
Vamos, labradora, a donde
podáis ver a la duquesa,
que en mi poder está presa.

PORCIA

Gué, que no sé por dónde.

Entranse.

Salen MANFREDO y JULIA.

MANFREDO

Prosigue, que no hay gente
que aquí nos pueda oír.

JULIA

La desdichada
prosiguió en voz doliente
su historia, en desvaríos comenzada,
y dijo: «Vi a Manfredo,
vile, y quedé cual declarar no puedo:
que en un instante pudo
y quiso amor, con mano poderosa,
de piedad desnudo,
la imagen de Manfredo generosa
grabar así en mi alma,
que della luego le entregué la palma.
Volvíme a mi aposento,
llevando en la memoria y en el seno,
con gusto y descontento,
la mirada belleza y el veneno
de amor que me abrasaba
y la virtud honrosa refriaba.
Hice discursos varios,
fundé esperanzas en el aire vano,
atropellé contrarios,
dile al amor renombre de tirano
y de señor piadoso,
y al cabo el entregarme fué forzoso.
Dejé mi padre, ¡ay Cielosl,
dejé mi libertad, dejé mi honra,

y en su lugar, recelos
y sujeción tomé, muerte y deshonra,
y a buscar he venido
este huésped apenas conocido.
Hoy en tu compañía
le he visto, y, aunque en traje disfrazado,
como en el alma mía
traigo su rostro al vivo dibujado,
al punto conocíle;
vile, alegréme, y hasta aquí seguíle.
Quiero, pues, ¡oh mancebol
(y esto cubriendo perlas sus mejillas,
hincándose de nuevo
ante mí, visión bella, de rodillas),
quiero, dijo, que digas
al tuyo, que es mi dueño, mis fatigas.
Que yo no tengo lengua
para decir mi mal, ni la dolencia
mi honestidad amengua
para poder ponerme en su presencia.
Tú a solas le relata
la muerte con que amor mi vida mata:
que no estará tan duro
cual peñasco al tocar de leves ondas,
ni cual está al conjuro
del sabio encantador, en cuevas hondas,
la sierpe, en esto cauta,
ni cual airado viento al Euste nauta.
No le habrán leche dado
leonas fieras de la Libia ardiente,
ni habrá sido engendrado

de algún cíclope bárbaro inclemente,
para que no se ablande
oyendo mi dolor y amor tan grande.
Rica soy y no fea,
tan buena como él en el linaje,
si ya no es que me afea
y me deshonra este trocado traje;
mas cuando amor las causa,
en todas estas cosas pone pausa.
Rosamira infamada,
justamente impedido el casamiento,
yo dél enamorada,
cual la tierra del húmido elemento:
si esto no es desvarío,
¿quién lo podrá estorbar que no sea mío?•
Esto dijo, y al punto
dejó caer los brazos desmayados,
quedó el rostro difunto,
los labios, que antes eran colorados,
cárdenos se tornaron,
y sus dos bellos soles se eclipsaron.
Levantósele el pecho,
su rostro de un sudor frío cubrióse,
púsela sobre el lecho,
de allí a un pequeño rato estremeciósse,
volvió en sí suspirando,
siempre lágrimas tiernas derramando.
Consoléla, y roguéla
que en aquel aposento se estuviese,
sin temor de cautela,
hasta que yo su historia te dijese.

Encerrada la dejo;
 ¡mira si es raro de mi cuento el dejo!

MANFREDO

Y tan raro, que no puedo
 persuadirme a que es verdad;
 aunque amor y liviandad
 no se apartan por un dedo.
 ¿Y qué, queda en tu aposento?

JULIA

Como digo, sin mentir.

MANFREDO

No me pudiera venir
 nueva de mayor contento.

JULIA

¿Luego piénsasla gozar?

MANFREDO

Mal me conoces, Camilo:
 que tan mal mirado estilo
 no se puede en mí hallar.

JULIA

¿Pues qué piensas hacer della?

MANFREDO

Envialla al padre suyo:
 que con esto restituyo
 mi inocencia y su querella.

JULIA

¡Mal pagas lo que te quiere!

MANFREDO

La honra se satisfaga:
que un torpe amor esta paga
y aun otra peor requiere.

JULIA

¿Amar tan alto sujeto
es error?

MANFREDO

Y conocido;
porque amor tan atrevido,
aunque es amor, no es perfeto.
Es el amor, cuando es bueno,
deseo de lo mejor;
si esto falta, no es amor,
sino apetito sin freno.
Con todo, vamos a vella;
pero no es bien miralla,
que en tales visitas se halla
ocasión para perdella:
que yo no soy Escipión
ni Alejandro en continencia,
para hacer la experiencia
de mi blanda condición;
y yo soy de parecer,
y la experiencia lo enseña,
que ablandarán una peña
lágrimas de una mujer.

JULIA

Si no te ablanda su amor,
no lo hará su hermosura.

MANFREDO

Con todo, será cordura
huir del daño mayor.
Si la recibo, me hago
en su huída culpado;
si la vuelvo, habré mostrado
que a ser quien soy satisfago,
excusaré el desafío,
cobraré el perdido honor.

JULIA

¡Oh! ¡Mal haya tanto amor,
mal pagado y mal nacido!
¡Desdichada de la triste
que te quiso sin porqué!

[MANFREDO]

En esos trances se ve
quién su gusto no resiste.
Pero vámonos a casa:
que, con todo, pienso vella.

JULIA

Quizá vendrás a querella.

MANFREDO

No es mi fuego desa brasa.

Entrase MANFREDO.

JULIA

¡Ay cruel, cómo te vas,
 triunfando de mis despojos!
 ¿Qué consejo en mis enojos
 es, ¡oh amor!, el que me das?
 En gran confusión me veo.
 ¿Quién me podrá aconsejar?
 En fin habré de acabar
 a las manos del deseo.

[Entrase JULIA.] Sale ROSAMIRA con un manto hasta los ojos.

R O S A M I R A

Quien me viere desta suerte,
 juzgará, sin duda alguna,
 que me tiene la fortuna
 en los brazos de la muerte.
 Pues no es así; porque amor,
 cuando se quiere extremar,
 con el velo del pesar
 suele encubrir su favor.
 Honra, eclipse padecéis
 porque entre vos y mi gusto
 la industria ha puesto un disgusto,
 por el cual oscura os veis;
 mas pasará esta fortuna,
 que así vuestra luz atierra
 como sombra de la tierra,
 puesta entre el sol y la luna.

Entran el CARCELERO y PORCIA.

CARCELERO

Veisla ahí; habladla, y luego
os salid con brevedad.

[PORCIA]

¡Ay obscura claridad!
¡Mal haya el vendado ciego!
¡Mirad cuál la tiene puestas!

ROSAMIRA

Pues, amiga, ¿qué buscáis?

PORCIA

Señora, que recibáis
lo que traigo en esta cesta,
que son unas bellas flores
con alguna fruta nueva.

ROSAMIRA

¡Vos sola habéis hecho prueba
de consolar mis dolores!
Sentaos aquí par de mí,
y esas flores me mostrad
y ese rebozo os quitad.

PORCIA

Señora, veislas aquí;
pero sentarme, eso no.
El embozo ya le quito.

ROSAMIRA

Sentaos conmigo un poquito;
basta que lo diga yo.

PORCIA

Estaba determinada,
señora, de no lo hacer;
mas dicen que es mejor ser
necia que no porfiada,
y así, me asiento y suplico,
si mi ruego puede tanto,
que os alcéis del rostro el manto
otro poco, otro tantico.

ROSAMIRA

Vesme descubierta, amiga:
que a más fuerza tu cordura.

PORCIA

¡Jesús! ¡Que tanta hermosura
há puesto en tanta fatiga!

ROSAMIRA

Amiga, déjate deso,
y dime: ¿qué te movió
a venirme a ver?

PORCIA

Sé yo
que fué de amor el exceso,
y el ver que ya el señalado
plazo llega a más correr,

a donde el mundo ha de ver
 tu inocencia o tu pecado;
 y querría ver si puedo
 serte en algo de provecho
 antes de llegar al hecho
 que al más fuerte pone miedo:
 que es Dagoberto valiente.

ROSAMIRA

Así le conviene ser
 quien tiene de defender
 que es culpada la inocente.
 Sale del curso ordinario
 el caso de mi porfía,
 porque está la salud mía
 en la lengua del contrario.
 Quien me deshonra ha de ser
 el mismo que me ha de honrar,
 y esto me hace callar
 y culpada parecer.
 Mas dime: ¿acaso has oído
 qué se hizo el de Rosena?

PORCIA

Por todo el lugar se suena
 que volvió al suyo corrido.
 Otros la culpa le dan
 de que la hija sacó
 cuando alegre le hospedó
 el gran duque de Dorián,
 y con ella otra su prima;
 pero yo sé que es mentira.

ROSAMIRA

¡Ya no es sola Rosamira
a quien fortuna lastimal

PORCIA

Y esta su prima es hermana
de Dagoberto el traidor.

ROSAMIRA

¡Sabes muy poco de amor,
discreta y bella aldeana!

PORCIA

El hijo del de Dorlán
se suena que te defiende.

ROSAMIRA

¿Quién lo dice?

PORCIA

Quien lo entiende.

ROSAMIRA

¡En vano toma ese afán!
Mas su intención le agradezco,
porque, al fin, es de quien es.

PORCIA

Que él no pida el interés,
aunque venza, yo me ofrezco;
porque por su gentileza
lo hace, y no por su amor.

ROSAMIRA

Así mostrará mejor
su valentía y nobleza.
Pero, puesto que él venciese,
con él no me casaré.

PORCIA

¿Pues por qué?

ROSAMIRA

Yo sé el porqué.

PORCIA

¿Y si el premio pidiese?

ROSAMIRA

No llegará a aquese extremo,
si me vale mi justicia;
mas como reina malicia,
de cien mil azares temo.
Ven conmigo a otro aposento,
labradora de mi vida,
que en parte más escondida
te quiero hablar un momento:
que me ha dado el corazón
que el Cielo aquí te ha traído
para que en gozo cumplido
vuelvas mi amarga prisión.
Ven, que ya en tu voluntad
está mi vida o mi muerte,
mi buena o mi mala suerte,
mi prisión o libertad.

PORCIA

Vamos, señora, do quieres,
y de mí daré a entender
que te puedes prometer
aun más de lo que quisieres:
que desde aquí te consagro
la voluntad y la vida.

ROSAMIRA

Sin duda que tu venida
ha sido aquí por milagro.

JORNADA TERCERA

Salen MANFREDO y JULIA.

MANFREDO

¿Qué, se fué?

JULIA

Como lo cuento.

MANFREDO

¿Pues por qué no la tuviste?

JULIA

Porque muy mal se resiste
un determinado intento.
Apenas abrí la puerta,
cuando dijo: «Amigo mío,
yo sé que mi desvarío
en ninguna cosa acierta.
No digas al duque nada,
pues sé que no ha de importar,
y es mejor el acabar
con mi muerte esta jornada.
¡Quédate adiós!» Y salióse,
sin podella resistir;

y aunque la quise seguir,
al punto desaparecióse.

MANFREDO

Mucho descuido has tenido.
¿Por dó se fué?

JULIA

No sé, a fe.

MANFREDO

¿Que es posible que se fué?

JULIA

Del modo que he referido.
Mas si no la puedes ver,
mejor es que no esté en casa.

MANFREDO

¿No sabes ya lo que pasa?

JULIA

Más de lo que he menester.
[*Aparte.*] ¡Ay de mí, cómo me veo,
puesta en dudosa balanza,
esperando la esperanza
cuando revive el deseol

MANFREDO

¿Qué es lo que dices?

JULIA

No nada;
sólo digo que va tal,

que será el fin de su mal
acabar desesperada.

MANFREDO

En eso echarás de ver,
Camilo, bien claramente,
que apenas hay accidente
que sea bueno en la mujer.
Quiéren do han de aborrecer,
vanse de a donde han de estar,
temen donde han de esperar,
esperan do han de temer.

JULIA

Pues si la vuelvo a encontrar,
¿quieres, señor, que la diga
que te duele su fatiga?

MANFREDO

A nadie supe engañar;
mas dile lo que quisieres,
como hagas que la vea.

JULIA

De modo haré que así sea,
si haces como quien eres.

MANFREDO

¿Qué es lo que tengo de hacer?

JULIA

Ni refilla, ni afrentalla,
ni al padre suyo envialla.

MANFREDO

No sé cómo podrá ser.
Sin duda, te dejó el pecho
blando Julia con su llanto.

JULIA

Tanto, que, a entender tú el cuánto,
ya la hubieras satisfecho.
¿Lágrimas eran aquellas
para no ablandar un canto?
Y ¿hay cielo que se alce tanto
do no alcancen sus querellas?
¡Ah señor Manfredol

MANFREDO

A fe,
Camilo, que estás rendido.

JULIA

Tengo el corazón herido
de lo que en Julia noté.
El agradable reposo,
las razones tan sentidas,
aquellas perlas vertidas
por aquel rostro hermoso;
los desmayos, los temores,
la vergüenza y sobresaltos,
el darle el corazón saltos,
en fin, el morir de amores,
con otras cosas que, a vellas
tú, señor, como las vi,

así como han hecho a mí,
te ablandaran sus querellas.

MANFREDO

Vamos; que, pues ya se fué,
no hay della tratarme más;
mas si vuelve, le dirás...

JULIA

¿Qué?

MANFREDO

¡Por Dios, que no sé qué!
¿Dicen que dejan hablar
ya a la presa Rosamira?

JULIA

Esa cuerda es la que tira
de tu gusto y mi pesar.

MANFREDO

Y he de procurar, si puedo,
hablalla, porque me importa.

JULIA

[*Aparte.*] ¡En fin, mi ventura es corta;
no hay que esperar en Manfredol
Mas antes que el fin funesto
llegue que temo y deseo,
yo echaré de mi deseo
en la plaza todo el resto.

Entranse JULIA y MANFREDO.

Sale ROSAMIRA con el vestido y rebozo de PORCIA, y PORCIA sale con el de ROSAMIRA, con el manto hasta cubrirse todo el rostro.

ROSAMIRA

Abrázame, y adiós queda,
y de mi palabra fía.

PORCIA

Advertid, señora mía,
que es variable la rueda
de la fortuna y que es bien
que a la prisión no volváis;
porque, aunque sin culpa estáis,
hasta agora no veo quién
os defienda.

ROSAMIRA

Yo haré en eso
lo que a entrambas más importe.

PORCIA

Dad en vuestras cosas corte
sin temor de mi suceso:
que a mí no me han de matar
por hacer tan buena obra,
y yo sé que mi alma cobra
en ella un bien singular,
y en que vos no parezcáis
está este bien escondido.
Idos, que siento ruido.

ROSAMIRA

Yo volveré. [*Vase.*]

PORCIA

No volváis.

Entra el CARCELERO, en la mano un manto, la mitad de arriba abajo de tafetán negro, y la otra mitad, de tafetán verde.

CARCELERO

¡Vais norabuena, labradora hermosa!
Si de volver gustáredes, prometo
de daros puerta franca a todas horas,
y aun a todos aquellos que quisieren
comunicar con mi señora.

PORCIA

Bueno.

CARCELERO

No sino no le den al delincuente
procurador, y niéguenle abogado,
ciérrenle los caminos y los medios
de su defensa, tápenle la boca:
quedarse ha a buenas noches de la vida.
¡Oh señoral, ¿aquí estabas? Yo te hacía
en el otro aposento, donde sueles
en ciega obscuridad pasar los días.
Orden es de tu padre que te pongas
mañana, cuando salgas a la plaza,
al triste, temeroso, amargo trance,
este manto que ves, de dos colores.

Ha ordenado también que te acompañen la mitad de su guarda con insignias de dolor y tristeza, y que asimismo vaya la otra mitad de gala y fiesta. Al lado izquierdo has de llevar, señora, al verdugo, blandiendo el terso acero, instrumento mortal que te amenaza a muerte irreparable si, por dicha, venciere Dagoberto en tu deshonra. De verde lauro una corona hermosa al diestro lado ha de llevar un niño, para que del suceso que resulte, alegre o triste, o ya el cuchillo corra por tu bella garganta, ó ya tus sienes del victorioso lauro veas ceñidas. Esto vengo a decirte, y no otra cosa. ¿No me respondes? Pues a fe que sabes la voluntad que tengo de servirte, y que como el soltarte no me pidas, porque, en fin, soy leal al señor mío, que no habrá cosa que por ti no haga, y así, una pura voluntad te ofrezco. ¿Qué me respondes?

PORCIA

Que te lo agradezco.

Entrase PORCIA.

CARCELERO

¡Extraño silencio es éste!
¡Mucho me da que pensar!

¡Mas téngola de ayudar
aunque la vida me cueste!

Entran ANASTASIO y CORNELIO.

CORNELIO

De un mozo no conocido
fiarte así, ¿quién tal vió?

ANASTASIO

¿Pues qué ha de hacer?

CORNELIO

¿Qué sé yo?

ANASTASIO

¿Hase de ir así vestido?

CORNELIO

Con todo, digo que fué
error conocido y claro.

ANASTASIO

A lo hecho no hay reparo.
Mas ¿no es éste?

CORNELIO

¿Yo qué sé?

Sale ROSAMIRA con el embozo.

ANASTASIO

El es. Vengas en buen hora,
Rutilio, mi buen amigo.

CORNELIO

Tal estás, que afirmo y digo
que eres pura labradora.

ANASTASIO

No porque estemos los dos
vayas el caso encubriendo.

ROSAMIRA

Hermanos, yo no os entiendo;
dejadme, y andad con Dios,
que no soy la que pensáis.

ANASTASIO

No es de Rutilio la habla.
¡Mal mi negocio se entablal
¿Pues quién sois? ¿Adónde vais?
O ¿quién os dió este vestido?
Porque le conozco yo.

ROSAMIRA

Mi dinero me le dió.

ANASTASIO

Y el vendedor, ¿quién ha sido?
Porque hasta que lo digáis,
no habéis de pasar de aquí.

ROSAMIRA

¡Desventurada de mí!
¡Mal término es el que usáis!

No me quitéis el embozo,
 porque a fe que os cueste caro.

ANASTASIO

¡En amenazas reparol;
 venga el vestido, o el mozo.
 ¿Qué dije? Muy mal hablé:
 Este vestido os demando.

Sale DAGOBERTO *y un* CRIADO *suyo.*

DAGOBERTO

Alza los ojos, mirando
 si la ves.

ROSAMIRA

Ya me escapé;
 porque aqieste es Dagoberto,
 a quien yo vengo a buscar.

ANASTASIO

¿Pues qué, piénsaste escapar?

ROSAMIRA

Tenga; si no, juro, cierto...

DAGOBERTO

¿Qué pendencia es ésta, amigos?

ROSAMIRA

Príncipe, hablarte quisiera
 a solas, si ser pudiera,
 o no con tantos testigos.

Y, para facilitallo,
mira quién soy.

Descúbrese ROSAMIRA a solo DAGOBERTO.

DAGOBERTO

¿Qué es aquesto?
Amigos, váyanse presto.

ANASTASIO

En gran confusión me hallo:
que éste no es Rutil[i]o, no,
puesto que trae su vestido.

CORNELIO

Algún mal le ha sucedido.

ANASTASIO

¿Mal ha de ser?

CORNELIO

No sé yo.

ANASTASIO

Yo he de hablar a Rosamira,
y della lo he de saber.

CORNELIO

A mucho te quies poner.

DAGOBERTO

Señora, el verte me admira.
¿Cómo vienes deste modo?
¿Quién te puso en este traje?

[ROSAMIRA]

El tiempo, que es corto, ataje
 el darte cuenta de todo.
 Sólo vengo a que me lleves
 luego a Utrino.

DAGOBERTO

¿Cómo así?

[ROSAMIRA]

Y lo ordenado hasta aquí,
 ni lo intentes ni lo pruebes.
 No quiero en un cadahalso
 verme puesta, hecha terrero (1)
 del vulgo bajo y grosero,
 ni a ti juzgado por falso.

DAGOBERTO

¿Tienes más que me decir?

ROSAMIRA

No.

DAGOBERTO

¿Ni viniste a otra cosa?

ROSAMIRA

No.

DAGOBERTO

Mi aldeana hermosa,
 mal me sabéis persuadir.

(1) Blanco para tirar en él.

Vamos; que yo daré medio
a lo que más nos importe.

ROSAMIRA

Yo no sé otro mejor corte.

DAGOBERTO

Mil tiene nuestro remedio.

Entranse ROSAMIRA, DAGOBERTO y su CRIADO.

Salen el CARCELERO, MANFREDO y JULIA.

CARCELERO

Señor, yo os pondré con ella;
y pues venís por su bien,
a los dos nos está bien,
a mí, mostralla, a vos, vella.
Si la prisión os he abierto,
es que me da el corazón
que tiene poca razón
el príncipe Dagoberto.
Esperad aquí un poquito;
entraré a llamalla yo.

MANFREDO

Camilo, vete.

CARCELERO

No, no;
estése aquí el pajecito:
que mejor es que haya gente,
por carecer de sospechas.

Entrase el CARCELERO.

JULIA

¡Ay triste, con cuántas flechas
me hiere amor inclemente!

MANFREDO

¿Qué dices, Camilo?

JULIA

Digo
que es Julia muy desdichada.

MANFREDO

No anduvo en irse acertada.

JULIA

Fué huyendo de su enemigo.

MANFREDO

Esta es la duquesa, calla.

JULIA

¡Qué cubierto el rostro tienel

CARCELERO

Digo, señora, que viene
a hacer por vos batalla;

Salen PORCIA y el CARCELERO.

y es de gentil contención
y de persona despierta.

Yo me quiero ir a la puerta,
por si viene su excelencia.

Vase el CARCELERO.

MANFREDO

Aunque de quien sois se infiere
y nace seguridad
que no os toca la maldad
que os ahija el que no os quiere,
será bien que vuestra lengua
descubra lo que hay en esto,
porque su silencio ha puesto
a vuestro crédito en mengua.
Quien lleva en el desafío
a la razón de su parte,
de hombre tierno, se hace un Marte;
de flaco y torpe, con brío.
Si estáis sin culpa, no os pene
que Dagoberto sea tal
que el mundo no le dé igual
en cuantos valientes tiene;
porque sabed, Rosamira,
que los filos de verdad
cortan con facilidad
las armas de la mentira.
Y si acaso estáis culpada,
y de amor la culpa fué,
asimismo probaré
con el contrario mi espada:
que en fe de que él no hizo bien
en descubrir lo secreto,
de mi vitoria os prometo
que os den más de un parabién.
Y soy persona que puedo
prometer esto y aun más.

¿Para qué en silencio estás?
Habla; desecha ya el miedo.

PORCIA

Esta noche, y no durmiendo,
porque entre el sueño y mis cuitas
nunca el reposo hizo treguas
ni de veras ni de burlas,
digo que, estando despierta,
desvelada en mis angustias,
se me ofreció ante mis ojos
de ti mismo una figura.

Las razones que aquí has dicho
dijo aquel tú, y otras muchas,
que todas se encaminaban
a desear mi ventura.

Dijo que le asegurase
de mi inocencia o mi culpa,
aunque, de cualquier manera,
se ofrecía a darme ayuda.

Yo, sepultada en silencio
y con el miedo confusa,
hice lengua de los ojos,
por tener la lengua muda;
con ellos le di a entender
ser traidor el que me acusa
y que mi silencio nace
de considerada astucia.

Ya la visión se volvía,
cuando vi, sin poner duda,
entre el sí y el no una sombra,

¿qué digo sombra?, a la luna
vi y al sol en dos mejillas
de una doncella importuna
que, arrodillada a tu imagen,
tales razones pronuncia:
«Yo soy, dijo, señor mío,
la desventurada Julia,
que, cual Clicia, voy siguiendo
esa luz del sol y tuya.
Soy quien te ha entregado el alma
con la fe más tierna y pura
que vió amor en cuantos pechos
ha rendido a su ley justa.
Tú ofreces favor a quien
ni te quiere ni te escucha,
y niegas de dar oídos
a quien te sigue aunque huyas.
Promete, acorre, defiende,
ofrece, trabaja y suda:
que amor tiene decretado
que al fin fin yo he de ser tuya.»
A estas sentidas razones
acompañaba una lluvia
de vivas líquidas perlas,
correos de su tristura.
Tu imagen se le humilló,
y aun le dijo: «Estad segura,
señora, que he de ser vuestro,
a pesar de la fortuna.»
Si esto es así, ¿qué me ofreces?
¿Para qué siempre procuras

otro bien, si te da el Cielo
 el mayor dándote a Julia?
 Mas ¿con quién hablo, cuitada?
 La misma visión, sin duda,
 es aquesta que vi anoche,
 o en muy poquito se muda.
 Del varón ésta es la imagen;
 la de aquéste, la de Julia.
 ¡Oh visiones amorosas,
 dejadme en mi desventura,
 idos a buscar verdades
 y no os curéis de mis burlas;
 haced cierto lo que amor
 os da a entender por figuras!
 ¿No os vais? Por Dios que dé gritos:
 que mis ojos no acostumbran
 a ver visiones, aunque éstas
 más alegran que atribulan.
 ¿No os vais? A fe que dé voces.
 ¿No hay ninguno que me acuda?

MANFREDO

Ya nos vamos; calla un poco.
 ¡Ella está loca sin duda!

JULIA

Antes parece profeta.
 ¿Quién le ha dicho lo de Julia?

MANFREDO

Calla, que su guarda vuelve.
 ¡El alma llevo confusa!

Vanse MANFREDO y JULIA, y *entra* el CARCELERO.

CARCELERO

Otro Cipión está abajo,
 que, si a queste no os contenta,
 por sacaros desta afrenta
 se pondrá en cualquier trabajo.
 Vestido trae de villano;
 pero a fe que es caballero:
 que el lenguaje no es grosero
 y el brío es de cortesano.
 Dice que os quiere hablar,
 y yo estoy puesto en que os hable.
 Hablad más, mostraos afable,
 que os mata tanto callar.

Vuelve a salir el CARCELERO.

PORCIA

Si fuese Anastasio... ¡Ay Cielos!
 ¿Qué he de hacer si acaso es él?
 ¿He de estar muda con él
 o he de decir mis duelos?
 ¡En gran confusión me veol
 Ingenio, Cielos, ayuda:
 que no es posible estar muda
 con tan parlero deseo.

*Entran ANASTASIO y CORNELIO, su criado,
 y el CARCELERO.*

CARCELERO

Despachad con brevedad,
 no os suceda algún desmán:

que estos negocios están
de muy mala calidad.
Que el silencio desta dama
tiene a Novara suspensa,
y no imagino en qué piensa
la que no piensa en su fama.
Yo estaré con ojo alerta
por algún pequeño espacio,
mirando si de palacio
alguno llega a esta puerta.

Entrase el CARCELERO.

PORCIA

¿Sois vos Anastasio?

ANASTASIO

Sí.

PORCIA

¿El que envió este papel?

ANASTASIO

Señora, yo soy aquel
que ha mucho que el alma os di;
soy quien por vuestra desgracia
a más desventuras vino
que las que vió en su camino
el gran músico de Tracia;
soy aquel que alegre piensa,
fiado en vuestro valor,
poner la vida y honor
y el alma en vuestra defensa.

PORCIA

¿No leíste la respuesta
que os llevó la labradora?

ANASTASIO

No la he visto más, señora,
y harto el buscarla me cuesta.

PORCIA

Quizá, como forastera,
debió de errar la posada.
¡Pues a fe que es avisada
y que os fué buena terceral
En efeto, correspondía
con justos comedimientos
que vuestros ofrecimientos
con el alma agradecía,
y que de mi honestidad,
que ahora la infamia lleva,
hiciésedes vos la prueba
que os mostrase la verdad.
Jurábaos que Dagoberto
jamás en dicho o en hecho
pudo ver cosa en mi pecho
que apruebe su desconcierto.
En vuestros brazos valientes
me resignaba, y ponía
en ellos la suerte mía,
segura de inconvenientes.
Ofrecía, finalmente,
de tomaros por esposo:

señal de que es mentiroso
Dagoberto, y yo inocente.

ANASTASIO

¡Oh dulce fin de mis males
y principio de mis bienes,
cielo que en la tierra tienes
glorias que son sin iguales!
Vesme rendido a tus pies;
dispón a tu voluntad
con toda seguridad
de cuanto valgo.

PORCIA

¿No ves
que soy tuya y que a ti toca
disponer de mí a tu gusto?

ANASTASIO

¡Alma, ahora sí que es justo
que os vuelva este gusto local.

CARCELERO

Déjate desas sandeces;
haz, señor, lo que has de hacer:
que no es tiempo de expender
el tiempo así todas veces.
Recíbela por esposa;
acaba, y vamos de aquí.

ANASTASIO

Señora, ¿queréislo así?

PORCIA

Sí, y me tengo por dichosa.

ANASTASIO

Pues dadme esa hermosa mano,
y tomad mi fe y la mía.

Danse las manos.

PORCIA

Veisla ahí: que una porfía,
cualquier risco vuelve en llano.

ANASTASIO

Ya, pues, que hasta vuestro cielo
levantaste mi caída,
sed, mi señora, servida
de alzar dél el negro velo,
para que las luces bellas
vea cuyos rayos fueron
los que han hecho y deshicieron
las nubes de mis querellas,
y para que, con su llama
alentado el corazón,
de la esperada quistión
se prometa triunfo y fama.

PORCIA

No verán ojos mortales,
destos que vos amáis tanto
levantado el negro manto,
ni más alegres señales,
hasta que mi fama obscura,

a pesar de Dagoberto,
 vuelva por vos a buen puerto
 limpia, alegre, clara y pura.
 Y perdonadme, señor,
 negaros la primer cosa
 que pedís a vuestra esposa.
 Echad la culpa a mi amor.

ANASTASIO

Dadme un abrazo siquiera.

PORCIA

Eso, de muy buena gana.

CORNELIO

Vamos, y espere mañana
 vuestro invierno primavera.

Vanse ANASTASIO y CORNELIO.

PORCIA

Hasta ahora, en popa el viento
 lleva mi barca amorosa.
 ¡Oh fortuna poderosa,
 condúcela a salvamento!

Entrase PORCIA.

*Sale JULIA con una rica rodela y una espada, todo
 en la mano; sale también MANFREDO.*

JULIA

En fin, ¿las armas son éstas
 que señaló Dagoberto?

MANFREDO

Sí, amigo.

JULIA

El está en lo cierto:
que son livianas y prestas,
y él tiene fama de diestro
y de ligero además.

Toma MANFREDO la espada y la rodela.

MANFREDO

Muestra, Camilo, y verás
cómo soy dellas maestro.

JULIA

¿Pues con quién te has de probar?

MANFREDO

Llama al huésped.

JULIA

Vesle aquí.

HUÉSPED

¡Ah, Camilo, pesia mí!
Venid, que os ando a buscar
más ha de un hora.

JULIA

Pues bien:

¿qué hay de nuevo?

HUÉSPED

Que os espera
vuestra mujer allí fuera.

JULIA

¿Mujer a mí?

HUÉSPED

Y aun de bien,
según su traje.

JULIA

Imagino
que es Julia.

MANFREDO

Si Julia es,
hazla entrar.

JULIA

¿Qué harás después
de entrada?

MANFREDO

Yo determino
de hablarla y ver qué es su intento.

JULIA

¿Y enviarásla do dijiste?

MANFREDO

No por Dios.

JULIA

No; que la triste
no puede más, según siento.
¡Oh a qué buen tiempo llegaste!

Huésped, yo os lo serviré.
 ¿Y el vestido que ordené?

HUÉSPED

Está donde lo ordenaste.

*Entrase JULIA a vestirse de mujer lo más breve
 que se pueda.*

MANFREDO

Si otra rodela tenéis,
 id por ella, y volved luego.

HUÉSPED

¿Queréis probar en el juego
 lo que en las veras haréis?

MANFREDO

Sí, amigo.

HUÉSPED

Yo vuelvo presto
 con una que es de provecho.

Entrase el HUÉSPED.

MANFREDO

El corazón en el pecho
 me da saltos. ¿Qué es aquesto?
 Mas si anuncia que es verdad
 lo que Rosamira dijo,
 por vanas cuentas me rijo.
 ¿No tengo yo voluntad?
 ¿Cómo? ¿Sentidos no tengo?
 ¿No tengo libre albedrío?

¿Pues qué miedo es este mío?
 ¡Mal con mi esfuerzo me avengol
 ¿Conque, para que me venza,
 Julia me ha obligado a mí?
 Pues no es señal verla aquí
 de amor, mas de desvergüenza.
 ¿A dicha, solic téla?
 ¿Dónde ve ricos despojos?
 ¿Viéronla jamás mis ojos,
 o, por ventura, habléla?
 No por cierto. ¿Pues qué cargo
 me puede Julia hacer?
 ¿Que me quiere y es mujer?
 No me faltará descargo.

Vuelve a entrar el HUÉSPED con una rodela.

HUÉSPED

Vesla aquí.

MANFREDO

Toma tu espada,
 y vente hacia a mí con ella.
 Muy mejor fuera no vella.

HUÉSPED

¿Qué dices?

MANFREDO

No digo nada.

HUÉSPED

¿Hela de desenvainar?

MANFREDO

Poco importa; desenvaina.

HUÉSPED

Más seguro es con la vaina.

MANFREDO

¡Mucho me das que pensar,
Julia!

HUÉSPED

Mas yo desenvaino.
¿Estoy bien puesto? ¿No entiendes,
señor? ¿De qué te suspendes?
Si no te ensayas, envaino.

MANFREDO

No vella fuera mejor,
digo otra vez y otras ciento.
Vente a mí.

HUÉSPED

¡Dios ponga tiento
en sus manos!

MANFREDO

¡Las de amor
son las que me desatentan!

HUÉSPED

¿Qué es lo que entre dientes hablas?

MANFREDO

¡Mal tus negocios entablas,
 amor, cuando al fin afrentan!
 Ponte en aquesta postura,
 la rodela junto al pecho,
 y parte con pie derecho.
 ¡Extraña desenvoltura
 ha sido la desta local!

HUÉSPED

¿Qué es lo que dices, señor?

MANFREDO

¡A qué locura, ¡oh amor!,
 tu locura me provoca!
 No hay piloto tan famoso
 que en tus mares no se ahogue;
 hieres, amor, como azogue
 penetrante y bullicioso.

HUÉSPED

Cordura será dejarte,
 mejor sazón aguardando:
 que estás del amor tratando,
 cuando has de tratar de Marte.

MANFREDO

Mas quizá no será ella.

HUÉSPED

El temor le desatienta.

MANFREDO

Si él aquesta treta tienta,
bien sé yo la contra della.
¡Válate Dios, la mujer,
cual me tienes sin por qué!

Entra TÁCITO.

TÁCITO

Señor huésped, óigame,
que una merced me ha de hacer,
y es que me preste su haca
para ver el desafío
mañana.

HUÉSPED

A la fe, hijo mío,
ya no puede andar de flaca.

TÁCITO

No importa: que poco peso
y no he de estar mucho en ella.

HUÉSPED

Sobre su espinazo está
subido un palmo de hueso.

TÁCITO

Hacerles casi la atrás
o adelante, si es que importa.

HUÉSPED

¿No sabéis que es pasicorta,
y que es rijosa además?

TÁCITO

Yo le tiraré del freno
y me pondré desviado
de otras bestias.

HUÉSPED

Hale dado
torozón de comer feno.

TÁCITO

Tendréla yo sin comer
dos días, y sanará.

HUÉSPED

Para comer sana está,
pero no para correr.

TÁCITO

¿Yo corrella? ¡Ni por lumbrel

HUÉSPED

Digo que está ciega y mañca.

[TÁCITO]

Eso no importa una blanca.
¿No sabe ya mi costumbre?
Que correré sobre un palo,
sin pies y manos, si quiero.

MANFREDO

¡Qué gracioso chocarrero!

HUÉSPED

No es el jinete muy malo,

que no acaba de entender
que no la quiero prestar.

TÁCITO

¡Acabara yo de hablar!

MANFREDO

Y vos de importuno ser.

TÁCITO

Pues présteme seis reales
para alquilar un rocín.

HUÉSPED •

¿Yo prestar? ¡Ni aun un cuatrín!

TÁCITO

¿Tanto era, pesia mis males?
¿Pedíalo algún chocante
o algún mozuelo ordinario,
sino un mero bacalarío,
diestro músico estudiante?

MANFREDO

Veislos aquí. Andad con Dios,
que vuestro donaire fuerza
a que os den más.

TÁCITO

Y esme fuerza,
señor, llevar otros dos
para alquilar un pretal
de cascabeles.

MANFREDO

Tomad.

TÁCITO

Vuestra liberalidad
es de persona real.
¡Oh si al pretal se añadieran
un par de espuelas!

MANFREDO

Compradlas.

HUÉSPED

Pedí un puño de esmeraldas..

TÁCITO

¿Qué mucho que las pidiera?
Tan ahína este señor
las tuviera aquí a la mano.

HUÉSPED

Idos en buen hora, hermano.

TÁCITO

Prosperere el Cielo tu honor,
y a tu haca dé salud,
y a mí gracia de corrella.

HUÉSPED

¡No echaréis la pierna en ella,
por vida de Cafaludl,

Vase TÁCITO.

que éste es mi nombre.

MANFREDO

Camina,
que me importa quedar solo.

HUÉSPED

Encubierta trae este Apolo
su angélica faz divina.

Vase el HUÉSPED, y entra JULIA muy bien adrezada de mujer, cubierta con su manto hasta los ojos, y pónese de rodillas ante MANFREDO.

JULIA

Si no halla en tu valor
disculpa mi atrevimiento,
en las disculpas no siento
que la puede haber mejor;
y si no tiempla el rigor
de tu indignación mi pena,
acabará esta jornada
culpada y desesperada,
como mi suerte lo ordena.

MANFREDO

Levanta, señora mía,
que esta tu tamaña culpa
el deseo la disculpa
que en tus entrañas se cría:
que de amor la tiranía
a peores cosas fuerza,
y sé yo por experiencia
que no hay hacer resistencia
a los golpes de su fuerza.
Pues ya amor me ha descubierto
tus pasos, tu intento y celo,
descúbreme tú ese cielo

que traes con nubes cubierto;
 y si lo ignoras, te advierto
 que son seguras verdades
 las que la experiencia apura:
 que es parte la hermosura
 para mudar voluntades.

JULIA

Harélo, como es razón;
 mas, ¡ay de mí, que barrunto
 que ha de llegar en un punto
 mi muerte y tu admiración.
 No te espante esta visión
 ni este nunca visto estilo:
 que el amor que en mí se esmera,
 de Julia la verdadera
 hizo un fingido Camilo.

MANFREDO

Gran desenvoltura es ésta,
 Camilo, y pensando voy
 por qué te burlas si estoy
 más de luto que de fiesta;
 y es cosa muy descompuesta
 burla de tal proceder
 en tiempo turbado y triste;
 y el que de mujer se viste,
 mucho tiene de mujer.

JULIA

Julia soy la desdichada,
 y, entre mi pena crecida,

más siento el no ser creída
que siento el ser mal pagada.
Como no repara en nada
aquel que llaman amor,
quiere que sus hechos cante
Julia vuelta en estudiante,
que primero fué pastor.
Soy la que vió Rosamira
en visión ante tus pies;
soy, señor, la que no es
en los ojos de tu ira;
soy la que de sí se admira,
viendo las muchas mudanzas
que amor en sus trajes pone,
y que en ninguno dispone
el fin de sus esperanzas.

MANFREDO

Yo te creo, pues tus ojos
no pudieran fingir tanto
que mostrara[n] con su llanto
entregarme tus despojos.
Pon ya tregua a tus enojos,
Julia hermosa, y ven conmigo:
que quizá en estos rodeos
descubrirán tus deseos
que no es amor tu enemigo.
Servirásme de padrino
en la batalla que espero:
que por gentileza quiero
ponerme en este camino;

y si el Cielo y el destino
 ordenan que yo sea tuyo,
 no por salir a este trance
 se ha de borrar este lance,
 y más si yo no le huyo.
 No te arrodilles; levanta,
 que eres mi igual, y aun mejor.

Entrase MANFREDO.

JULIA

De hoy más diré que es, amor,
 tu rigor blandura santa;
 ya [a] mi pena se adelanta
 mi gozo; ya me contemplo,
 libre del mar de mis penas,
 colgar, ¡oh amor!, las cadenas
 en los muros de tu [templo].

Entrase JULIA.

Suenan trompetas tristes; sale el DUQUE DE NOVARA con su acompañamiento y dos JUECES; siéntase en su trono, que ha de estar cubierto de luto, y dice:

DUQUE

Traigan a Rosamira de aquel modo
 que yo tengo ordenado.

UNO

Ya ella viene,
 según lo dice el triste son que suena.

Sale PORCIA cubierta con el manto que le dió el CARCELERO, acompañada de la misma manera que dijo, con la mitad del acompañamiento enlutado y la otra mitad de fiesta; el VERDUGO, al lado izquierdo, desenvainado el cuchillo, y al siniestro el niño con la corona de laurel; los atambores delante sonando triste y ronco, la mitad de la caja de verde y la otra mitad de negro, que será un extraño espectáculo; siéntase PORCIA, cubierta, en un asiento alto que ha de estar a un lado del teatro, desviado del de su padre; entran asimismo DAGOBERTO y ROSAMIRA, como peregrinos, embozados, [y TÁCITO].

DUQUE

¿Cómo no viene Dagoberto? ¿Espera que se le pasé el día, pues ya es hora?

JUEZ

Sin duda debe ser este que viene:
que el actor es costumbre se presente
antes que el reo en la estacada.

DUQUE

Es claro.

Entra ANASTASIO, y CORNELIO por padrino, y ANASTASIO viene cubierto el rostro con un tafetán; viene con sus atambores; serán los mismos que trujeron a

PORCIA.

¿No es Dagoberto?

ANASTASIO

Ni aun quisiera
serlo por la mitad de todo el mundo.

DUQUE

¿Pues quién sois?

ANASTASIO

Su enemigo, sólo en cuanto
lo es de la duquesa Rosamira,
cuya defensa tomo yo a mi cargo.

DUQUE

Yo os lo agradezco.

JUEZ

Dagoberto tarda.

DUQUE

Cajas oigo sonar; él es, sin duda.

*Entra MANFREDO con un tafetán por el rostro; trae a
JULIA por padrino, que asimismo viene embozada.*

JUEZ

Tampoco es éste Dagoberto.

DUQUE

El talle
no nos dice que es él.

JUEZ

Sin duda, pienso
que ha de tener de sobra defensores
la duquesa.

DUQUE

Sepamos quién es éste.

JUEZ

¿Quién sois o a qué venís, buen caballero?

MANFREDO

El saber quién yo sea, importa poco;
saber a lo que vengo, sí que importa:
a defender a la duquesa vengo.

DAGOBERTO

¿Quién serán estos dos?

ROSAMIRA

No los conozco
ni sé quién puedan ser.

ANASTASIO

A mí me toca
por derecho y razón esa defensa,
pues fui el primero que llegué a este punto.

TÁCITO

Razón tiene el primero, o yo sé poco
desto de desafíos y estacadas.

JUEZ

A la duquesa toca el declararse
cuál quiere de los dos que la defienda.

DUQUE

Eso es razón.

ANASTASIO

Y yo por tal la tengo.

MANFREDO

Y yo también: que no me queda cosa
por saber de las leyes de la guerra.

DUQUE

Pregúntenselo, pues, y vea[n] qué dice
mi hija. ¡Oh nombre dulce cuando el Cielo
quiso que sin escrúpulo llegase
a mis oídos!

JUEZ

Id vos, y sabeldo.

UNO

El duque, mi señor, dice, señora,
que estos caballeros han venido
a ser tus defensores, y que escojas
cuál quieres de los dos que te defienda.

PORCIA

En Dios y en el primero deposito
mi agravio, mi inocencia y mi esperanza.

DAGOBERTO

¿Labradora es ésta? Mejor me ayude
el Cielo que la crea. Ya se tarda
mi criado.

ROSAMIRA

Confusa estoy, amigo.
No sé en qué ha de parar tan grande enredo.

JUEZ

Bien se oyó lo que dijo; a vos os toca,
señor, su defensa.

MANFREDO

Tener paciencia
es lo que más importa en este caso;
basta que se ha mostrado al descubierto
mi voluntad.

DUQUE

El Cielo así os lo pague
como yo os lo agradezco.

JUEZ

No hay disculpa
que pueda disculpar ya la tardanza
de Dagoberto.

DUQUE

¡Mas que nunca venga!

TÁCITO

Ciégame, San Antón; quémale un brazo;
destróncale un tobillo; nunca acierte
a venir a este sitio; salga en palmas
nuestra buena duquesa, que es un ángel,
una paloma duenda (1), una cordera,
que no tiene más hiel que cuatro toros.

Entra un CORREO con una carta.

CORREO

Es de tanta importancia este despacho
que traigo, ¡oh buen señor!, que me es forzoso

(1) Paloma casera.

dártele aquí, que así me lo mandaron,
 porque es de Dagoberto, y que te importa.

DUQUE

¿De Dagoberto? Muestra cómo es esto.
 ¿Cómo toma la pluma por la espada?
 ¿Tiempo es éste de cartas?

CORREO

No sé nada;
 ello dirá.

JUEZ

Vuestra excelencia vea
 lo que la carta dice.

DUQUE

Así lo hago.

DAGOBERTO

Parece que se turba el duque.

ROSAMIRA

¡Ay triste!
 ¡Cuánto mejor nos fuera habernos ido
 y esperar desde lejos el suceso
 deste tan grande enredo y desventural
 ¡Temblando estoy!

TÁCITO

¿Carticas a tal tiempo?
 Apostaré que no llega esta danza
 a hacer con las cindojas el tretoque.

DUQUE

¿Hay cosa igual? Leed aquea carta
 en alta voz, que es bien que la oigan todos.

*Después de haber leído el DUQUE la carta, se la da al
 JUEZ, que la lee en alta voz.*

[JUEZ]

«La presta resolución que tomaste de entregar a Manfredo por esposa a tu hija Rosamira me forzó a usar de la industria de acusalla, por evitar por entonces el peligro de perdella. La mejor señal que te podré dar de que es buena es el haberla yo escogido por mi legítima mujer. Considera, señor, antes que del todo me culpes, que soy tan bueno como Manfredo y que tu hija escogió lo que quizá tú no le dieras casándola contra su voluntad. Si con ella usare[s] término de piadoso padre, usaré yo contigo el de obediente hijo; aunque, de cualquier manera que me trates, lo habré de ser hasta la muerte. — *Tu hijo Dagoberto.*»

ANASTASIO

¿Hase visto maldad tan insolente?
 A no estar seguro deste hecho,
 ¿saliera Dagoberto fácilmente
 con el embuste que forjó en su pecho?

DUQUE

Si esto permite el Cielo y lo consiente,
 ¿qué puedo yo hacer? Ello está hecho;
 gócela en paz.

ANASTASIO

Aqueso es sin justicia

y contra todo estilo de milicia.
 Según tu bando, mía es Rosamira;
 porque tú prometiste de entregalla
 por legítima esposa al que la mira
 pusiese en defendella y libertalla.
 Lo que el de Utrino dice es gran mentira,
 y podrá la experiencia averigualla;
 luego en este momento yo he vencido,
 pues mi contrario al puesto no ha venido,
 y la excusa que da no es de importancia,
 porque es todo al revés de lo que cuenta.

MANFREDO

Venciste; pero mía es tu ganancia,
 si aquí al buen proceder se tiene cuenta.
 Si de otro es Rosamira, es ignorancia
 pensar que ha de ser tuya.

ANASTASIO

¡No consienta
 el Cielo que mi esposa de otro seal

MANFREDO

Esta verdad haré que aquí se vea.

ANASTASIO

¿En qué la fundas?

MANFREDO

En que soy Manfredo,
 de Rosamira, por concierto, esposo.
 Que la has librado tú, yo lo concedo,
 no más de porque yo fuí perezoso.

Por cuatro pasos, bien decirlo puedo,
 que llevaste a los míos, fin dichoso
 has alcanzado en la dudosa empresa;
 mas no por esto es tuya la duquesa:
 que la razón que así te da el derecho,
 por primer defensor que llegó al puesto,
 la turba, según siento, estar ya hecho
 conmigo el casamiento antes de aquesto.

PORCIA

¡Saltando el corazón me está en el pecho!

JULIA

¡Válame Dios! ¿En qué ha de parar esto?

ROSAMIRA

¿Adónde vas?

DAGOBERTO

Sosiegate.

ROSAMIRA

Recelo...

DUQUE

¿Ha visto caso semejante el suelo?

ANASTASIO

Quedaos, amor, un poco aquí arrimado;
 venid en su lugar, honra, conmigo.
 Oye, Manfredo, huésped mal mirado,
 ladrón de paz y engañador amigo:
 ¿dó están las ricas prendas que has robado?
 ¿Por qué tan sin porqué, como enemigo,

usando en la amistad tan mal decoro,
a mi padre robaste su tesoro?

MANFREDO

¿Quién eres?

ANASTASIO

Anastasio, el heredero
de Dorlán, y de Julia único hermano,
de Porcia primo, por las cuales quiero
probar que eres ladrón torpe y villano.

MANFREDO

Si como eres valiente caballero
fueras más atentado, claro y llano,
vieras que esas razones afrentosas
se fundan en quimeras fabulosas.
Yo no robé a tu hermana ni a tu prima;
mas de alguna sabrás, como tú hagas
que a la cuestión primera se dé cima,
con que tu gusto al mío satisfagas.

DAGOBERTO

La honra de mi hermana me lastima.

ROSAMIRA

¿Dónde vas, Dagoberto? No deshagas
el buen principio que la suerte muestra
de dar buen fin a la desdicha nuestra.

DAGOBERTO

Sabe que soy Dagoberto,
Manfredo, y sabe que soy

aquel que agraviado estoy
de tu infame desconcierto.
¡Dame a mi hermana, traidor,
de fe falsa y alevosa!

MANFREDO

Restituye tú a mi esposa
antes el robado honor.
No te desmiento, porque
de aquí a bien poco verás
en el engaño en que estás
y la bondad de mi fe.

ANASTASIO

Primo—mas quédese aparte
el parentesco hasta ver
si del justo proceder
os dió el Cielo alguna parte—,
¿vos decís que es vuestra esposa
Rosamira?

DAGOBERTO

Y es verdad.

ANASTASIO

¿Tenéis otra claridad
de este hecho no dudosa
como es el decirlo vos?

DAGOBERTO

¿Bastará que yo lo diga?

ANASTASIO

¿Quién duda?

DAGOBERTO

Pues no se diga
más contienda entre los dos
ni entre los tres, que yo haré
que ella lo declare al punto.

DUQUE

El bien me ha venido junto
cuando menos lo pensé.
Escoja mi hija, y haga
su gusto: que todos tres
son iguales.

JUEZ

Así es.

MANFREDO

Bien cierta tengo la paga,
pues tan de su voluntad
se entregaba por mi esposa.

ANASTASIO

No (es) está mi suerte dudosa,
si es que es firme la verdad.

DAGOBERTO

¡Qué engañados quedarán
los dos en este suceso!

JULIA

Cerrado está ya el proceso;
mirad qué sentencia os dan,
corazón. ¡Ay de mí, triste,
que el miedo crece, y desmengua
la esperanza! Callad, lengua,
que mal tal, mal se resiste.

PORCIA

[*Aparte.*] ¿Si es tiempo de descubrir
la verdad de mi mentira?

MANFREDO

Señor, manda a Rosamira
diga a quién quiere admitir.

DUQUE

Dígalo en buen hora.

PORCIA

Digo

que es Anastasio mi esposo.

JULIA

¡Alentad, pecho amoroso!

ROSAMIRA

Lo que tú dices desdigo:
que Dagoberto es mi bien.

ANASTASIO

Y vos, señora, mi gloria.

MANFREDO

Tragedia ha sido mi historia.

JULIA

Aun quedan glorias que os den.

¿Tuya no soy, pena vuestra?

*Tome la mano ROSAMIRA a DAGOBERTO y ANASTASIO
a PORCIA, y a este instante se declaren entrambas.*

TÁCITO

¿De qué Anastasio se admira?

JULIA

Aquella no es Rosamira.

ANASTASIO

¡Ay suerte airada y siniestral

¿Quién eres?

PORCIA

Soy la que quiso
el Cielo, en todo piadoso,
sacarla de un riguroso
infierno a tu paraíso;
soy la que, en traje mudado,
trayendo amor en el pecho,
procurando tu provecho
he mi gusto procurado;
soy aquella a quien tú diste
de esposa la fe y la mano;
soy quien tiene amor ufano
por ver que no se resiste;

soy de Dagoberto hermana,
y soy tu prima y soy quien
cuando me falte tu bien
no soy mas que sombra vana.

ANASTASIO

¿Dónde está Julia?

PORCIA

Señor,
yo sé que la verás presto.

JULIA

¿Podré esperar, según esto,
blandura de tu rigor?
Mira con qué mansedumbre
Anastasio a Porcia mira;
mira que es de Rosamira
ya Dagoberto su lumbre;
mira que yo sola quedo
en los brazos de la muerte
si tu clemencia no advierte
que soy Julia y tú Manfredo.

MANFREDO

Levanta, pues que ya el Cielo
tus deseos asegura
gracias a tu hermosura
y a mi siempre honrado celo.
Anastasio, mira agora
con gusto y admiración
que yo nunca fuí ladrón
ni de condición traidora.

Aquesta es Julia, tu hermana,
 y (a) esa tu prima, cual dice,
 con las cuales nunca hice
 traición ni fuerza villana.
 Ellas te dirán después
 del modo que aquí vinieron,
 hasta que el fin consiguieron,
 y es gusto de su interés.
 Tu industria y el Cielo han hecho
 que les seamos esposos;
 ellos son lances forzosos;
 no hay sino hacerles buen pecho.
 Quien se pudiera quejar
 de Rosamira era yo;
 mas si el Cielo esto ordenó...

ANASTASIO

Que paciencia y barajar.

DAGOBERTO

¡Oh hermana mía!

PORCIA

¡Oh mi hermano!

DAGOBERTO

¡Buenos pasos son aquestos!

PORCIA

Nunca pasos descompuestos
 ganaron lo que yo gano.

ANASTASIO

Más es tiempo de aliviallos
aqueste, que de reñillos.

DUQUE

Aquestas son maravillas
dignas solas de admirallas.

ANASTASIO

En fin, mi hermana es tu esposa.

MANFREDO

Así es.

ANASTASIO

Y Porcia es mía,
si no lo impide y desvía
ser mi prima.

DUQUE

Fácil cosa
es haber dispensación
en caso tan importante.

TÁCITO

Hoy del campo de Agramante
he visto la confusión,
y la paz de Otaviano
he visto en espacio breve.
¡No hay camino que amor pruebe,
difícil, que no sea llano!

DUQUE

Entremos en la ciudad,
donde despacio sabremos
destos no vistos extremos
toda la puntualidad,
y allí se harán regocijos
y desposorios honrosos
de los seis tan venturosos
que ya los tengo por hijos.

TÁCITO

Estas son, ¡oh amor!, en fin,
tus disparates y hazañas;
y aquí acaban las marañas
tuyas, que no tienen fin.

FIN

INDICE DEL TOMO CUARTO

Páginas.

Comedia famosa intitulada La Gran Sultana doña Catalina de Oviedo..	5
Comedia famosa del Laberinto de amor..	147



COLECCION UNIVERSAL

ALGUNAS OBRAS PUBLICADAS

NOVELA

Pesetas.

- El vicario de Wakefield**, por Oliverio Goldsmith. Traducida del inglés por F. Villaverde. (Núms. 8 a 10.) Un tomo. 1,50
- Doble error**, por Próspero Mérimée: Traducida del francés por A. Sánchez Rivero. (Núm. 16.) Un tomo. 0,50
- Rojo y negro**, por Stendhal. Traducida del francés por Enrique de Mesa. (Números 17 a 24.) Dos tomos. 4
- Las cuitas de Werther**, por Goethe. Traducida del alemán por José Mor de Fuentes. Revisada y corregida. (Núms. 25 y 26.) Un tomo. 1
- Novelas ejemplares**, por Cervantes. Primer tomo: «La gitanilla» y «El amante liberal». (Núms. 28 y 29.)—Segundo tomo: «La española inglesa», «Rinconete y Cortadillo» y «El Licenciado Vidriera». (Números 94 y 95.)—Tercer tomo: «La fuerza de la sangre», «El celoso extremeño» y «La ilustre fregona». (Números 138 y 139.)—Cuarto y último tomo: «La señora Cornelia», «Las dos doncellas», «El casamiento engañoso» y «Coloquio de los perros». (Núms. 171 a 173.) Los tres primeros tomos, a peseta, y el cuarto, 1,50 pesetas. Total. 4,50
- Sachka Yegulev**, por Leónidas Andreiev. Traducida del ruso por N. Tasin. (Números 30 a 33.) Un tomo. 2
- Dos novelas del Miño**, por Camilo Castello Branco. Traducida del portugués

por P. Blanco Suárez. (Núms. 34 y 35.) Un tomo.....	1
El día del juicio , por V. G. Korolenko. Traducida del ruso por N. Tasin. (Números 44 y 45.) Un tomo.....	1
Novelas , por S. Estébanez Calderón (El Solitario). (Núms. 46 y 47.) Un tomo...	1
Manon Lescaut , por el Abate Prevost. Traducida del francés por Enrique de Mesa. (Núms. 52 a 54.) Un tomo.....	1,50
El diablo cojuelo , por Vélez de Guevara. (Núm. 57.) Un tomo.....	0,50
Silas Marner , por George Eliot. Traducida del inglés por Isabel Oyarzábal. (Números 58 a 60.) Un tomo.....	1,50
El dios implacable , por Alejandro Kuprin. Traducida del ruso por N. Tasin. (Números 61 y 62.) Un tomo.....	1
La sala número seis , por Antón Chejov. Traducida del ruso por N. Tasin. (Números 81 y 82.) Un tomo.....	1
El rey de las montañas , por Edmundo About. Traducida del francés por A. Sánchez Rivero. (Núms. 86 a 88.) Un tomo.....	1,50
La señorita de la Seigliere , por J. Sandeau. Traducida del francés por P. Vances. (Núms. 91 a 93.) Un tomo.....	1,50
Graziella , por Lamartine. Traducida del francés por Juan José Llovet. (Números 96 y 97.) Un tomo.....	1
Los espectros , novelas breves de Leónidas Andreiev. Traducción del ruso por N. Tasin. (Núms. 104 y 105.) Un tomo.	1
Las hermanas Gyurkovics , por F. Herczeg. Traducida del húngaro por Andrés Révész. (Núm. 109.) Un tomo.....	0,50

Los hermanos Gyurkovics , por F. Herczeg. Traducida del húngaro por Andrés Révész. (Núms. 363 a 365.) Un tomo.	1,50
Jorge y Alejandro Gyurkovics , por F. Herczeg. Traducida del húngaro por Andrés Révész. (Núms. 447 y 448.) Un tomo.	1
Persuasión , por Jane Austen. Traducida del inglés por M. Ortega Gasset. (Números 110 a 113.) Un tomo.	2
Varenka Olesova , por Máximo Gorki. Traducida del ruso por N. Tasin. (Números 121 y 122.) Un tomo.	1
Los Malasangre , por Giovanni Verga. Traducida del italiano por C. Rivas Cherif. (Núms. 134 a 137.) Un tomo.	2
Dies iræ , novelas breves de Leónidas Andreiev. Traducidas del ruso por N. Tasin. (Núms. 141 y 142.) Un tomo.	1
Elias Portolu , por Grazia Deledda. Traducida del italiano por E. de Echauri. (Números 143 y 144.) Un tomo.	1
Catalina , por Thackeray. Traducida del inglés por Mariano Alarcón. (Números 146 a 148.) Un tomo.	1,50
Bug-Jargal , por Víctor Hugo. Traducida del francés por D. Alcalá Galiano. Revisada y corregida. (Núms. 151 a 153.) Un tomo.	1,50
El brazalete de rubíes , por Alejandro Kuprin. Traducida del ruso por N. Tasin. (Núms. 161 y 162.) Un tomo.	1
La Bien Plantada de Xenius , por Eugenio d'Ors. (Núm. 176.) Un tomo.	0,50
Papá Goriot , por Balzac. Traducida del francés por J. de Zuazagoitia. (Números 177 a 180.) Un tomo.	2

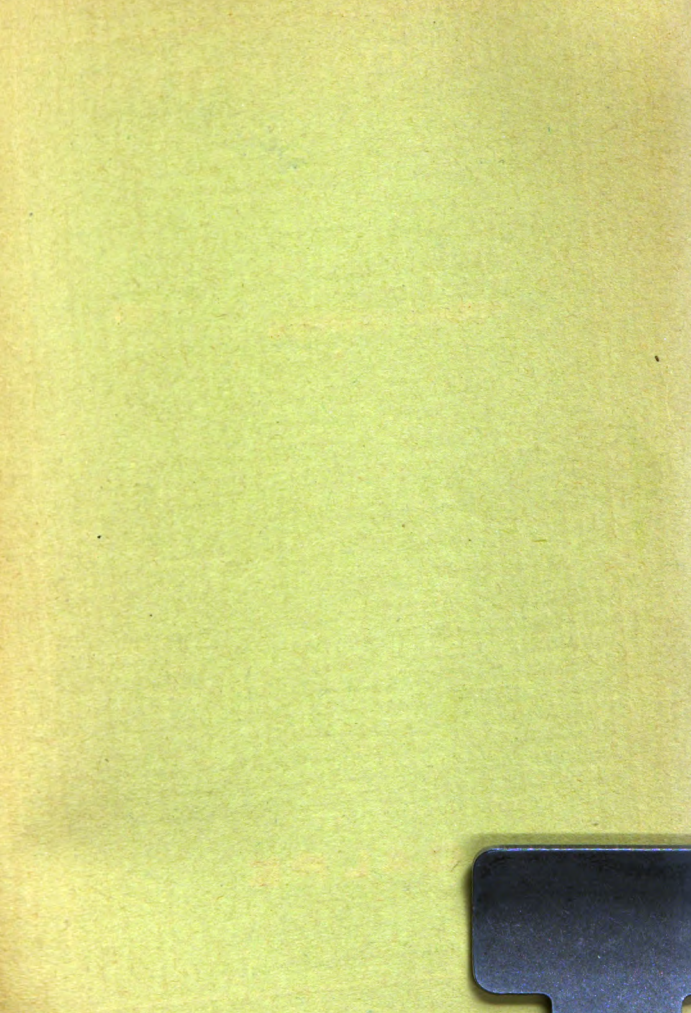
El camarero , por Chmelev. Traducida del ruso por N. Tasin. (Núms. 190 a 192.) Un tomo.....	1,50
Ultimas cartas de Jacobo Ortiz , por Hugo Foscolo. Traducida del italiano por C. Rivas Cherif. (Núms. 193 y 194.) Un tomo.....	1
Curial y Guelfa . (Autor anónimo catalán.) Traducida por R. Marquina. (Números 195 a 198 y 206 y 207.) Dos tomos....	3
Budapest , por Tomás Kobor. Traducida del húngaro por Andrés Révész. (Números 199 a 202.) Dos tomos.....	2
Historia de mi vida , por Antón Chejov. Traducida del ruso por N. Tasin. (Números 203 y 204.) Un tomo.....	1
El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hide , por R. L. Stevenson. Traducida del inglés por José Torroba. (Número 205.) Un tomo.....	0,50
Eugenia Grandet , por Balzac. Traducida del francés por J. Alvarez Pastor. (Números 218 a 220.) Un tomo.....	1,50
La hechizada , por Barbey d'Aureville. Traducida del francés por Rafael Sánchez Ocaña. (Núms. 221 a 223.) Un tomo.....	1,50
Tartarín de Tarascón , por Alfonso Daudet. Traducida del francés por F. Villaverde. (Núms. 224 y 225.) Un tomo.....	1
Héctor Fieramosca , por Massimo d'Aze- glio. Traducida del italiano por José Ignacio de Alberti. (Núms. 226 a 228 y 246 y 247.) Dos tomos.....	2,50
La nariz de un notario , por Edmundo About. Traducida del francés por P. Perales. (Núm. 231.) Un tomo.....	0,50

- La vida en los campos**, por Giovanni Verga. Traducida del italiano por C. Rivas Cherif. (Núms. 235 y 236.) Un tomo. 1
- Persiles y Sigismunda**, por Cervantes. (Números 237 a 243.) Dos tomos..... 3,50
- El caballero des Touches**, por Barbey d'Aurevilly. Traducida del francés por J. J. Llovet. (Núms. 253 y 254.) Un tomo. 1
- Mi prima Fills**, por Gaskell. Traducida del inglés por Pablo Martínez Strong. (Núms. 259 y 260.) Un tomo..... 1
- La primavera de la vida**, por N. Garin. Traducida del ruso por N. Tasin. (Números 261 y 262.) Un tomo..... 1
- El conde Kostia**, por Cherbuliez. Traducida del francés por N. González Ruiz. (Núms. 272 a 274 y 281 y 282.) Dos tomos 2,50
- Rafael**, por Lamartine. Traducida del francés por Félix Lorenzo. (Números 275 a 277.) Un tomo..... 1,50
- Daniel Cortis**, por Fogazzaro. Traducida del italiano por C. Rivas Cherif. (Números 278 a 280 y 299 y 300.) Dos tomos. 2,50
- Mi tío Benjamín**, por Claudio Trillier. Traducida del francés por Valentín de Pedro. (Núms. 289 a 291.) Un tomo... 1,50
- La metamorfosis o El asno de oro**, por Lucio Apuleyo. Traducción del latín atribuida a Diego López de Cortegana. (Núms. 294 a 297.) Un tomo..... 2
- Casamientos parisienses**, novelas breves por Edmundo About. Traducidas del francés por Pablo Perales. (Núms. 298, 372, 406 y 519 y 520.) Cuatro tomos... 2,50
- Los campesinos**, por Antón Chejov. Traducida del ruso por N. Tasin. (Números 301 y 302.) Un tomo..... 1

El grillo del hogar , por Dickens. Traducida del inglés por Manuel Ortega Gasset. (Núms. 312 y 313.) Un tomo.....	1
Crónica de Carlos IX , por Próspero Mérimée. Traducida del francés por Nilo Fabra. (Núms. 314 a 317.) Un tomo..	2
Renata Mauperin , por E. y J. de Goncourt. Traducida del francés por E. de Echauri. (Núms. 318 a 320.) Un tomo.....	1,50
Las tinieblas y otros cuentos , por L. Andreiev. Traducidas del ruso por N. Tassin. (Núms. 321 y 322.) Un tomo.	1
La rosa amarilla , por M. Jokay. Traducida del húngaro por Andrés Révész. (Números 326 y 327.) Un tomo.....	1
El viudo Lovel , por Thackeray. Traducida del inglés por Manuel Ortega Gasset. (Núms. 328 a 330.) Un tomo.....	1,50
Don Quijote de la Mancha , por Cervantes. (Núms. 337 a 340, 352 a 355, 366 a 369 y 387 a 390.) Cuatro tomos....	8
El trago , por Fedor Sologub. Traducida del ruso por N. Tassin. (Núms. 341 a 343.) Un tomo.....	1,50
El amigo Fritz , por Erckmann Chatrian. Traducida del francés por Francisca Bohigas. (Núms. 349 a 351.) Un tomo..	1,50
La joven siberiana , por Javier de Maistre. Traducida del francés por Ceferino Palencia Tubau. (Núm. 360.) Un tomo....	0,50
Un asunto tenebroso , por Balzac. Traducida del francés por Juan Guixé. (Números 373 y 374, 381 y 382.) Dos tomos.	2
La abadía de Northanger , por Jane Austen. Traducida del inglés por Isabel Oyarzábal de Palencia. (Núms. 383 a 386.) Un tomo.....	2

Juan de la Roca , por Jorge Sand. Traducida del francés por Gabriel León Trilla. (Núms. 407 a 409.) Un tomo.....	1,50
Viajes de Gulliver , por J. Swift. Traducida del inglés por Javier Bueno. (Números 404 y 405, 421 y 422.) Dos tomos...	2
Dramas rurales , novelas breves de Víctor Catalá. Traducidas del catalán por R. Marquina. (Núms. 415 y 416.) Un tomo.	1
Ildaribal , por Alfonso Maseras. Traducida del catalán por Rafael Marquina. (Núms. 425 a 427.) Un tomo.....	1,50
El leproso de la ciudad de Aosta , por Javier de Maistre. Traducida del francés por C. Palencia Tubau. (Núm. 431.) Un tomo.	0,50
Beatriz Cenci , por F. D. Guerrazzi. Traducida del italiano por Pedro Pedraza. (Núms. 437 a 440, 441 a 444 y 464 a 466.) Tres tomos.....	5,50
Los colegiales , por Nicolás Garin. Traducida del ruso por N. Tasin. (Números 445 y 446.) Un tomo.....	1
Historia de un quinto de 1813 , por Erckmann Chatrian. Traducida del francés por Manuel Azaña. (Núms. 449 a 451.) Un tomo.....	1,50
Waterloo , por Erckmann Chatrian. Traducida del francés por Manuel Azaña. (Continuación de la anterior.) (Números 485 a 487.) Un tomo.....	1,50
Viaje alrededor de mi cuarto , por J. de Maistre. Traducida del francés por N. Salmerón y García. (Núm. 471.) Un tomo....	0,50
Expedición nocturna alrededor de mi cuarto , por Javier de Maistre. Traducida del francés por Nicolás Salmerón y García. (Núm. 488.) Un tomo.....	0,50

El señor secretario , por E. Sienkiewicz. Traducida del polaco por N. Tasin. (Números 472 y 473.) Un tomo.....	1
El capitán Fracasa , por T. Gautier. Traducida del francés por C. Rivas Cherif. (Núms. 477 a 484.) Dos tomos.....	4
Las multitudes , por Raimundo Casellas. Traducida del catalán por R. Marquina. (Núms. 496 a 498.) Un tomo.....	1,50
Los estudiantes , por Nicolás Garin. Traducida del ruso por N. Tasin. (Números 499 y 500.) Un tomo.....	1
Avatar , por Teófilo Gautier. Traducida del francés por Fernando G. Vela. (Números 502 y 503.) Un tomo.....	1
Germinia Lacerteux , por E. y J. de Goncourt. Traducida del francés por José A. Luengo. (Núms. 507 a 509.) Un tomo..	1,50
El lazarrillo de Tormes , por Hurtado de Mendoza (?). (Núm. 510.) Un tomo..	0,50
El cura de Tours , por Balzac. Traducida del francés por Félix Lorenzo. (Número 521.) Un tomo.....	0,50
El doctor Herbeau , por J. Sandeau. Traducida del francés por J. de la Muela Alarcón. (Núms. 522 a 525.) Un tomo.	2
Los millones , por Mamin Sibiriak. Traducida del ruso por N. Tasin. (Números 532 a 534.) Un tomo.....	1,50
La invasión o El loco Yégof , por Ereckmann Chatrian. Traducida del francés por J. Alvarez Pastor. (Núms. 535 a 537.) Un tomo.....	1,50
La educación sentimental , por G. Flaubert. Traducida del francés por Pedro Vances. (Núms. 538 a 540 y 541 a 544.) Dos tomos.....	3,50



COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESIAS
FILOSOFIA - CUENTOS - VIAJES
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS
ETCETERA, ETC.

Aparecen veinte números de unas cien páginas, cada mes, al precio de **CINCUENTA CENTIMOS** cada número.

POR SUSCRIPCIÓN TRIMESTRAL, SEMESTRAL
O ANUAL
(OCHO PESETAS AL MES)

CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO

Los 590 números publicados desde julio de 1919
— — a abril de 1922 contienen obras de — —

ALFIERI, ANDREIEV, APULEYO, AUSTEN, BALZAC,
CERVANTES, DANTE ALIGHIERI, DARWIN, DAUDET,
DICKENS, FLAUBERT, FOGAZZARO, GARCILASO DE
LA VEGA, GAUTIER, GOETHE, GOLDONI, GONCOURT,
GORKI, HEINE, HUGO, IBSEN, JORGE SAND, KANT,
KOROLENKO, LAMARTINE, LOPE DE VEGA, MACHA-
DO, MERIMEE, MOLIERE, MUSSET, ORTEGA MUNI-
LLA, PLUTARCO, PREVOST, SCHILLER, SHAKESPEARE,
STAEI (MME. DE), STENDHAL, STEVENSON, SWIFT,
TACITO, VIGNY, VOLTAIRE Y OTROS

CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID

SAN MATEO, 13